**199X**

**MIERCOLES**

Podría haber vuelto en colectivo, solo. Y aunque en general cuando viajo en colectivo me cuelgo con la cabeza apoyada en el vidrio de la ventanilla, hoy sí habría aprovechado todo el tiempo para pensar.

Pero colgarme me encanta. No tener ninguna obligación -o hacer de cuenta que no la tengo- y no hacer nada más que estar así, con cara de nada, con la cabeza en cualquier lado, en cualquier estupidez sin importancia. Por eso pienso que no puedo aburrirme nunca, porque justo lo que más me gusta es no tener nada que hacer, y no hacer nada. Pero esta vez habría hecho otra cosa, habría *pensado*. Pero ¿cómo iba a explicarle a mi vecina? Menos en esta situación.

Ahora voy sentado en al asiento trasero. En el asiento del acompañante va Nieves, la otra vecina. Voy callado y no puedo pensar. Ni tampoco colgarme, porque tengo que estar atento a si me dicen o me preguntan algo. Soy del tipo chico educado, no súper amable pero sí atento, sobre todo con los adultos. No me imagino faltando el respeto o no saludando, ni cometiendo la falta más leve de cortesía. Tengo como un respeto total por los adultos. Aunque a veces me parece que es miedo. Pero ya sea respeto, miedo o simple costumbre, no tengo idea de dónde viene.

Mis dos vecinas conversan entre ellas. La que más le da a la lata es Nenina. No para. En un momento me dice que me corra para que pueda verme por el espejito. Obediente, me muevo más al centro y estiro un poco el cuello buscando su cara arrugada y super maquillada en el retrovisor. Contesto casi únicamente con monosílabos, pero trato de darle una buena entonación, para compensar, y cuando hablo la miro atentamente.

En un semáforo, un chico que limpia vidrios se acerca y Nenina se pone furiosa. Nieves también se fastidia. Dice que ella también está harta.

-¿Querés que le dé? Acá tengo moneditas -dice Nieves.

-No, no le des nada -dice Nenina.

No falta mucho. A pesar de que no estoy para nada cómodo, lo mismo no quiero llegar a mi casa. No vuelvo desde ayer al mediodía. Anoche dormí en lo del vecino de al lado, otro vecino. No quiero volver porque tengo miedo de que nadie haya limpiado. Que los restos sigan ahí y que ya esté todo medio podrido, que el olor sea horrible.

-Vos vas a tu casa, ¿no, querido? -pregunta Nenina.

-Sí, creo que sí.

-¿Hay alguien ahí?

-No sé -digo.

-Igual ya es grande -dice Nieves.

-Sí, la verdad -dice Nenina. Me busca en el retrovisor, evaluándome-. ¿Cuántos años tenés, querido?

-Quince -digo. ¿Tengo quince?

-Bueno, vas a tener que ser fuerte y apoyar a tus padres.

Es prácticamente una orden. Es el mismo tono de siempre, con el que me habla desde que tengo ocho años y cruzo a su casa a ver si me puede hacer el favor de prestarme huevos, azúcar, aceite o hielo y me exige que sea preciso con lo que necesito y la cantidad.

-Sí -digo.

-Es un hombrecito -dice Nieves dándose la vuelta hacía mí.

Al contrario que en Nenina, hay algo agradable en su mirada, algo dulce.

El auto para frente al portón de chapa verde y me bajo con la llave en la mano. Lo veo a Panchito echado en el porche de la puerta principal, a unos diez metros de la verja; me mira y mueve un poco la cola, pero no se levanta. Giro la llave: el pestillo se retrae y la hoja izquierda del portón se abre. Camino siguiendo la senda de baldosas de auto para entrar a la casa por la cochera, pero en un momento me desvío y voy hacia Panchito. ¿Alguien le habrá dado de comer? Me acerco y lo acaricio. No muchas veces se deja acariciar; es un buen perro, bueno y obediente, pero no muy cariñoso. No se lo ve hambriento. Por sus ojos pareciera que está triste. ¿Pero no parece siempre triste? Busco en su mirada, quizás trate de decir algo. Con pasos lentos, se acerca Camila. Ella tampoco es muy afecta a las caricias. En su caso se debe a que no tuvo madre: apenas nació la metieron en una bolsa con sus tres hermanos y la tiraron en un canasto de la basura. Se acerca muy despacio y, con cuidado, me huele la mano.

-Ya les voy a dar de comer -les digo-. Esperen un rato.

Doy la vuelta y entro al comedor por la puerta de la cochera. Miro el pasillo que conduce al dormitorio. Nadie me lo ha pedido, pero pienso que tendré que limpiar. Camino por el pasillo y voy hacia el dormitorio. Quizá algún vecino solidario ya limpió. Quizás. Ojalá. Ojalá al menos hayan tirado algo arriba. Una vez vi en una película sobre Mozart que tiraban un polvo blanco encima de su cadáver. Si no está limpio quizá pueda echar polvo ODEX por arriba, así sin limpiar, y que de esa forma el olor no sea tan terrible. Capaz así se seca y se puede barrer. ¿Será? Pero ya voy llegando al final del pasillo y no se siente olor. ¿O sí? Percibo un aroma extraño: no es a podrido, es algo sintético. De pronto, violento, suena un timbre. Casi se me para el corazón. Es el teléfono. Corro a atender.

-Hola.

-Estaba dele llamar.

Es mi hermana.

-Sí, acabo de llegar.

-Ah... ¿Todo bien?

-Sí. Eh...

-¿Qué?

-¿Tengo que limpiar?

-¿Qué co...? Ahhhh... ¿Está sucio… todavía?

Escucho que mi hermana suspira.

-No sé, no entré a la pieza. Acabo de llegar.

-No, creo que ya limpió una enfermera.

-¿Una enfermera?

-Sí, creo…, de la policía.

-Ah, no sabía.

-Sí. Si podés poné sábanas en la cama. También las sacaron… O no, dejá, no te preocupes vos.

Miro por la ventana y veo el cubrecama colgado del tendedero.

-Bueno.

-No te olvides de lo que tenés que traer.

-No, ya junto todo.

-Y la guitarra…

No entiendo y pregunto:

-¿Cómo?

-Hoy es miércoles, tenés clases.

-Ah, no. Pero no iba a ir.

-Tenés que ir. Me dijeron que te diga que tenés que ir.

Esto último lo dice con un tono raro.

-¿Quién?

-¿Estás bien?

-Sí.

Estoy molesto.

-Beso. La guitarra. Y las cosas, no te olvides.

-Bueno.

Corto y voy hacia mi pieza. De camino paso frente al cuarto de mis padres y miro hacia adentro. Está limpio. Entro. Cerca de la mesita del televisor nuevo de 21 pulgadas se ve una mancha blancuzca en el suelo de parquet; nada más. Levanto la vista y veo en la pared una marca circular con tiza que envuelve un saltado pequeño en el revoque. La cama matrimonial no tiene sábanas ni cubrecamas, ni almohadas, sólo el viejo colchón celeste estampado con flores amarillas. No hay nada más para ver. Voy a mi pieza, me saco las zapatillas y me echo boca abajo en mi cama. Un rato después siento olor feo. No logro identificarlo, tampoco sé de dónde viene. ¿Será? No lo sentí cuando estuve en el cuarto de mis padres. Me siento en el borde de la cama. Quizá alguien trajo algo sucio a mi pieza, alguna sábana. Abro el placar y reviso los estantes. Nada. Tal vez abajo de la cama. Cuando me acuesto en el suelo para mirar, siento el olor mucho más intenso. Veo las zapatillas que me acabo de sacar. De rodillas en el suelo, agarro una y me la acerco a la nariz. Es un olor ácido e intenso; no a pata, sino como a transpiración y a pis, y a algo más, como a baño sucio y a carnicería. Nunca antes han olido así mis zapatillas. Es un poco extraño. El olor es tan fuerte que las aparto. Son la cinco de la tarde.

El resto del tiempo en mi casa lo ocupo en bañarme, cambiarme la ropa (me pongo las Topper clásicas celestes que uso para gimnasia) y meter en el bolso el jabón, el desodorante en barra, las toallas, los cepillos y la pasta de dientes, y los dos almohadones que me pidieron. Después vuelvo a acostarme boca abajo en mi cama. Pienso en cuándo volveré a masturbarme. ¿Mañana?, ¿dentro de un mes?, ¿ahora mismo? ~~De todas maneras, ahora no tengo tiempo, tengo que ir a la casa de mi vecino a ver cómo está mi hermanito, si necesita algo, y después tomarme el colectivo; hasta el hospital tengo tres cuartos de hora. Y después tengo que volver. ¿Hasta cuándo va a ser así? ¿Mis padres siguen siendo~~ *~~mis padres~~*~~? ¿Se van a matar? ¿Quién primero? Si tuviera que apostar diría que mi papá, porque es más impulsivo.~~

\*

En el viaje en colectivo de regreso al hospital me duermo con la cabeza apoyada en el vidrio. Cuando me despierto no reconozco el entorno, no sé qué que parte de la ciudad estamos. Me acerco al chofer y le pregunto si ya pasamos del hospital.

-No -dice-, faltan dos cuadras, ya te aviso yo.

Me quedo de pie a su lado esperando la señal hasta que finalmente se detiene en una parada; como nadie ha tocado el timbre, entiendo que es la mía. Mientras empiezo a bajar los escalones escucho que el chofer dice:

-¿A eso me lo dejás de regalo?

No entiendo de qué habla y por un momento la frase me suena siniestra, pero al darme la vuelta veo el bolso de viaje azul en el piso del colectivo y mi guitarra en el asiento de al lado.

Vuelvo y cargo el bolso al hombro y agarro la guitarra de la manija de la funda. Bajo. Estoy un poco perdido; aunque hace unas horas estuve en el hospital, no sé dónde está ni sé el nombre de la calle, lo único que sé es que está frente a una plaza, pero tampoco sé el nombre de esa plaza. En el aire hay un perfume dulzón, como a flores; no sé de dónde viene, pero pienso que debe ser un olor típico de esta zona de la ciudad. Miro la hora, 18:20. He llegado antes de los planeado pero en un rato va a oscurecer, y no me parece tan buena idea llegar al hospital de noche. ¿Preguntar o dar vueltas hasta encontrarlo? Pienso en las opciones mientras camino hacia el este con el bolso agarrado de las manijas de mano pero apoyado en mi espalda, con el dorso de mi mano derecha sobre mi hombro; la guitarra abajo, en mi mano izquierda. No es tan cómodo pero prefiero cargar el bolso así que llevarlo como los rugbiers, con la correa larga y colgada del hombro del mismo lado que cuelga el bolso. Pienso que el tiempo que me demore en llegar al hospital es tiempo en el que puedo prepararme, y tiempo que no tendré que estar con los visitantes. Pero si llego de noche... Lo bueno de la noche es que la gente va a estar más callada; por otro lado, de noche el ánimo general va a ser... ¿cómo se dice? Siento un escalofrío, el primero desde ayer. Pienso en mi mamá; después en mi papá. Caminado hacía mí vienen dos chicas de jumper cuadrillé en tonos bordó. Una es muy linda; pecosa, nariz pequeña y pelo castaño claro. ¿De qué colegio serán? Me imagino que soy atrevido y las paro y les pregunto a qué colegio van, a qué curso. Después les pregunto el nombre y las invito... ¿al hospital? Están más cerca y de pronto me doy cuenta de que sí tengo algo para preguntarles: dónde está el hospital, o dónde hay una plaza por acá cerca. ¿Qué será mejor?

Cuando están casi frente a mí miro a la más linda a los ojos. Tiene muchas pecas. Me sale:

-¿Van al hospital Central?

-¿Qué? -dice la que no tiene pecas. La otra, la más linda, mira para otro lado.

-Perdón -digo-, ¿saben dónde está el hospital?

-¿Qué hospital?

-Central, creo que es por acá.

-Hay uno para allá -dice la más linda, y señala hacia el este, en la misma dirección en que camino-. Seguís derecho unas tres… o cuatro cuadras, doblás a la izquierda, media cuadra.

-¿Media cuadra y ahí está?

-Ahá -dice. Es muy linda.

-Gracias -digo intentando mantener la mirada un segundo más, pero ninguna de las dos me da bola; se dan la vuelta y siguen caminando.

¿Será ese el hospital? No pudo pensar bien porque estoy aturdido por la chica pecosa, y porque seguro que no la voy a ver nunca más en mi vida. Es un poco raro que el colectivero me haya bajado tantas cuadras antes. Pero no importa, sigo en el barrio porque todavía siento el olor dulzón. Intercambio el bolso y la guitarra de manos y apuro el paso. Pienso en la chica por última vez y hago el esfuerzo de despedirla para siempre de mi mente. He andado antes por esta calle, me acuerdo, hace dos años, cuando hacía un curso de computación en un sucucho que grababa juegos. Me sentía feliz tomándome el colectivo para ir al curso. No era el curso lo que me hacía feliz sino la idea de comprarme algún juego nuevo una vez terminada la clase. Uno de cada tres, esa era la proporción. Uno de cada tres juegos que compraba me andaban en la computadora. A veces se trataba de problemas del diskette, como me pasó con el Arma Mortal, a veces algo de la configuración de la computadora. Después volvía a tomarme el colectivo para reclamar que no me funcionaba y de vuelta me quedaba una hora o dos revisando el catálogo de juegos, preguntado de qué se trataba cada uno, si estaba bueno, si entraban en un diskette, si había que instalarlo o se ejecutaba directo del diskette. Los dos que atendían, un viejo y un tipo joven, eran bastante amables conmigo (como casi nadie lo era en esa época). El negocio sigue en el mismo lugar pero ya no voy a comprar juegos. Mi papá sí sigue yendo a comprar programas para trabajar, a veces también va a que le arreglen la computadora. Hace poco mi papá me contó que una vez que fue al negocio, abrió la puerta, y estaba el informático más joven -el mismo que me daba las clases- viendo un video porno en la computadora. Cuando me lo contó me puse muy incómodo porque nunca hablo de esas cosas con él. No sé qué lo habrá llevado a contármelo, quizá para advertirme que eso no estaba bien. Mi papá me dijo que cuando él entró, el tipo apagó el monitor pero él alcanzó a ver que era pornografía. Sigo caminando. Sigo las instrucciones que me dio la chica linda. Está haciendo más calor; siento que las suelas de mis Toppers se calientan y que mis pies se empiezan a mojar.

Finalmente llego a un hospital pero no es el que busco, este es sólo un dispensario. Ya está bastante oscuro. Miro la hora en mi reloj, 19:05. No parece lógico que haya dos centros de asistencia médica públicos cerca uno del otro, no tendría sentido, los hospitales deben estar bien distribuidos por toda la ciudad, a cierta distancia uno de otro. Voy a tener que preguntar. Ya no quiero pasear, quiero saber exactamente dónde está y caminar directo hacía ahí. Seguramente voy a llegar de noche. Por un lado eso está bien porque no voy a tener que ver a algunas personas, pero el ánimo en general va a ser... malo.

Entro a un kiosco pequeño, medio sucio, y pregunto. Digo que busco el hospital Central, que es grande, y que está cerca de acá, pero quizá no tan cerca. Una señora vieja muy amable me dice que sí sabe dónde está, que ya me indica. Mientras espero que termine de contar y ordenar unos billetes en una de esas cajas rojas de metal con un botón arriba, pienso en que es posible que cuando llegue ya haya terminado todo. ¿Recién pienso en eso? Es posible que haya estado paseando sin rumbo mientras todo se derrumba. Por favor, no, que todo siga igual, al menos por hoy. La señora termina de guardar los billetes y me indica con precisión cómo llegar. Parece una mujer inteligente, práctica. Son, calculo rápidamente, unas diez cuadras. ¿Cuánto tiempo se demora caminar diez cuadras? ¿Media hora? ¿Diez minutos?

Cuando llego todavía no se ha escondido el sol. A través de la mampara de vidrio que separa el bar del hospital de la sala de entrada, veo a mis padres sentados en una mesa; están con mi hermana y cuatro personas más. Miro la guitarra en mi mano~~: todo por obedecer, por ser obediente~~. Entro al bar. Dejo la guitarra y el bolso en el piso a un costado y me acerco a saludar a mi mamá. Me da varios besos, me abraza. Es lo más bueno que hay, le dice a una señora que no conozco que está a su lado. Mi mamá llora. Tengo la impresión de que el ánimo de mis padres ha mejorado una centésima, pero no estoy seguro de si no es sólo el alivio que me produce que todo siga más o menos igual. Salgo del bar con la guitarra en la mano y mi hermana mayor me sigue por detrás.

-Qué bueno que la trajiste -dice señalando la guitarra-. Pensé que no la ibas a traer ni en pedo.

-No quería traerla -digo.

-Tenés que ir -dice. Una señora gorda con la pantorrilla vendada pasa rengueando, avanza muy despacio; nos mira. -Ya averigüé qué colectivo te deja. -Mi hermana habla rápido; tiene los ojos hinchados-. El 14, el de cartelito rojo. Te lo tomás ahí en la parada de la plaza y te deja frente a la Brigada. Si salís ahora llegás perfecto. Es a las ocho, ¿verdad?

-Sí. ¿Saben que voy a ir a guitarra? -pregunto.

-Sí, me dijeron que tenés que ir. Y al colegio podés volver cuando quieras. Pero guitarra te gusta.

Cuando abro lo ojos está más oscuro. Tengo la cara apoyada en algo húmedo, un plástico. Levanto la cabeza y veo la funda de plástico negro de la guitarra mojada con mi transpiración. Miro hacia la calle: la entrada de un edificio, al lado un negocio de motos. Miro la hora en mi reloj, 19:52. No sé dónde estoy pero es difícil que me haya pasado. Paso la mano por la funda para secarla y después me paro y trato de leer el nombre de la calle en el cartel que sigue: “Haití”. Por un momento me siento perdido, pero enseguida veo una iglesia que reconozco: el colectivo todavía tendría que girar una vez más antes de agarrar la calle en la que me bajo. Corro el cierre del bolsillo de la funda y saco mi cuaderno. Lo hojeo. La última tablatura es Jesús, alegría del hombre, una canción de Bach. La encontré de casualidad en un viejo caset que estaba en mi casa. La melodía es como una onda que va volviendo sobre sí misma. No parece difícil de tocar y me gustó que no fuera una canción de folklore. Al profesor también le gustó y me contó que él había rendido con algo de Bach para recibirse. Yo estaba bastante entusiasmado con sacarla perfecta, pero cuando volví a mi casa (hace ya más de una semana) ya se me habían ido las ganas.

Ahora el colectivo está atascado en un embotellamiento. Sigo hojeando el cuaderno y cuento las otras tablaturas que copié durante el año. Son 19. A la mayoría no las he sacado. Y más o menos a un tercio ni siquiera intenté tocarlas. No sé para qué voy clases de guitarra, la verdad. Todas las clases son iguales. Entro al aula (una antigua cochera de la casa donde vive el profesor), me siento en algún lugar libre, y el profesor me pregunta cómo te fue con tal o cual canción. Yo le contesto que bien. Siempre digo: “bien”, aunque no haya tocado ni una sola nota, porque sé que lo igual no me va a tomar. Después el profesor me dice si me parece que saquemos una polca, o un carnavalito, o una polquita rural. Yo le digo: “bueno, una polca común”; porque el ritmo es más fácil, y seguro que el punteo también. El profesor dice que va a ser la Polca de la cuesta del ombú y entonces me pasa una carpeta gorda llena de folios con hojas con tablaturas y letras de canciones y yo busco la Polca del ombú. Cuando la encuentro, saco mi cuaderno y la lapicera y me pongo a copiar la tablatura. Después, al rato, cuando el profesor me ve que he dejado de escribir, hace que me acerque. Yo le doy mi caset y él lo mete en el grabador, aprieta “Rec” y se pone a grabar la canción. Termina de tocar, aprieta “Stop” y luego “Rew” un rato, y le luego da al “Play”. Se escucha una parte de la Polca del ombú. Aprieta “Stop”, después “Eject” y me da el casete. Todo esto lo hace de forma automática, porque lo viene haciendo igual hace años y años. Después me dice que me ponga a practicar un poco y yo vuelvo a mi lugar (si no me lo robó alguien) y entre las otras 15 o 20 guitarras tocando todas al mismo tiempo me pongo a tocar las primeras notas de la canción, muchas veces sin saber mucho qué estoy haciendo, porque en general no conozco la canción y no tengo memoria como para acordarme de lo que acaba de tocar el profesor. Después de un rato guardo la guitarra en la funda, meto el cuaderno y la lapicera en el bolsillo de afuera, y me despido. Muchas veces no abro el cuaderno hasta la clase siguiente, cuando vuelvo a copiar otra tablatura porque le dije al profesor que el punteo de la clase anterior ya me sale perfecto. Había pensado que con Jesús, alegría del hombre iba a ser distinto, porque es una canción que me gusta y que elegí yo, pero… bueno.

El colectivo dobla casi sin bajar la velocidad y me tira contra la ventanilla. En ese mismo momento se escucha un bocinazo que me pone los pelos de punta. Luego un grito:

-¡Hijo de puta!

Un Ford Escort ha frenado de golpe en la esquina para no chocar con nuestro colectivo. No sé quién tiene la culpa pero el del auto parece muy enojado. El chofer no se inmuta; para poder remontar la calle empinada hace un rebaje, pero el cambio no entra bien y resuena un crujido fuerte y áspero. Me estremezco de nuevo; cierro el cuaderno y vuelvo a guardarlo en la funda. ¿Qué hago? ¿Cuento?, ¿me hago el distraído?

Al abrir la puerta del aula-cochera veo que hoy no hay tantos alumnos como de costumbre, no llegan a la docena. A la siesta ha estado lloviendo en la ciudad y la humedad del ambiente hace que el olor típico del aula -una mezcla del olor de los propios alumnos, los Marlboros light del profesor y las maderas de las guitarras- hoy sea más intenso. El profesor no está.

-Hola -digo.

Un par de compañeros me responden. Uno de ellos es Damián, que es un par de años más chico que yo. Damián tiene una de esas guitarras nuevas de madera terciada que suenan muy agudas y cuando hace ritmos con golpes, como el de chacarera, le pega muy fuerte y los chasquidos suenan como latigazos. Cuando Damián la da duro así a la guitarra, el profesor le pide que “module el entusiasmo”, que es como una frase de él, y Damián siempre contesta gritando: “¡Bueno, profesor!”, y se ríe.

Cuando me siento a su lado, en uno de los bancos sin respaldo que rodea el gran mesón, me mira sonriendo.

-Hola -me dice.

-Hola -digo.

-¿Qué? -dice abriendo grande los ojos.

-¿Qué qué? -contesto.

Damián mueve la cabeza de un lado para otro, como sacudiéndose mi mala onda.

-¿Querés escuchar la Telesita? -me dice un segundo después.

-¿Está el profesor?

-Sí… -dice bajando la mirada-. ¿Ya aprendiste la Telesita? -insiste.

-No.

¿Desde cuándo soy tan antipático?

-Pedile al profesor -dice Damián-. El punteo es muy copante. ¿querés que lo toque? -dice. Veo que ubica los dedos de la mano izquierda en la mitad del diapasón.

-Bueno. La parte del punteo -digo y miro hacia la puerta de madera laqueada que comunica el garage con el resto de la casa.

Damián se pone a tocar. La ha sacado bastante bien, se nota que ha practicado mucho. En eso aparece el profesor por la puerta que no he dejado de vigilar. Me ve, dice mi apellido.

-Hola -saludo.

-¿Cómo te fue con Jesús? -dice.

Damián deja de tocar y me mira con los ojos bien abiertos, sorprendido. Se ríe.

-¿Con Jesús? -dice Damián-. ¿Hiciste la comunión?

-No la saqué. -Contesto mirando solo al profesor, obviado el chiste de Damián. El profesor ya se está sentando y agarra una guitarra de otro alumno para afinarla.

-¿Qué pasó? -dice.

No digo nada. El profesor le pregunta algo al chico que acaba de pasarle la guitarra y vuelve a mirarme.

-¿Por qué no la sacaste? -dice mientras pulsa varias veces una cuerda e inclina la cabeza entrecerrando apenas los ojos, intentado distinguir la nota entre la multitud de guitarras.

-Sucedió una desgracia -digo.

Al escucharme, el profesor no deja de pulsar la cuerda, pero comienza a hacerlo a un ritmo más pausado. Me mira, serio. No dice nada. No giro la cabeza, pero puedo notar que Damián me está mirando. Es una tentación ver qué hay en su mirada, ver qué pasa en la cara de un chico como él cuando escucha “sucedió una desgracia”, pero me quedo mirando al profesor, que mira hacia abajo y ajusta la clavija de la sexta cuerda.

El profesor vuelve hacia mí. Dice:

-La clase pasada te olvidaste el caset.

Como un recuerdo muy lejano, viene a mí el momento, hace pocos días, en que busqué el caset para grabar un punteo en Re menor que se me había ocurrido y no lo encontré. Ese momento era en otro tiempo.

-¿Sí? -digo con un nudo en la garganta, esperando a que me pregunte más sobre lo otro, sobre lo que acabo de decirle.

-Sí, y escuché unas cosas ahí que yo no grabé. ¿Son tuyas?

-Ah, sí -digo.

-¿Y qué son?

¿No va a preguntarme? ¿Creerá que es mentira, una excusa por no haber sacado la canción?

-Nada, cosas sueltas -digo.

-Son interesantes -dice-. ¿Vas a desarrollarlas?

-¿Cómo?

-Desarrollarlas. Hacerlas piezas en serio.

-Ah. No sé, es que no sé cómo se hace -digo. Me siento un poco confundido, porque el profesor ahora parece interesado en mí, o sea que no piensa que soy un chanta, un mal alumno. El profesor chasquea la lengua.

-Eso tengo que enseñar -dice mirando a otro alumno que está al lado de él, un chico gordo de anteojos que ya va a la universidad.

-Yo tengo un par de cosas desarrolladas -dice el chico gordo. El profesor lo mira, sin expresión. -Eran cosas chiquitas que después las desarrollé -dice.

-Lo que hace este chango no son canciones de folklore -dice el profesor.

-¿Qué hacés? -me pregunta el chico desde la otro lado de la mesa.

-No sé. Son cosas que me salen -digo. Siento como si el pecho se me vaciara de algo, y que me hundo en la silla, o que me elevo.

-¿Pero qué son? –insiste amable.

-Son como trocitos o ideas de sonatas- dice el profesor mientras termina de afinar la guitarra y se la pasa a otro chico.

Miro al profesor. Ha dicho algo que debería interesarme, pero sólo puedo sentir mi pecho, que ahora se contrae, y la parte baja de mi panza, que se mueve.

-Ah, sonatas -dice Damián como hablando solo. Lo miro: él mira el suelo con los ojos bien abiertos.

-A veces mi hermana toca Claro de luna y yo la acompaño con la guitarra -sigue el chico gordo.

-Ahá, ¿y qué tal suena eso? -dice el profesor, y agarra el cigarrillo que hace rato humea en el cenicero y da un pitada profunda.

-Bien, porque sigo los acordes -dice el gordito.

-¿Y qué rasguido hacés? -pregunto yo. Hay algo como corrido de lugar en que yo participe de la conversación pero ellos no sepan de qué se trata la desgracia que acabo de mencionar.

-Y voy viendo -dice serio. Un segundo después sonríe, parece un poco incómodo.

-Vas marcando, seguro -dice Javier, otro chico grande que está al lado de él. Es el que mejor toca la guitarra de todos y casi nunca habla; tiene la cara llena de granos enormes.

-¿Hay rasguido de sonanta? -pregunta Damián. De vuelta habla como para sí.

-En partes marco y en otras hago un poco de arpegio -dice el gordito.

Minutos después, mientras intento concentrarme para empezar a sacar las primeras notas de Jesús, alegría del hombre, el profesor vuelve a llamarme por mi apellido.

-Vamos adentro así te devuelvo caset -dice mientras se para.

Los dos chicos que están sentados a mi izquierda en la mesa también se paran y corren sus sillas para dejarme pasar. Creo que es la primera vez que hacen eso. En general, cuando alguien tiene que pasar para ponerse al lado del profesor, simplemente hacen la silla un poco hacia adelante sin despegar el culo del asiento, haciendo chocar las cuerdas de la guitarra contra el borde de la mesa.

El living comedor es grande, tiene las paredes empapeladas y muebles antiguos. Siento olor a fideos con manteca. Los dos estamos parados frente a un centro musical con parlantes como de un metro de alto apoyados en el suelo. El profesor se inclina, abre una de las dos caseteras y saca mi caset. Se queda mirándolo un segundo y me lo da. Después se acerca a la mesa comedor y aparta dos sillas.

-Sentate -dice.

Me siento. Él también se sienta y apoya un codo sobre la mesa.

-Contame, tranquilo. ¿Qué pasó? -dice.

Suspiro, y luego suelto:

-Mi hermanita se pegó un tiro.

El profesor hace silencio. Son varios segundos; cinco, seis.

-Ah -dice después. El “Ah” es corto, seco. Se echa para atrás. Miro con atención sus gestos. Tuerce la boca.

-Está internada en el hospital, pero no saben si se va a salvar -digo.

El profesor entrecierra un poco los ojos.

-¿A dónde se pegó el tiro? -me pregunta. Su mirada es rara; no entiendo el gesto.

-En la cabeza -digo. Me señalo el costado de mi cabeza.

-¿Acá? -se señala en la sien-, ¿o acá? -se señala más atrás, arriba de la oreja.

-Sí, adelante -digo-. En la sien…

-¿Qué edad tiene tu hermana?

-Doce.

El profesor levanta la mano hacia su cara y se rasca la frente con la uña del pulgar.

-Y está internada…

-Sí.

Hace una pausa. Se toca el mentón.

-Si el tiro hubiera sido acá –se señala arriba de la oreja- o acá -se señala más atrás-, se hubiera… ¿no?, al instante -dice mirándome fijo, parece que busca mi aprobación.

-Mm, claro.

-Yo estudié medicina cinco años… por eso te digo.

-Claro.

-Adelante tiene más chances… Pocas, pero quién sabe. -Vuelve a echarse hacia atrás en la silla.

-Sí. Claro.

-¿Tus padres? -dice y palpa su paquete blanco de Marlboros en el bolsillo de su camisa.

-Sí. Mal.

-¿Tenés más hermanos?

-Sí. Mi hermana de veinte, y mi hermano que tiene diez -digo. Entiendo que ya no hay nada más para contar y me guardo el caset en el bolsillo izquierdo de atrás del jean, donde no tengo la billetera.

-Eso es bueno -dice haciendo girar el paquete de cigarrillos entre el mayor y el pulgar.

De pronto se para. Yo también me paro.

-Volvamos al taller -dice.

~~De camino a la parada voy pensando en que no quiero volver a clases de guitarra. Hace rato que ya no aprendo nada. Estuvo bien al principio, cuando aprendía los ritmos folklóricos de todo el país, pero en general ya no me gustan las canciones que me dan para sacar. Me gusta tomarme el ómnibus y viajar desde la villa hasta la ciudad; y durante esos 40 minutos distraerme de esa forma tan profunda que sólo logro en el colectivo. Ese estado es a veces tan total y absoluto que me parece que llego a punto en el que realmente no pienso en nada y no pensar en nada. Y eso es todo lo que me gusta de ir a clases de guitarra.~~

**JUEVES**

Abro los ojos. Levanto mi brazo izquierdo y miro la hora: ocho y media. Mi hermanito sigue durmiendo en la cama de al lado. Me levanto. Me pongo un short de gimnasia, una remera gris Hering y las New Balance. Sobre la mesada de la cocina hay una nota de mi hermana escrita con lápiz verde con letras grandes que dice: “Hernán, plis ocupate de darle el desayuno a Alvarito. Me fui al hospital. Beso". El día es soleado. Se escucha el piar de los zorzales y los benteveos. Miro por la ventana de la cocina que da al patio de atrás: el cubrecama sigue colgado afuera. Pienso en las sábanas: ¿las habrán tirado? Me acuerdo de una vez que nos entraron a robar hace unos años. En realidad sólo habían entrado al lavadero, que es una habitación con baño separada del resto de la casa. Sólo se habían llevado una bicicleta vieja de mi mamá, una campera de cuero de mi papá y la plancha. Pero lo extraño del robo fue que el ladrón había hecho la caca en el suelo, sobre las baldosas del patiecito a la salida del lavadero. Al lado del montoncito de excrementos había quedado la remera de Garfield de mi hermana mayor con la que se había limpiado el ladrón. A todos nos daba mucho asco, y mi papá dijo algo de lo absurdo que le parecía entrar a robar y tomarse le tiempo de bajarse los pantalones, ponerse en cuclillas y hacer la caca. Yo estaba bastante impresionado. Lo que pensé, días después, pero no se lo dije a nadie, era que esa caca era un mensaje de odio; aunque se tratara de alguien que no nos conocía, de todos modos nos odiaba. Mi hermana no quiso usar más la remera de Garfield, pero igual fue lavada y regresó a la cajonera. Pasado un tiempo un día mi mamá apareció con la remera puesta.

Mi hermanito sigue durmiendo. Estar solo, o casi solo en mi casa a la mañana es nuevo para mí, sobre todo en un día de semana. Después de lavarme, me tiro en el sofá del living y agarro el control remoto del equipo de música. Lo prendo en la 106.9. A la noche en esa estación suelen pasar baladas de rock y cosas así, pero ahora hay un noticiero. Me levanto y busco en la pila de los pocos CDs que hay al lado del equipo. Casi todos son de cantautores españoles; también hay unos cuantos de música clásica de los que vienen con revistas y tres CDs míos. Pongo uno de música clásica en la bandeja y me vuelvo a sentar en el sillón. Más allá de algunos nombres (Mozart, Beethoven, Bach, Litz) no sé nada de música clásica, aunque ya reconozco los temas del CD que pongo; me gustan sobre todo el primer y el segundo tema. Me sumerjo un poco en la música. Se me cruza por la cabeza una pregunta: ¿por qué será que casi nunca usamos el living? Con lo cómodo que es este viejo sofá.

Unos 15 minutos más tarde vuelvo a mi pieza. Mi hermanito sigue acostado, pero ya tiene los ojos abiertos.

-Hola -le digo.

-Hola -dice-. ¿Estamos solos?

-Sí. ¿Querés desayunar?

-No.

-¿No querés leche con Nesquik?

-Con Chocolino -dice.

-Bueno.

-Bueno.

-¿Y pan con manteca?

-Bueno.

Voy a la cocina. No hay leche preparada, así que saco la caja de leche en polvo de la puerta de la heladera y me fijo en el costado del cartón: dos cucharadas soperas colmadas por cada vaso de agua. Saco una taza de plástico verde oscuro y pongo las dos cucharadas del polvo amarillento. Abro la canilla, lleno la taza de agua y mezclo con la cuchara buscando disolver los grumos. Después abro la alacena y saco la lata estampada de Chocolino y el taper verde largo y fino con el azúcar. Pongo tres cucharaditas de azúcar, dos de chocolate y mezclo un poco. Los grumos de chocolate no disueltos suben a la superficie; algunos son como pequeñas burbujitas con polvo sin diluir adentro. ¿Habrá pan? Busco en la alacena; no hay. Voy hasta el armario del lavadero para ver si hay galletas, pero tampoco. Vuelvo mi pieza.

-No hay pan -le digo a mi hermanito mientras él se sienta en la cama.

-No importa -dice y hace ruido con la nariz, aspirando los mocos.

-Voy a comprar -le digo.

-Bueno.

-No abras a nadie. Ya vuelvo -digo dando dos golpecitos con los nudillos en la puerta de la pieza.

Meto la mano en el bolsillo del short y encuentro cinco pesos: es más que suficiente para comprar pan. Salgo de la casa y cierro con llave, dejando encerrado a mi hermanito. Corro dos cuadras hasta la panadería y compro 300 gramos de pan pebete, que es el que compramos siempre porque es más suave que el francés y dura más tiempo blando. Vuelvo también corriendo. Cuando entro a la cocina, mi hermanito está sentado en el desayunador tomando la leche que le preparé.

-Ya te hago el pan con manteca -le digo.

Saco un pan entero de la bolsa y lo corto en dos a lo largo con un Tramontina. Abro la heladera, saco la mantequera de plástico y unto en los dos panes.

-¿Es suficiente? -le pregunto.

-Sí -dice mientras agarra la azucarera verde. De pronto me da un poco de hambre. Saco otro pan de la bolsa y corto tres rodajas transversales, en el otro sentido del que corté el otro pan. No les unto manteca sino miel, que saco del frasco de vidrio con una tapa-manija amarilla que siempre está al lado del azúcar.

-¿Vamos a ir al hospital? -me pregunta.

-Sí -le digo.

Hace dos noches, acostados cada uno en una cama de una pieza en la casa de nuestros vecinos, quise hablarle de lo que sabía, la situación general, pero no quiso que le contara nada.

-¿Vos tenés plata para el ómnibus? -me pregunta.

-Sí -le digo-. ¿Querés ir al hospital? También te podés quedar al lado. O en lo de Nenina.

-Bueno.

-¿Te quedás al lado?

-Sí. En lo de Nenina mejor no. Mejor al lado, ¿ah? -dice y da un mordisco al pan. Noto que al final no le ha espolvoreado azúcar. Lo veo masticar despacio.

-No le pusiste azúcar -digo. Estoy detrás a la derecha de él y no sabe que lo estoy mirando fijo. ¿Qué siente él?

-No, mejor no -dice.

-¿Está Luciana al lado? -me pregunta después de un rato. Se refiere a nuestra vecina.

-Sí. Gabriela también -digo-. Las dos van a estar toda la mañana.

-¿Puedo ir ya?

-Sí. ¿Pero no querés ver dibujitos un rato? Yo todavía no me voy.

-No. ¿Vos no querés venir al lado? -dice.

-Mañana, si querés. Creo que tengo que ir para el hospital.

-Bueno -dice. Da otro mordisco pero no mastica el pedazo que acaba de entrar en su boca-. ¿Puedo ir ya? -dice unos segundos después con la boca todavía llena.

-Sí -le digo.

Deja el pan con manteca a medio terminar y se levanta. Va hacia la puerta. No dice nada más. Tiene puestas las zapatillas negras que usa para jugar al fútbol pero todavía está en piyama. Abre la puerta y sale. Antes de que cierre, casi riéndome, le digo:

-¡Estás con piyama!

Se mira el pijama; tiene dibujitos de felinos: tigres, leopardos, linces. Después me mira como confundido. Es sólo un instante. Después sonríe, pícaro:

-¡Sí puedo ir así! -dice.

-Sí puedo ir así -dice mirándose.

-Dale, te ayudo a cambiarte rápido -le digo sonriendo.

En la pieza busco ropa limpia. Saco dos shorts, dos remeras y un par de zoquetes blancos de algodón.

-Elegí lo que te guste -le digo.

Se pone una remera roja con un logo de Pepsi y un short azul de los que le cose mi mamá.

-Medias -le digo.

Se saca las zapatillas y se pone los zoquetes. Hace todo apurado.

-¿Si te lavás la cara?

-Bueno.

Vuelvo a la cocina y enseguida aparece con la pelota bajo el brazo.

-Llevate una llave por las dudas -le digo

-Sí -dice-, la tengo en la media. Chau.

Cuando sale me asomo por la ventana y lo veo caminando por la vereda hacia la casa de las vecinas. Voy hasta el teléfono y marco. Me atiende una voz de mujer joven; pregunto si está Germán.

-No -contesta-, está en el colegio. ¿Quién lo habla?

~~Mi hermanito queriendo salir con piyama, yo llamando a un compañero a la casa un día de semana en el horario de clases…~~ Digo que lo voy a llamar a la tarde y corto. ~~Nadie me lo ha pedido, pero decido arreglar la casa todo lo que pueda. También tengo que darle de comer a los perros.~~ Vuelvo a la cocina y busco en la parte de abajo de la heladera, donde suele estar la bolsa con grasa y cartílagos, pero no hay nada. Quizá hay congelados. Abro el freezer y encuentro una bolsa blanca grande; podrían ser los cartílagos, pero también podría ser otra cosa, no estoy seguro. Saco la bolsa y la dejo sobre la mesada. Hasta que se descongele va a pasar una hora, por lo menos. ~~Está bien, en una hora puedo arreglar la casa, y después sí, ya no puedo perder más tiempo, tengo que irme para el hospital. No es que yo sirva para algo ahí, ni nadie me ha dicho que tengo que ir, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Además siento la obligación de estar cerca.~~ Voy a mi pieza. Rápidamente tiendo las dos camas y guardo la ropa y los zapatos. Veo sobre el pequeño escritorio mis dos gruesas carpetas, de tapas y argollas libres y forradas con papel araña blanco y plástico transparente por encima. En ellas están las doce materias, seis en cada una. ~~De pronto las carpetas y todo lo que hay en el escritorio parece un mundo muy lejano. No el colegio ni mis compañeros, ni siquiera los profesores, sino las materias, las cosas que aprendí, y las cosas que tendría que aprender.~~ Salgo de mi pieza y entro en la de las mujeres. Las camas están destendidas y hay ropa y calzados de las dos en el piso, pero no entro.. Entro en la pieza de mis padres. La cama ya está tendida, alguien puso otro cubrecama limpio. Levanto el cubrecama; alguien ha puesto sábanas limpias. Me paro al lado de la mancha blancuzca en el piso de parquet. Está igual que ayer. Me gustaría mejorar su aspecto, pero no sé qué podría hacer. Quizá después se puedan levantar los pedazos de madera manchados y cambiarlos. O quizá no, quizá nunca llegue ese momento. ¿Vamos a seguir viviendo en esta casa?~~, y si lo hacemos, ¿mis padres volverán a dormir en esta pieza?~~ Entro al baño en suite: está limpio. Miro el resumidero del lavatorio a ver si se ve algún resto: limpio. Después me fijo en el bidet, en la bañadera y en el resumidero del piso. Todo está limpio. Lo único raro es el espejo, que está un poco rayado, como si le hubiesen pasado un trapo sucio. En ese momento suena el teléfono. Esta vez no me asusto y dejo que suene. Decido que voy a atender después de cuatro timbrazos. Pero suena tres y después se corta. Pienso que la próxima voy a atender si suena cinco veces. Un momento después vuelve a sonar, esta vez llega sólo a cuatro. Después de un rato suena de nuevamente. Cuando llega a cinco, corro a atender. Llego cuando está sonando el sexto. Atiendo. Es mi papá. Con voz tranquila me pregunta si voy a ir al hospital. Le digo que sí, que estoy por ir.

-Bien, bueno -dice.

-Sí, les doy de comer a los perros y me tomo el ómnibus -digo.

-No, no. Te va a buscar el ingeniero Neuer.

-¿Quién?

-El ingeniero Neuer.

-Bueno. ¿A qué hora?

-A las 10 y media.

-Bueno.

Miro la hora, son las 9:50. Voy para la cocina y lavo las pocas cosas sucias que hay, las dejo secando en el escurridor de plástico. Abro la bolsa que saqué del freezer y miro dentro; el contenido sigue duro, pero al menos ahora estoy seguro de que son los cartílagos. Salgo afuera con la bolsa en una mano y una pinza para fideos en la otra y llamo a los perros.

-¡Panchitoooo! ¡Camilaaaa!

Sólo se acerca Panchito. Con la pinza saco un trozo de cartílago con un gran pedazo de grasa adherida y se lo ofrezco. Lo huele y me mira. No parece interesarle. Se lo dejo sobre el piso de cemento alisado del caminito para los autos. Panchito se pone a olerlo y de vez en cuando le da una lamida. Al rato se acerca Camila y le ofrezco otro pedazo, un poco más pequeño. Muy despacio lo agarra con sus dientes y se aleja con el cartílago en la boca. Saco cuatro pedazos más y se los dejo a un costado del pilar, donde da el sol, para que terminen de descongelarse.

Entro de vuelta a la casa y voy para mi pieza. Me saco el short y la remera vieja Hering que tengo puesta y me pongo uno de los jeans que uso para el colegio. ¿Estaría bien ponerme alguna remera común estampada? Me decido por una remera blanca limpia de las que uso en gimnasia. Nunca me visto así, pienso, zapatillas, pantalón y remera blanca de gimnasia, nunca. Estoy listo para volver al hospital. Voy hasta el living. Saco el CD que quedó puesto de más temprano de la bandeja y pongo otro, también de música clásica, este no me gusta tanto como el primero que puse. Pongo play y me tiro en el sillón.

Abro los ojos. Miro la hora: son las 11 y cuarto. Me dormí sentado. ¿Será que no escuché el timbre? Ahora sí voy a tener que tomarme el ómnibus. Salgo al jardín. Los perros están echados uno al lado del otro; los cartílagos ya no están. Sigue soleado y ahora también está ventoso. Las copas de los enormes árboles de la vereda se mecen al ritmo del viento y se siente el ruido de sus hojas, innumerables, que rozan entre sí. Al tiempo de que por primera vez soy consciente de lo placentero y relajante que puede ser ese sonido, también me doy cuenta de que hoy no tiene ese efecto en mí, hoy no funciona. Cuando el ingeniero Neuer llegue al hospital sin mí y les diga a mis padres que nadie lo atendió en la casa, ellos se van preocupar mucho. Vuelvo a entrar, agarro mi billetera y, después de cerrar, salgo camino a la parada.

Por el horario, el colectivo va casi vacío. Voy sentado en un asiento individual con la cabeza apoyada en el vidrio, mirando pasar los postes, las casas, los árboles, algunos autos, los pocos negocios que hay por esta zona residencial. De pronto, en un semáforo, noto que alguien me hace gestos desde un auto. Veo el logo de BMW sobre el capot azul oscuro. Abro la ventanilla del colectivo, empujándola con fuerza.

-¿Vos sos Hernán? -me dice el conductor del BMW. Es un hombre de unos 50 años con pelo y barba blanca.

-No.

-Soy Neuer, tu papá me dijo que te busque. Te estaba esperando afuera de tu casa, me fui un segundo a comprar cigarros y cuando volvía te vi en la parada, justo te estabas subiendo al colectivo. -Entrecierra los ojos y ensaya una sonrisa-. Bajate y te llevo -dice.

-Bueno.

-¿Te bajás en el próxima?

-Sí.

-Dale. Me adelanto y te espero.

Después de cerrar su ventanilla, Neuer me hace un gesto con la mano, señalando hacia adelante. Me paro y toco el timbre. El colectivo frena de golpe y dobla un poco acercándose a la vereda; antes de que se detenga del todo, salto. Enseguida el BMW se detiene justo al lado mío. Sólo tengo que estirar la mano para agarrar la manija de la puerta.

-Hola -digo mientras entro y me siento.

Todo el interior del auto, excepto el tablero y el volante, es color suela. Hay olor a cigarrillo, y todo está cubierto de una fina capa de polvo blanco. Veo que en la base de la palanca de cambios, sobre los pliegues del cuero que la cubre, hay un paquete de 20 de cigarrillos Camel, un encendedor Zippo dorado y una bolsita metalizada de bicarbonato. Neuer está vestido con un traje gris claro; sostiene el volante sólo con la mano derecha y tiene el brazo izquierdo apoyado en el borde de la puerta con un cigarrillo en la izquierda.

-Así que vos sos Hernán -dice.

-Sí -digo-. Hernán.

-Claro -dice justo antes de hacer una pitada. Luego suelta el humo hacia afuera-. Pero en el colectivo tenías otro nombre.

-¿Cómo?

-En el colectivo tenías otro nombre -lo dice separando las palabras y haciendo un gesto con el torso hacia adelante con cada una de ellas.

-¿Usted también va al hospital?

-No, vivo cerca -dice rápido y mirándome de reojo. Está bronceado-. Te dejo de paso. Tu viejo me está calculando… unas cosas. ¿No sé si sabías?

-Sí.

-¿O sea que vos sí sos Hernán, verdad?

-Sí.

-Bien. Porque nunca se sabe. Yo también soy ingeniero -dice. Da otra pitada larga.

-Ahá.

-¿Y te preguntarás por qué no los hago yo? -dice aguantando el humo.

-Mhm.

-A los cálculos…

-Ah, sí.

-Porque tu viejo los.. es más… -Suelta el humo.

-Claro.

-Más… los hace más… Bueno, la verdad es que yo no me acuerdo mucho… -dice, y con los dedos de la misma mano que sostiene el cigarrillo se saca algo pequeño de la punta de la lengua.

-Claro.

Cruzando el límite de entrada a la ciudad, en vez de seguir derecho por la avenida (como sería el camino más directo al hospital) dobla a la derecha. A partir de ahí maneja más rápido, salteándose un semáforo primero, y luego, en la siguiente esquina que no tiene semáforo, tocando bocina para pasar antes que el auto que tiene preferencia.

-¿Cómo está tu viejo? -pregunta después de un rato.

-Más o menos -digo.

-¿Más o menos bien o más o menos mal?

-Tirando a mal.

Neuer chasca la lengua.

-¡Uy! -dice de pronto-. Ja, ja, ja. Le pegué a una vieja.

-¿Cómo?

-Con el cigarrillo, le cayó en las tetas.

De pronto las dos ventanillas del auto suben.

-Está caliente -dice. Neuer toca un botón de la consola que hace salir nubecitas blancas de cada una de las bocas de ventilación. Siento el aire frío que me da en el cuello.

-Es bica -dice.

-¿Qué?

-Es bica, el polvo este que vuela.

-¿Bicarbonato?

-Sí. No tuve tiempo de hacerlo lavar por adentro. Pero viste que por afuera está impecable -dice esbozando una media sonrisa.

No contesto. El aire helado me hace sentir bien. Neuer sube el volumen de la radio. “Cantinero sirva otro tequila que cura mi herida. Ay, ay, ay, amor, ¿por qué me dejaste?”. Ojalá este viaje no terminara. Que Neuer me ofrezca un cigarrillo. Pedirle también un poco de coca y bicarbonato. No parar en el hospital, seguir viajando, llegar a otra provincia, o a Chile.

Luego de detenernos frente al hospital, mientras abro la puerta, Neuer agarra su paquete de Camel y con un golpecito hace aparecer la punta de tres cigarrillos, que luego apunta hacia mí. Saco uno. Agarrándolo por el filtro con el índice y el pulgar, lo escondo en el hueco de la mano.

-Gracias -digo-. Y gracias por traerme.

-Abrazo a tu viejo -dice.

\*

Cuando entro en el gran hall de adelante del hospital veo a tres chicas de la otra división de mi curso. Son Bombi, Cecilia y Malena. Están paradas alrededor de uno de los dos teléfonos públicos que están al comienzo del pasillo que lleva a las salas de tratamientos ambulatorios. Bombi, tiene el tubo del teléfono en el oído. De pronto me ve y me saluda agitando el antebrazo. Respondo saludando moviendo la mano y me siento en un banco a unos cinco o seis metros de ellas; apoyo la espalda sobre la pared esmaltada. Entiendo que han venido a visitarme, así que me quedo sentado esperando que terminen de hablar para saludarlas con un beso.

-Este boludo se cree que es mi papá -dice Bombi tapado el micrófono del tubo-. Dice que dónde voy a dormir. ¿En tu casa o en lo de Malena?, ¿qué le digo? -le pregunta a Cecilia con cara de aburrida.

-Decile que en lo de la Malena. Si llama a mi casa mi vieja no le va a querer mentir.

  Bombi destapa el micrófono.

-Hola, en lo de la Ceci… Pero no les digas nada si no preguntan… Sí... ¡Ay, imbécil, qué te hacés el adulto, si yo les contara lo que sé…! Bolón… Bolón es gil… Chau.

Cuelga.

-Boluda; te dije -dice Cecilia.

-Es que no les gusta que me quede en Malena- dice Bombi-. Igual no creo que llamen a tu casa.

Malena hace un movimiento con la mano y parece que va a hablar, pero no dice nada. Todo el gesto parece todo calculado.

Las tres son muy distintas entre sí. Bombi es linda y debe pesar unos 100 kilos. Cecilia es muy flaca, tiene piel tostada y mochos castaños oscuros. Malena también es flaca pero tiene tetas y culo. Tiene puesto un short de jean muy gastado y en la parte de la cola tiene un agujero que deja ver una franja de su piel un poco enrojecida. La conozco desde la escuela primaria, aunque medio de lejos, siempre fue a la otra división y nunca compartimos nada. Pero hace un par de meses, después de clase de gimnasia, me metí sin querer en el baño de mujeres y la encontré lavándose la cara en el lavatorio. Yo acababa de sacarme un siete en la vertical y, como me había costado mucha práctica poder hacerla, estaba aliviado y feliz. Fue extraño que cuando ella me vio. En vez de sorprenderse o asustarse, me saludó como si nada. Me dijo “Hola”. No sé por qué ese “Hola” y su gesto, como sin ninguna emoción, se me quedó como pegado en el cerebro.

 Giro la cabeza a la izquierda y veo que al otro lado de la entrada al pasillo, en el mismo hall, está mi mamá sentada en un banco. No la había visto. Con ella están dos amigos de mi hermana mayor. Uno de ellos, de barba espesa, mira hacia el teléfono público. Está inclinado hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas; masajea un cigarrillo apagado con la punta de los dedos de las dos manos. Me acerco y saludo a mi mamá con un beso; tiene los ojos rojos e hinchados. Les doy la mano a los dos amigos de mi hermana. No hay lugar para mí en el banco, así que me quedo parado, apoyado en la pared.

-¿No le hará frío? -dice el de barba.

-¿A quién? -dice mi mamá.

El otro amigo de mi hermana me mira y dice:

-Y sí, pobre, habría que darle calor. -Es pelirrojo, flaco y tiene una remera blanca con el logo de círculos concéntricos en azul de la lucha contra el cáncer de mama.

Mi mamá me mira, enojada.

-Decile a tu amiga que éstos le están mirando la cola. Medio degenerados, ustedes -dice fastidiada.

Me levanto y voy hacia el teléfono público. De las tres, sólo Bombi es un poco amiga mía. Cuando me voy acercando veo que Malena tiene un paquete de Marlboros en una mano y en un encendedor de plástico verde transparente en la otra.

-Esos dos te están mirando la cola –le digo a Malena, señalando a los amigos de mi hermana, que no se percatan.

-¿¡Quéee?! -dice Malena, riéndose. Se da la vuelta y apoya la espalda sobre la pared.

-Y sí, boluda. Te dije hace rato -dice Bombi.

Miro hacia el banco de los amigos de mi hermana. El pelirrojo ahora me mira, inexpresivo.

-Che, ¿vamos afuera? -dice Cecilia-. Quiero fumar.

-Yo también -dice Malena.

Los cuatro salimos y nos sentamos en el penúltimo escalón de la escalinata de la entrada, con los pies apoyados sobre las baldosas de la vereda.

 -¿Querés? –Malena me ofrece su cigarrillo.

-No, gracias.

-Además está la madre ahí –dice Bombi.

-No creo que en este momento le importe, ¿no? -dice Malena.

-Sí, no creo que le importe ahora –dice Cecilia.

-Igual no fumo -digo.

-No fumes -dice Bombi.

Malena da una pitada. Parece abstraída. Mira como a los lejos y entrecierra los ojos. Después gira la cabeza hacia mí y me observa por un par de segundos. No sé si esa mirada significa algo, pero de todas formas siento un temblor que me baja desde la boca del estómago hasta las rodillas.

-Es un poco parecido a Alfredo –dice Malena soltando el humo. Vuelve la vista a Bombi y luego me mira de nuevo. Se ríe.

-Sí… –dice Bombi dudando un poco–, es un poco parecido.

-Pero no la boca, no la boca de Alfredo -dice Cecilia.

Malena se ríe y se muerde el labio inferior. Sus labios son carnosos, y tienen como grumos debajo de la piel. Bombi ha contado que Malena se los muerde y se los lastima para que sean más gruesos; y también que camina levantando los talones para ejercitar las pantorrillas, que según ella son demasiado finas.

-Malena se quedó pensando en los labios de Alfredo –dice Bombi.

Malena se da vuelta y la mira con los ojos muy abiertos.

-¡Boluda! -grita.

-¿Es fachero Alfredo? –pregunto.

-En realidad pensaba en su forma de fumar -dice Malena y da una pitada-. A ver, hacé como que fumás -me dice ofreciéndome su cigarrillo; no hace falta que aspires.

-¿Ah?

-Dale, plis. Sin aspirar.

Meto la mano en el bolsillo de adelante de mi jean y saco el cigarrillo ya machucado que me dio Neuer.

-¡Sí fumás! -grita Malena.

-Solo Camel -digo como haciendo un chiste, pero ninguna se ríe.

Me acerco el cigarro doblado y apagado a la boca. Lo agarro como si fuera una flauta, sosteniéndolo con el índice y el pulgar y el resto de los dedos por encima. Si decido empezar, esta va a ser mi forma de fumar.

-Ah, no -dice Malena desilucionada-. Alfredo fuma así.

Pone su cigarrillo en el fondo del valle de sus dedos índice y mayor, se acerca la mano a la cara y, apoyando sus dedos sobre las mejillas, aspira el humo. Cuando saca la mano da un golpecito con el pulgar sobre el filtro y el pequeño cilindro de ceniza se estrella sobre una baldosa de la vereda.

-Así te tapás la boca; es como fumar con vergüenza -digo.

-Sí, es verdad -dice Malena, seria.

Bombi me mira. Después la mira a Malena y se ríe.

-Pero Pata es más lindo –dice Malena-. Bah, a mí me parece más lindo. Más lindo que Alfredo, digo.

-Pata es Javier, su novio –me explica Bombi.

-Ya sé –digo yo-. Patalín, es el arquero del equipo del colegio.

-Queda re bien. ¿Y a vos quién te gusta? –dice Malena corriéndose un mechón de la frente.

-No sé. Creo que una de segundo -digo.

-¿Cuál? ¿Laura? -Malena abre grande los ojos.

-No. Otra.

-Ya sé: Fini. Es obvio -dice aburrida.

-Es linda. Pero tiene novio -digo.

-A todos les gusta Fini, pero no sé, me parece que le falta algo -dice arrugando el entrecejo -. No sé qué es.

-Pero es muy buena alumna -dice Cecilia, mirándonos a los tres.

-Es hermosa –dice Bombi-. No tiene nada que ver si es buena alumna.

-A los chicos no les gustan mucho las buenas alumnas -dice Cecilia.

Creo que a los tres nos da un poco de vergüenza lo que acaba de decir Cecilia. Quizás porque quiere dar a entender que conoce más de eso que nosotros.

-Así que te gusta Fini… -dice Malena dando fin al breve silencio-. ¿Y si la invitás?

-Tiene novio -digo mirando mis New Balance. Intento concetrarme en su olor. ¿Se siente?

-¡Ay, no es para Hernán! -dice Bombi.

-El que nunca arriesga nunca gana -dice Malena.

Hay como una pausa. Como si las tres se hubiesen colgado por dos o tres segundos y yo no. Ahora sí siento el olor de mis zapatillas. No es tan fuerte como oliéndolas de cerca, pero está.

-¿Patalín se arriesgó para ponerse de novio con vos? -le pregunto a Malena.

-Ja, ja, ja -se ríen las tres. Yo no sé si sonreírme y veo que Bombi abre grande los ojos.

-El de Malena es un noviazgo por conveniencia –dice Bombi.

-Como la película –dice Cecilia-; matrimonio por conveniencia.

-Nadie se arriesgó conmigo -dice Malena. Suspira.

-¿Qué? -dice Bombi

-Sí -dice Malena- .Será que no valgo el riesgo. Conmigo siempre es a lo seguro. Además, si me gustás te re das cuenta.

-De una –dice Bombi.

-Yo no sabía que te gustaba Alfredo –dice Cecilia.

Bombi y Malena no dicen nada. Después, Malena dice:

-Yo sí lo amo a Pata.

-De una –dice Bombi-. Lo re amás.

Sin decir nada, Malena se para y camina hacia el kiosquito ambulante que está a unos 30 metros, cerca de la esquina. El kiosco es una de esas bicicletas que tiene la rueda de adelante pequeña y arriba de la rueda un cajón ancho y de poca profundidad con las golosinas; para parar esas bicis se bajan una patas de metal que levantan la rueda delantera del suelo, así, la bici kiosco queda firme. En el suelo hay una conservadora de telgopor cubierta de cinta de embalar marrón, que seguramente el kiosquero traslada en el portaobjetos detrás del asiento. En un momento, el hombre se agacha hasta la conservadora y con una mano saca una lata de Quatro y otra de Coca-Cola. Mientras abre alguna golosina que ha elegido, Malena mira las dos latas que el hombre sostiene con una mano; luego mueve la cabeza negando. El hombre se agacha, mete las latas de vuelta en la conservadora, y coloca la tapa de telgopor encintada.

Cuando Malena regresa con nosotros, tiene una cajita de chocolates Kinder en la mano.

-¿Quién quiere? -pregunta.

-Yo no. Golosina de nenes –dice Bombi.

-Dame un solo cuadradito –dice Cecilia.

-Tomá dos –le dice Malena.

-¿Querés? –me ofrece estirando la mano.

Yo no tengo hambre en ningún momento del día, pero puedo comer.

-Bueno –digo.

-¿Cuántos querés?

-Uno nomás.

-Está todo toqueteado y derretido, es un asco -dice Malena-. ¿No querés que te abra otro?

-No, ese está bien.

Malena corta un cuadradito y me lo da. Me lo meto en la boca. El sabor es dulce y suave. Y nuevo. No soy fanático del chocolate pero este me gusta.

-Me vuelvo loca –dice Malena.

-¿Por? –pregunto. Bombi y Cecilia me miran.

-Este chocolate, me vuelve loca.

-Sí, es rico –digo.

-¿No querés otro? ¿No te vuelve loco? ¿No sentís que no podés parar?

-No quiere porque se lo das todo manoseado –dice Bombi.

-No, es que no tengo hambre.

-¿O sí te gusta manoseado… por… *Malena*? -Bombi lo dice como chiste, pero nadie se ríe.

-Sí -digo yo, casi murmurando.

-¿¡Qué!? – grita Bombi.

He dicho que sí sin pensar, como movido por alguna cosa extraña.

-Dijo que sí. Dice que le gusta manoseado por Malena -dice Cecilia mirándola atenta a Bombi.

-¿Le vas a dar? –le dice Bombi a Malena.

-Ahora ni en pedo. Ja, ja, ja -se ríe Malena.

-Es que no me importa, eso quería decir, que no me molesta. No lo dije por… Bueno, nada -digo.

Malena se ríe, parece contenta. Saca otro paquetito de la cajita de cartón y lo desenvuelve.

-Ay, creo que me voy a comer toda la caja sola –dice.

No digo nada. La miro mientras come y se ensucia alrededor de la boca.

-Me vuelvo loca –dice de vuelta-. ¿Qué dicen, me compro otro?

De pronto se escucha gente hablado fuerte en la sala de entrada y se ve movimiento. Me doy la vuelta para mirar pero no alcanzo a entender qué pasa. Me paro y entro al salón. No alcanzo a ver ningún familiar. Un hombre de unos 40 años de chomba rayada dice, levantado la voz, no sé a quién:

-¡Nunca me avisaron! ¡Nunca me avisaron!

Un policía bajito está frente a él y le habla con una mano sobre el hombro, parece que trata de tranquilizarlo. A través de la mampara veo hacia adentro el bar. En una mesa del centro del bar están mi hermana mayor y a mi mamá, sentadas. Junto a ellas, también sentados, hay con cuatro o cinco adultos, de los que reconozco sólo a mi vecina Nieves. Los dos amigos de mi hermana siguen sentados en el mismo banco del salón, conversando y riéndose, vaya a saber de qué.

Salgo a la vereda y veo que Malena y Bombi sornríen, cómplices.

-Bombi dice que quiere conocerlo a tu tío -dice Malena riéndose.

-¿Qué tío?

-Al del BMW -dice Cecilia-. Me sonríe, lo hace por primera vez desde que llegó.

-Tu tío millonario -dice Bombi.

-No me importa la plata -dice Malena-, pero estaba fuerte.

-Es viejo -digo.

Malena me mira. Sonríe. Es hermosa. Tiene un poco de chocolate arriba del labio.

-No es mi tío -digo.

-Yo me di cuenta que no era tu tío porque no se bajó. En estos casos hay que bajarse -dice Cecilia.

-¿Quién es? -dice Bombi.

-Un tipo que trabaja con mi papá -digo.

Debe haber sido por mencionarlo a mi papá que se hace de nuevo un silencio. Malena fuma, y Bombi ahora también. La miro un instante a Cecilia, que me devuelve una sonrisa incómoda.

\*

Las tres se quedan el resto de la tarde. De vez en cuando me levanto y voy al bar. Saludo gente. Como un triángulo de tostado frío que algún visitante ha dejado. Una de las veces que vuelvo a salir las chicas no están. Pero pasada una hora vuelven. Dicen que han estado en la plaza; Cecilia cuenta que Malena se enamoró de una estatua.

A eso de las siete las acompaño a la parada del colectivo. Esperamos el 200 sentados en los bordes de unos tambores de lavarropas viejos que tienen plantas en el centro, son como una decoración que el bar-comedor que está en esa esquina ha puesto en la vereda. Ellas hablan sobre un parcial de Biología que tienen el lunes. Dicen que les parece absurdo estudiar tanto de una sola materia y casi nada de las otras, dicen que están hartas de la profesora de biología, que se cree que lo más importante del mundo es la célula. Casi no hablo. Cada tanto la miro a Malena, pero nunca logro hacer contacto visual. Cuando llega el colectivo la última en despedirse de mí es ella, y durante los segundos que demora en subir los dos escalones y pagar el boleto, aprovecho para mirar con detenimiento el trozo de piel de su cola que el tajo del shorcito deja ver. Algo se agita dentro mío. *Nunca me va a dar bola.* Y no creo que venga de nuevo a visitarme. Pero mientras el colectivo se aleja veo, a través del vidrio trasero del coche, su silueta que busca y duda dónde sentarse. No sé por qué en ese momento se me ocurre que todavía tengo una chanche, aunque tenga novio, aunque no guste de mí.

Caminando de regreso al hospital, con el sol escondiéndose, siento el olor dulzón a flores mucho más fuerte que más temprano. ¿Será ese olor lo que me ha hecho creer que todavía me puede dar bola? Ahora no puedo sacarme esa idea, que es ese olor lo que me hace ilusionar, lo que me da esperanzas, porque de hecho ella no me ha dado ninguna señal. ¡Qué tonto que soy! Malena tiene novio, y además es hermosa, y si le gusta alguien aparte de su novio debe ser ese Alfredo, que tiene esa forma de fumar sensual y que seguro ya ha cogido con varias chicas. Cuando estoy llegando en la zona de emergencias veo dos ambulancias iguales con las puertas abiertas. Las dos están vacías, pero al acercarme veo en la calle a una mujer sola que llora y se agarra la cabeza. Un hombre de ambo verde sale de adentro y hace pasar a la mujer que, entre sollozos, intenta explicarle algo al médico o enfermero. Sigo caminando. Cuando doblo en la esquina, para ir hacia la entrada principal, veo a mi grupo de amigos sentados en el cordón de la vereda.

[cambio de pag]\*

Un poco me extraña que no me pregunten nada. ¿Preferirán no saber? Me siento al lado de ellos y me quedo en silencio. De a poco van volviendo al tema de conversación que interrumpieron cuando llegué. Es la hora a que se acuestan. Escucho con atención. Aunque hablan normalmente, me da la sensación de que estuvieran haciendo un repaso de lo que ya han contado antes de que yo llegara. Gonzalo se acuesta entre la una y las dos porque le gusta quedarse jugando al Lotus, un juego de carreras de autos de computadora, hasta que ya no da más del sueño. Germán ve Orsai entero, y si la repetición del partido que pasan a continuación no le interesa, apaga la tele y se duerme. Rodrigo no tiene televisión en el cuarto, pero le encantaría poder ver Orsai todas las noches; sólo lo ve cuando algún viernes se queda a dormir en la casa de Gonzalo o de Germán, sino, se acuesta temprano, cerca de las once. Nicolás tampoco tiene televisión en el cuarto y en su casa tampoco hay computadora; a veces se pone a “luchar” con sus hermanos hasta que se cansa y, transpirado, se acuesta y apaga la luz hasta que sus hermanos se calman. A veces se duerme a las 11, a veces a las 12, y a veces a la 1 o más.

-Sos un sucio -le dice Gonzalo a Nicolás.

Nicolás sonríe; no quiere pelear.

-Hernán se debe acostar re temprano -dice Germán.

Rodrigo me mira, esperando que diga algo.

-Como a las 12, o una -digo.

-Claro -dice Rodrigo y mira al frente.

En un momento sale del hospcital un hombre de unos 60 años de pelo blanco y vestido con camisa clara, jean y mocasines negros. Se acerca a nosotros. No lo conozco.

-¿Cuál de ustedes es Hernán? -dice.

Siento el acelere del corazón.

-Yo -digo.

-Tu viejo… manda que agarres esto -dice y me alcanza dos billetes de 10 pesos doblados-. Dice que los invités a tus amigos un sándwich.

Lo miro aliviado. Respetuoso, agarro el dinero.

-Gracias.

-Vamos pibe, a sostener esa familia -dice el hombre.

-Sí. Gracias -digo.

El hombre mete los dedos pulgares en los bolsillos de su jean y se va. Para adentro agradezco que el hombre no diga nada más.

-¿Quieren que vamos a comer? –les pregunto a mis amigos.

Cuando pedimos la cuenta nadie quiere que yo pague. Insisto, pero no hay caso. Pago mi sándwich y la parte que me toca de las dos Coca-colas de litro y medio que nos hemos tomado. Miro la hora: once y media. Dentro de pocos minutos van a dejar de circular los colectivos. Siento que algo se me cierra en el pecho; pero después de un rato esa misma cosa se abre. No es igual a la presión de la angustia, es como si tuviese un nuevo órgano con músculos que se activa de vez en cuando. Vuelvo a sentir la contracción y, pasados unos segundos, la relajación. Es una sensación totalmente nueva.

-Ya van a dejar de pasar los colectivos –digo-. ¿Tomos se toman el 200? Yo sé dónde está la parada.

-Estoy en el auto –dice Gonzalo. Saca del bolsillo un llavero de gomaespuma ovalado verde fluor con las tres llaves que tienen los Falcon. Las reconozco porque mi familia también tiene un Falcon.

-Te prestaron el Falcon de noche… –dice Nicolás.

-Ehhh… sí.

-¿Pero vos sabés manejar de verdad? -pregunta Germán.

-¿Y cómo llegaste acá vos, papá? -le dice Gonzalo fastidiado.

-¿Cuándo aprendiste? -pregunto.

-Lo sacaba los domingos en secreto cuando mi viejo se iba al club. Todavía me cuesta meterlos en el garage, je -dice revoleando el llavero en el dedo.

-Claro.

-Vamos a dar vueltas en el auto -dice guiñándome un ojo-. Todavía queda nafta.

-Todos pusimos para la nafta -me explica Nicolás.

-Menos Rodrigo -dice Gonzalo.

-Después te doy –dice Rodrigo-. Además a mí no me tenés que llevar a mi casa.

-¡Sí te voy a llevar, puto! –dice Gonzalo, enojado.

Tengo un poco de ganas de ir con ellos, pero también pienso que ya fue suficiente, que tengo que volver al bar del hospital y estar un rato con mis padres.

-Yo me vuelvo al hospital –digo.

Todos asienten en silencio y enseguida comienzan a levantarse.

-Mirá el enchastre que dejaste -le dice Gonzalo a Germán señalando los restos de lechuga, mayonesa, servilletas y migas alrededor del plato de acero sobre la mesa de plástico roja. Miro mis restos: hay un pedazo de sándwich que no comí y migas y varias servilletas arrugadas sobre la mesa; las levanto y las pongo dentro del plato. Miro los restos de Gonzalo: los pocos desperdicios -dos o tres servilletas arrugadas y unas pocas migas y tres gotas de mayonesa- están dentro del plato, y la zona alrededor está limpia.

-Para algo está la moza -dice Germán.

-No para limpiar tu roña.

-¿Quién dice? -retruca Germán.

-Eso se aprende en la casa -dice Gonzalo-. Pero vos sos un nene de mamá que le limpian todo, y no le enseñan. Seguro te limpian el culo después de cagar.

-Le dejé propina –dice Germán señalando unas monedas-. Además no está tan sucio... ¡Y mirá! -dice mostrando lo que acaba de notar-, ¡Nicolás también dejó sucio!

-Otro nene de mamá –dice Gonzalo-. Igual lo tuyo es lo peor. Mirá esa chanchada…

Salimos del bar y caminamos hacia donde Gonzalo dejó el auto. Siento nuevamente la presión en el pecho, que después de un instante cede. Y al rato vuelvo a sentirla una vez más. Es como una especie de latido, pero bastante más pausado que el del corazón. Noto que tiene tres momentos: contracción, luego como una expansión, todavía con algo de tensión, y finalmente relajación. A veces el ciclo se repite una o dos veces más pero finalmente para; me preocupa que una de esas veces no se detenga. A pesar de eso cada vez el momento de la relajación es cada vez un poco menos desagradable, o más agradable.

Dejo de caminar y dejo que el grupo avance unos pasos.

-Bueno -digo-, yo me voy para el otro lado. -Me doy la vuelta y levanto la mano, saludando.

Todos me saludan desde esos pocos metros que nos separan.

-¿Y si vas mañana al colegio?, capaz te hace bien –me dice Germán.

-Sí, mañana vuelvo -le digo.

**VIERNES**

(sesion grupal con psic. salto francisco. la cruza malena en sesion con psicol)

-Pensé que te habías dormido -dice mi hermana cuando abro los ojos.

Son las 6:45. Mi hermano duerme en la cama de al lado. Me visto con el uniforme y me lavo rápido. Cuando salgo del baño la veo a mi hermana que entra apurada en su pieza. La puerta del dormitorio de mis padres está abierta y no hay rastros de ellos: no han dormido en la casa. En la mesada de la cocina hay una taza de café con leche. Entiendo que la ha hecho mi hermana para mí, y como ya está tibia, la tomo de cinco sorbos grandes. Salgo y cierro la puerta. Veo pasar a mi hermana con un montón de ropa hacia el lavadero y la saludo moviendo la mano.

Cuando subo al colectivo lo primero que noto es que no hay nadie con el uniforme de mi colegio. Miro la hora: 7:03, es mucho más temprano de lo habitual.

En la entrada del colegio no me cruzo con nadie, pero cuando entro al aula están Carlitos, Ramiro y el Indio. Carlitos y Ramiro estudian, cada uno en su banco. El Indio fuma parado apoyado en la pared al lado de la puerta y no deja de fijarse si pasa el preceptor. Sin saludar, les pregunto qué estudian.

-Biología -dicen Carlitos y Ramiro casi a coro.

En Biología nos toman todas las clases y todo el mundo tiene terror a la profesora. Es la única materia que es así. Sé cuál es el tema que estamos viendo, pero no he estudiado para esta clase. Como las tres o cuatro veces que me preguntaron a lo largo del año he contestado más o menos bien, hace ya varias clases que la profesora no me señala.

-Hoy salta -dice Ramiro sin levantar la vista de su carpeta.

-¿Quién?

-Francisco. Hoy salta al lado. Dice que si le toman salta al lado en el segundo recreo. -Hace un pausa-. Y casi siempre le toman -dice encogiendo los hombros.

-No creo- digo intentando una sonrisa y siento como una vibración en la parte alta del pecho, cerca de la garganta.

-Yo creo que sí. No iba a estudiar -dice Ramiro.

-Sí -dice Carlitos-, yo creo que sí va a saltar. Dice que no va a estudiar para hoy.

Carlitos, quizás copiándole a Ramiro, tampoco deja de mirar su libro mientras habla.

Francisco es uno de los mejores alumnos; junto conmigo y José. José es el habitual buen alumno, aplicado e inteligente, pero Francisco es obsesivo, y lo dice él mismo. No es muy inteligente ni naturalmente estudioso, ni tiene facilidad para matemática, como yo o José, pero está obsesionado con las notas y se exige al extremo para sacarse las mejores. Desde hace unos meses sospechamos que a Francisco le gustan los hombres. A algunos de nosotros, en distintas situaciones, nos ha acariciado el tobillo. Desde que me lo hizo a mí yo me he alejado un poco. Diego, Gonzalo y Manuel dicen que a ellos también les pasó algo parecido. Diego dice que cuando a él le pasó, en la pieza de Francisco, le devolvió una patada en el pecho.

-Alguien debería avisarle a la profesora -dice el Indio.

Ramiro y Carlitos de ríen. Yo entiendo el chiste y quiero reírme, pero no me sale la risa. Para mí el chiste es que alguien debería avisarle a la profesora así la profesora decide si le toma, según tenga ganas de que Francisco se mate o no. El Indio es compañero nuestro hace poco y parece dos o tres años mayor que nosotros. Él dice que tiene 15, igual que todos, aunque nadie le cree mucho. Es muy gracioso y nunca se ríe, y eso lo hace más gracioso.

-¿Vos decís que salta? -le pregunta Carlitos al Indio.

-Francisco está loco -dice, y da una pitada al cigarrillo.

-A mí no me parece que esté loco -dice Carlitos.

-A mí tampoco -dice Ramiro.

-Bueno -dice el Indio.

Nos reímos. Yo también, esta vez puedo.

Me extraña un poco que nadie me pregunta nada. Ni siquiera por qué llegué tan temprano, quince minutos antes de que suene el timbre de entrada; siempre he sido de los que llegan sobre la hora. Meto las carpetas en la bandeja bajo el pupitre y me reclino hacia atrás en mi asiento.

-¿Vos estudiaste? -me pregunta el Indio.

-No -digo.

-Orto rebelde -dice el Indio señalándome rápido con el cigarrillo y mirándolo a Carlitos.

Después de saludar y preguntar a la clase si hemos estudiado, lo siguiente que hace la profesora Biología es preguntarme cómo estoy:

-Bien -respondo desde mi banco.

-¿Y tus padres?

Sin esperar a que conteste, la profesora mueve la cabeza de un lado para otro, enseguida baja la vista al cuaderno de asistencia. No digo nada. De pronto pienso que quizá sí me tome lección a mí. La profesora levanta la cabeza y me mira.

-¿Estudió para hoy? -dice.

-¿Yo?

-Sí. ¿Estudió? Le iba a tomar.

-No, profesora, como falté la clase pasada...

-¿Y no podía preguntar qué había que estudiar? -dice seria.

No sé qué decir. Titubeo. La profesora me mira unos segundos en silencio.

-La clase que viene le tomo -dice.

-Bueno -digo.

Escucho que detrás de mí Lucía dice muy por lo bajo, para que escuchemos sólo yo y los que estamos cerca:

-Es una hija de puta.

Después Lucía me toca el hombro.

-No estudiés -dice-. No puede ser tan culiada.

-Okey -le digo.

-Lozano -dice elevando la voz la profesora.

-Sí -responde Lucía.

-¿Estudió?

-Sí, profesora -dice-. Pero no entendí todo.

-Vesícula de célula eucariota. Definición y funciones. Vamos Lozano.

-Sí, espere… -Lucía cierra la carpeta-. La célula... Perdón, la vesícula pineal.

Un par de compañeros se ríen.

-Pinocítica -corrige la profesora.

-Sí, pinocítica, es un órgano…

-¿Un órgano?

-Sí, así dice.

-Un ORGÁNULO -dice la profesroa abriendo grande los ojos.

-¿No es lo mismo? -pregunta Lucía fingiendo un poco de desorientación.

-Un órgano es su lengua, Lozano. ¿Le parece que algo dentro de una célula se puede llamar órgano?

-No, es verdad. Es un ¿orgánulo...? Sí. Entonces… pinocítico.

-No. Pero siga.

Lo miro a Francisco, está más adelante, en la fila doble de la izquierda. Está sentado muy derecho y no tiene nada sobre su banco, es decir que ni siquiera intenta repasar.

-Es un orgánulo que forma un compartimento pequeño... y un compartimento cerrado… está separado del citoplasma… ehhh… por una capa de lípido… lípidos -recita Lucía.

-Bien. ¿Qué más?

-Ahora le digo las funciones... La vesícula almacena, transporta y digiere. -A la última frase la dice rápido.

-¿Qué...? -dice la profesora, inclinando un poco la cabeza a la izquierda.

-¡Desechos celulares!​ Es una herramienta que funciona para la organización del metabolismo.

Cuando Lucía termina la frase me doy vuelta automáticamente. Ella me mira con los ojos como huevos, como si acabara de decir cualquier cosa.

-Bien Lozano. No deje de estudiar -dice la Profesora-. Vamos a ver... Salaz… No, ya le tomé la otra clase. A ver… no… Torres, Francisco, hace mucho que no le pregunto.

Contracción en el pecho. Nadie duda de que Francisco va a saltar. Del patio desde donde pretende hacerlo hasta el suelo de la propiedad de al lado hay unos seis metros, o más. No sé qué puede pasar cuando caiga, quizás nada, o quizás se quiebre una pierna o un brazo. O quizás se muera. Miro en rededor: la mayoría ya sabe de la promesa de Francisco, pero nadie parece nervioso. ¿Acaso no le creen? Francisco no es de mentir. Mientras la profesora le hace la pregunta siento como si las pequeñas y habituales corrientes de aire se detuvieran, y como si todo, excepto la voz de la profesora y mi mente, se hubieran salido del tiempo.

Francisco contesta todo lo que le pregunta la profesora. Da la definición de vesícula, las funciones y las relaciones con los otros elementos de la célula; también menciona los cuatro tipos. Ha estudiado; ya no tiene sentido que salte.

Cuando salimos al recreo un grupo de seis o siete de mis compañeros lo rodea. Yo me quedo cerca del grupo. Diego le dice que es un tramposo.

-No era que no ibas a estudiar- le dice enojado.

Francisco, calmo, dice que estudió a la mañana. No podía dormir así que se levantó, abrió el libro y justo estudió las vesículas. Tuvo suerte.

-Pero lo mismo voy a saltar -dice Francisco-. En el recreo que viene, después de matemática. Y después me voy a ir a comer un sanguche. Ya sé cómo hacer para que no se den cuenta -escucho que dice mientras el grupo, medio escéptico, comienza a dispersarse.

La clase de matemática pero se suspende y en lugar de la profesora Bulacio entra el nuevo psicólogo. En los últimos meses han habido varios hechos de vandalismo en el colegio y los principales sospechosos están en nuestro curso, así que la rectora ha decidido contratar a un psicólogo especializado en adolescentes. Según la rectora estas sesiones nos van a ayudar a darnos cuenta que es el que nos lleva a romper cosas. Desde hace un mes y medio, una vez a la semana el psicólogo cae por sorpresa y ocupa el tiempo de alguna clase. Un par de compañeros sospechan que en realidad lo han traído para obtener información y averiguar quiénes son los vándalos, para directamente expulsarlos. Yo soy uno de los más convencidos de que esa es la razón de su presencia, y estoy tan seguro de eso porque hace un par de meses, antes de que él llegara, la psicopedagoga del colegio me llamó a su gabinete y me pidió que le contara lo que sabía sobre las “travesuras” (así dijo ella). Me dijo que su teoría era que había líderes que mandaban a hacer las cosas; me invitaba, si me animaba, a que le dijera quiénes eran esos líderes. La verdad es que no me presionó mucho ni hubo amenazas y me acuerdo que sobre su escritorio había un platito con galletas Pyouolvoritas que me ofreció cuando vio que yo las miraba.

Durante la sesión colectiva con el nuevo psicólogo mis compañeros parecen un poco más enojados que en las anteriores. Eso me envalentona y en un momento me paro y le digo que nosotros no queremos terminar como él, escuchando no lo que dice la gente sino analizando a lo que quiso decir, para después ir a comer masitas con otras viejas. Mientras lo digo siento mucho vértigo. En el aula también están algunos chicos de la otra división. Ellos no son problemáticos; han venido para que cada tanto, cuando el psicólogo se los sugiera, opinen como alumnos de nuestra misma edad, del mismo colegio, pero sin nuestra actitud destructiva.

Cuando termina la hora y salimos del aula ya nadie parece acordarse de Francisco y su salto. Pero Ramiro dice que lo ha visto a Francisco yéndose hacia el patio de arriba, el lugar del salto. El grupo sale corriendo hacia ahí; yo los sigo un poco detrás. En el patio alto Francisco está sentado sobre la tapia que divide el colegio de la propiedad de al lado, una casa con jardín donde funciona la sucursal de la villa de la compañía de agua y cloacas. La tapia en la que Francisco está a caballo no mide más de un metro veinte de altura de nuestro lado; pero del otro, del lado en el que va a caer, tiene, seis o siete metros hasta el suelo. Es la misma tapia en la que a veces vamos en el recreo a apoyarnos y a escupir hacia abajo. Veo que Ramiro va hacia la puerta que sepra el patio del pasillo de las aulas y vuelve. Parece un poco preocupado. Lo observo y él, al darse cuenta de que lo miro, me corre la vista.

-Fran -dice-, si te ven te subido ahí te van a amonestar.

Francisco parece tranquilo. Explica que está midiendo el salto: primero se va a descolgar sosteniéndose con las manos del borde; de esa forma va a reducir la distancia de caída. Me asomo por sobre la tapia baja y miro para abajo. Por un momento creo que va a comenzar esa especie de latido extraño pausado, pero no pasa nada. Tengo un oscuro presentimiento.

-Por lo menos se quiebra los tobillos -dice Nicolás.

Me alejo un par de metros de la escena y después hay como un silencio general. Al lado de Francisco está Martín hablándole casi al oído. No estoy seguro de si Francisco le presta atención; por un segundo parece que sí, porque lo veo que mueve la cabeza como asintiendo, pero también parece abstraído, con la mirada fija en un punto lejano. Hay una quietud como de comienzo de función y el momento se hace interminable. De pronto, de nuevo la voz de Ramiro:

-Fran, va a pasar un preceptor y te va a ver y te va amonestar.

Cuando Ramiro menciona al preceptor miro mis zapatillas y por un momento pienso que estar así es una forma de no haber vuelto del todo. Martín se aparta como un metro y Francisco, con cuidado, comienza a descolgarse hacia el otro lado. Miro a mis compañeros: algunos están más ansiosos que otros, pero no puedo saber si alguno está realmente preocupados. “Se va a quebrar la cadera”, pienso. Francisco es bastante atlético, pero igual: se va a lastimar mucho. Me doy la vuelta y me alejo un poco. Cuando vuelvo a mirar ya solo veo las manos que lo sostienen colgado de la tapia. Un segundo más. Sus manos desaparecen. Un largo instante después se escucha un golpe seco y pesado. Me preparo para escuchar un grito de dolor. Pero no pasa nada. Quizá sólo está inconsciente. Todos, excepto yo, que sigo un poco alejado, miran hacia abajo. Hay dos o tres segundos de silencio. Luego se escucha la risa de Diego, pero eso no me tranquiliza porque Diego se ríe por cualquier cosa, para mí, es un acto reflejo al miedo profundo que le produce todo lo nuevo que sucede frente a él: a pesar de su risa, Francisco puede estar muerto. Dos segundos después, Martín grita:

-¡Traeme un sánguche de lomito/milanesa!

Ahora sí me asomo. Francisco corre paralelo a la tapia, hacia la calle, seguramente preocupado de que algún empleado de la empresa de agua alcance a verlo y la cosa se complique en serio para él. Para mí es increíble que ni siquiera renguee. Cuando llega hasta la verja da un salto ágil hacia afuera. Después mira hacia donde estamos nosotros; no dice nada, no hace ningún gesto, sólo un instante de contemplación. Luego comienza a caminar en dirección a la sanguchería.

\*

El hombre, vestido de pantalón y camisa azul pálido, mete una mano en un balde blanco de 20 litros y saca un trapo de piso que exprime con las dos manos, haciendo que el agua escurra, en su mayor parte, dentro balde. Después extiende el trapo en el aire, y mientras con la mano izquierda sostiene una de sus esquinas, con la derecha va juntando la tela, convirtiendo el plano en una figura cilíndrica irregular. Luego levanta la vista.

-Carlitos… -dice.

Al que llama es a un chico joven, flaco, de pantalón y camisa marrones. Está a unos 30 pasos barriendo el piso de marmolina con un escobillón grande. Carlitos deja el escobillón apoyado contra la pared, se acerca al hombre de azul y agarra la otra punta del trapo. Entre los dos lo retuercen con fuerza, retorciéndose también un poco ellos mismos, como si quisieran dejar el trapo absolutamente seco. Cuando del trapo ya no cae nada de agua, Carlitos suelta su extremo y vuelve a buscar su escobillón. Todo esto sucede en cámara lenta, y ese ritmo se interrumpe cuando el hombre de conjunto azul pálido grita con fuerza:

-¡Meta, Carlos! ¡Que te como el culo!

Ya con velocidad normal, el hombre extiende de nuevo el trapo y ensarta la punta del palo del haragán por el agujero que la tela tiene justo en el centro.

En ese momento giro la cabeza y miro hacia la puerta. Hay un conocido de mi familia, un amigo de mi tío, parado mirando el cartel de fieltro y letras blancas con el listado de especialidades, médicos y horarios. Debería acercarme y saludar, pero es muy probable que no se acuerde de mí. ¿O será esto lo que me toca? Facilitar, lubricar, procurar que las cosas fluyan, que no haya estridencias ni confusiones inútiles. Me paro y camino hacia el conocido.

-Tío…

Al verme, el tipo parece desconcertado.

-¿Quién sos vos? -pregunta mirándome fijo.

-Hernán -digo.

-Hernán… No…

-¿Usted no es amigo de mi tío? De Manuel.

-De Manuel... ¡Sí!, claro. Y vos sos su sobrino... hijo de...

-Miriam.

-¡Claro! ¡Claro...! Sí....

-Claro -digo. Me quedo callado unos segundos, esperando que pregunte.

Siento que alguien se nos acerca. Es mi hermana.

-¡Tío! -dice.

-¡Querida! -dice haciendo un gesto breve, abriendo levemente los brazos-. ¿Qué hacen acá?

Todos mis familiares, por más lejanos que sean, siempre reconocen a mi hermana; de mí ni siquiera se acuerdan mi nombre. Pero lo bueno es que ahora que se ha acercado, ella es la que tiene que contar todo. Y no sólo lo que ha pasado, sino también lo que ha hecho, dicho y siente cada uno de nosotros; porque la gente necesita saber. Yo creo que mi hermana se está acostumbrando, porque de hecho cada vez lo hace mejor. Incluso tiene algunas teorías. Deben ser buenas teorías, porque después de contestar todas las preguntas en general la gente se queda más tranquila.

Me alejo de mi tío y mi hermana y vuelvo a sentarme en el mismo banco en que estaba. No quiero estar cerca. No quiero ver la parte en la que el tipo se agarra la cabeza. Ni la parte en que se va a inclinar hacia adelante, en diagonal, y, después de enderezarse, va a comenzar con el interrogatorio. Pobre mi hermana.

Los dos hombres que limpiaban el suelo ya han terminado y charlan con la moza del bar. Miro el piso. La parte que veo está bastante limpia, excepto un poco cerca de los zócalos, donde se ven restos de agua un poco turbia. Justo en el lugar en que me senté el primer día, cuando entré al hospital y mi mamá estaba sentada en un banco. En ese momento la abracé y luego me senté en el suelo con la cabeza sobre sus piernas, todavía con sangre, mientras esperábamos que saliera algún médico con novedades. ~~En ese momento empecé a sentir olor a semen.~~

Mi hermana ya se despidió del amigo de mi tío y camina hacia mí.

-Es el tío Tito -dice mientras se sienta mi lado-. ¿Te acordabas del tío Tito?

-Yo sí. Pero él no.

-Claro. Es que estás grande.

-Pero no sabía ni mi nombre -digo casi quejándome.

-Y bueno... -Mi hermana mira hacia la puerta, distraída.

-Él no sabía nada, ¿no? -digo.

-¿De vos?

-No, de por qué estamos acá.

-No -dice haciendo un movimiento de cabeza hacia al costado-. Vino a sacar un turno para la esposa.

-¿Y vos le contaste todo?

-Y sí.

-¿Dijo algo?

-Eh... lo que dicen todos -dice con un suspiro concluyente. Después se mira las uñas, pintadas con esmalte beige ya descascarado.

-¿No te cansa contar una y otra vez lo mismo? -digo. En general, sólo cuando le hablo con este tono ella hace el esfuerzo de tomarme en serio. Me lleva cinco años, pero es como si me llevara 15.

-Sí -dice mirándome a los ojos. Mueve las piernas.

-Y no les contés nada.

-Puede ser. Pero es difícil.

[De pronto un intenso vaho. Es el mismo olor que sentí el primer día, sentado en el piso pensando que era olor a semen, pero especulando si no sería olor a la sangre, o a mujer, o a cualquier otra cosa, aunque lo que yo olía era semen. Pienso si mi hermana relacionará los dos olores. ¿Pero lo conocerá?]

-Che, ¿qué tal en el colegio? -dice y me pone la mano sobre la rodilla.

-Bien. Normal.

-Qué bueno.

-¿Vos qué tal la facultad? -digo después de unos segundos.

-Tendría que volver a clase, pero creo que voy a quedar libre en una materia -dice. En ese momento se escucha por los altavoces del salón la voz de una mujer llamando a un tal doctor Candelaria.

-Y podés rendir libre- digo cuando se calla la voz de la mujer.

-Sí. Ya voy a ver… -dice, dudando.

-Creo que yo quiero rendir libre.

-¿Tercer año?

-Nooo, cuando vaya a la facultad. No ir a clase; sólo ir a rendir -digo. Miro el piso.

-Ah, buenísimo. En mi facultad hay chicos que lo hacen. Hay que ser disciplinado, pero te ahorrás mucho tiempo... Pero capaz vos te dedicas al folklore, a la música -dice buscándome con la mirada, mientras yo sigo con la cabeza inclinada hacia abajo.

En eso entran al hospital dos vecinas, Nieves y Nenina. Cuando nos ven se acercan y nos saludan con un beso. Aunque hay más lugar libre de mi lado del baco, las dos se sientan, juntas, al lado de mi hermana. Con su bolso pequeño de cuerina tostada sobre su falda, Nenina pregunta por nuestros padres. En un arranque tomo la palabra y digo que están mal, igual de mal que los días anteriores. Digo que están “destruidos”. Me siento bien diciendo eso, aunque me quedo esperando que llegue el vértigo y después de que ya voy en caída libre, como cuando contradigo a una profesora. Pero no siento nada de eso. Noto que Nenina se pone incómoda y la mira a mi hermana; parece que quiere decirle que hable, que quiere escuchar lo que dice ella, no yo. Mi hermana se queda callada unos segundos, pero después dice que es así, que lo que dije yo es verdad: están mal, muy mal, incluso peor que ayer; y no hay noticias, excepto que no ha muerto, sólo eso. ¿Sentirá ella que cae? Les dice que un tío nuestro, que es médico del hospital, le ha dicho que el daño es masivo y que la situación es muy complicada, pero que a esto no se lo ha dicho a mis padres. Veo que Nenina parece aturdida por lo que acaba de escuchar, se queda inmóvil en el banco, con las piernas juntas, los hombros hacia adelante y agarrando su bolso con las dos manos. Pero Nieves sí se mueve; se levanta del banco, se endereza y suspira.

-Vamos a ver a sus padres -dice.

Mientras miro alejarse camino al bar, escucho que mi hermana dice, por lo bajo:

-Estoy harta de la gente.

-Sí, de las viejas -digo.

-No, de todos -dice mi hermana-. De los tipos también.

-Ah, pero los tipos hablan menos, ¿no?

-¿Te parece? ¿A mí me hablan un montón?

Hago una pausa antes de decir:

-Debe ser porque sos linda.

Mi hermana sonríe.

-A mí me hablan más las viejas. Y siempre dicen cosas horribles -digo.

-Ja, ja -se ríe.

Yo también me río. Estiro las piernas.

-Hoy fui al colegio con zapatillas -digo.

Mi hermana me mira los pies.

-Y no te van a decir nada, obvio.

-No. Pero también es por la época del año, ya no nos controlan tanto. En teoría tenemos que llevar monograma -digo echándome hacia atrás.

-¡Yo nunca llevé monograma!

-Pero tenías que llevarlo.

-Sí, ¡pero nadie llevaba!

-Ja, ja, ja -me río.

-Claro. Lo importante es la corbata -digo.

-¡Y el delantal en las mujeres! Nunca una chica entró al colegio sin delantal, pero vi un montón de veces chicos con camisas a cuadros, con zapatillas...

Me pongo un poco incómodo porque ha dicho “delantal”. Y sé que en un instante ella se va a dar cuenta. Y de hecho no vuelve a decir nada.

-Sí -digo. Miro hacia la puerta de calle.

Mi hermana llora, inclinada hacia adelante. Unos segundos luego logra contenerse.

-Hernán -dice.

-¿Qué?

-Por Dios...

-¿Qué pasa?

-Esas zapatillas...

Miro mis zapatillas.

-¡Huelen horrible! -dice.

-Ya sé -digo.

Un rato después un grupo de gente (dos hombres, tres mujeres y cinco niños de distintas edades) se acercan a nosotros. Una de las mujeres nos pregunta por un doctor de apellido Salva. No sabemos. Le indicamos el cartel con los horarios.

-Es que no leemos -dice una de las señoras.

-¿No llega a ver? -pregunta mi hermana.

-No, no sabemos leer.

Mi hermana se para y se acerca al cartel de fieltro con los nombres de los médicos y las especialidades. No figura nadie con el apellido que menciona la señora, así que mi hermana se pone a leer en voz alta uno por uno los nombres de los especialistas. Yo me inclino hacia adelante y huelo mis zapatillas. Es terrible.

\*

Lo que queda de la tarde lo paso entre la plaza, la sala de entrada del hospital y la escalera de la entrada. De vez en cuando, alguien me ve y me dice algo al pasar, en general sobre mis padres. En un momento se acerca la madre de un compañero mío que ha venido a ver a mi madre, Liliana. Se sienta al lado mío y me pasa el brazo por los hombros. La conozco desde muy chico. Siempre me cayó bien. Es joven, muy joven, no como mis padres. Es alegre; entiende a los niños, y a los no tan niños; siempre envidié a su hijo por su madre, a mi compañero. La miro. Ella me mira.

-Hernán -dice.

-Sí.

-Yo creo… -dice. Hace una pausa larga. -Esto está… hay algo mal en todo esto -dice como cambiando lo que iba a decir al principio.

La miro, un poco confuso. Miro sus ojos.

-No sé si entendés lo que quiero decir -dice.

No digo nada. Mantengo la mirada.

-Vos… -dice-. ¿Alguien sabe algo?

Sigo en silencio. No sé que decirle. Me siento incómodo.

-¿Vos hablabas con ella?

-Poco -digo-. Últimamente poco.

-Y…

-¿Qué?

-¿Notaste…?

-No.

Liliana me saca el brazo de los hombros. Se toca la frente. Se para. Me siento mal. Siento que estoy haciendo mal. Mal de estar sentado en esta escalera, por ejemplo, entre otras cosas. Me mira e inclina la cabeza. Es como si me culpara. Hay algo mal en mí. Lo sé.

Una vez que oscurece comienza la retirada de las visitas. Mañana es sábado y no sé que voy a hacer. Supongo que venir al hospital. ¿A qué hora? La veo a mi hermana que pasa apurada.

-Vanessa -digo

-Sí -dice.

-Yo me vuelvo en colectivo, ¿no?

Me mira un poco desorientada.

-¿Eh…?

Veo que tiene un teléfono celular en la mano, alguien se lo ha prestado.

-Si querés nos lleva Álvaro -dice-. Tendrías que esperar un poco. ¿NO queres verla un poco a la mamá? La dejé con… con la loca esa -dice por lo bajo. No sé a quién se refiere.

-Bueno -digo.

Después estoy volviendo en el asiento de atrás del auto de Álvaro. Nadie habla. Mis padres se quedarán en el hospital otra noche. En la casa, yo y mi hermana nos bajamos. Apenas entramos ella vuelve a salir. Al rato vuelve a entrar con mi hermanito; lo ha buscado de la casa de los vecinos. Miro mi reloj: son las diez y media. Siento el estómago vacío, pero no realmente hambre. Mi hermanito sonríe, contento.

-Hoy jugué al futbol yo solo contra Luciana y Gabriela. Yo solo contra las dos.

Mi hermanito se acomoda el fequillo e inspira. No sé si es suspiro.

-Les gané 8 a 5 -dice después de un rato.

**SÁBADO**

Gritos. No puedo seguir en la cama. Me levanto. Me pongo el jean, las medias verdes del colegio y las New Balance. Abro el cajón de las remeras. Busco la remera gris lisa, pero no está. Aparte de las viejas y de una chomba que odio, sólo está la remera roja con el demonio de tazmania; me gusta, pero no puedo ponerme eso ahora. Más gritos. Tengo que vestirme rápido. Agarro la camisa blanca del suelo y me la pongo. Silencio. Llantos. Me siento en la cama. Mi hermanito sigue acostado; está de lado con la cara hacia la pared. Digo su nombre.

-Qué -dice. Se da vuelta y me mira.

-¿Puedo irme a lo de Luciana?

-Sí, creo que sí. Ya se van y te llevo. O te lleva Vanessa.

-Vanessa se fue -dice. Parece bien despierto.

-¿Sí?

-Sí.

-¿A dónde?

-No sé.

-Qué me pongo -dice mientras se sienta en el borde.

-Lo que quieras. ¿Querés un short y una remera?

-Sí -dice. Se para. Está solo con slip. Lo noto más flaco, más alto.

-Ya quiero que se vayan -dice.

Se escuchan ruidos de puertas. Un sollozo. Luego, después de un rato, silencio total. Y después el auto que arranca. Salgo de la pieza y me dirijo a la cocina. Enseguida aparece mi hermanito detrás de mí.

-¿Y si desayuno al lado? -dice.

Abro la heladera. Está la caja de leche en polvo pero no hay manteca. Arriba de la heladera tampoco hay pan.

-20 pesos -dice mi hermanito.

-¿Qué?

-Acá hay 20 pesos -dice contando unos billetes.

Los agarro.

-¿Te los vas a robar? -me pregunta.

No -le digo-. Es para comprar comida.

-Mentira. Es para comprarte cosas en el kiosco. Comprame tres Rhodesias, por favor.

-No. ¿Por qué tres?

-Una para mí y una para Luciana y otra para Gabriela. .Si querés comprate una vos. Te re sobra con 20 pesos.

Lo veo ansioso, agitado.

-¿Me esperás que vaya a comprar pan y manteca? -le digo.

-No, ya me voy al lado. ¿Pero me comprás tres Rhodesias? O una aunque sea.

-No, mejor no.

20 minutos después estoy tocando el timbre de mi vecino. Tengo una bolsita con cinco rodhesias. Me atiende Garbiela.

-Hola Hernán, me dice desde la ventana ¿querés pasar?

-No vengo a dejarle esto mi hermano -digo.

-Pasá -dice.

Salto la verja de troncos cruzados y me acerco al porche de entrada. Se abre la puerta. Mi hermanito me mira, sonriendo. Agarra la bolsa:

-¡Ehhh! Cinco! ¿No querés una?

-No -digo. Siento las tres tabletas de dulce de leche en mi bolsillo.

Cuando vuelvo a mi casa empiezo a sentirme mal. La presión en el pecho, los latidos. Un día normal estaría hablando con mis amigos para decidir a qué hora vamos a jugar al futbol a los terrenos abandonados de la universidad. Me siento en el sillón pero enseguida me levanto. Cierro la puerta de calle y salgo. 45 minutos después estoy bajándome en la parada que me deja a cuatro cuadras del hospital.

\*

El padre de Malena es porteño. Es famoso. Aparece una vez por semana en un canal de televisión local recomendando música y películas. Es lo más distinto a mi papá que existe. Malena se pelea mucho con él; dice que lo quiere y que lo ama pero que no lo soporta. Ella cree que la engaña a la madre, pero lo que más le molesta es que actúa todo el tiempo como si las cosas no lo afectaran. A Malena le revienta la forma en que las consuela a ella o a la madre cuando le reclaman algo; dice que las trata a las dos como nenas de cinco años.

-Mi papá parece piola divino, pero es pura cáscara -dice Malena-. Espero que con la amante se abra un poco, por lo menos, le diga algo, le diga qué siente.

Bombi la mira a Malena. El día está soleado y corre una brisa suave. Bombi dice que esta es la mejor época del año. Mientras termino un Torpedo, se me ocurre que no sé nada de las estaciones. En otoño caen las hojas; en primavera empieza a hacer calor y en verano hace más calor. ¿Qué más?

-¿No te gusta más el verano? -le pregunto a Bombi.

-Ni en pedo -dice Víctor. Está parado al lado nuestro, con un pie apoyado en el banco de cemento donde están sentadas Bombi y Malena.

-Ni en pedo -confirma José, y enseguida da un salto hacia arriba, tratando de alcanzar una rama del árbol que ahora nos da sombra.

-No, en verano llegan las lluvias. Y no me gusta que haga más calor -dice Bombi.

-No sabía que llovía más -digo.

Pienso si Bombi se meterá a la pileta en maya y por unos segundos la imagino desnuda. No, no debe meterse a la pileta, al menos no cuando hay chicos. A Malena la vi una vez en maya. Fue en su fiesta de comunión, una comunión con pileta. Tengo una foto de ese día. El padre de Malena sacó un montón de polaroids iguales del grupo de niños a la orilla de la pileta. Me acuerdo que estuvimos varios minutos parados esperando que sacara una por una todas las fotos, una para cada invitado y que yo era el único niño con maya ajustada de lycra. Ese día descubrí que ya no se usaban de ese tipo sino tipo short largos, con bolsillos y con un cordón en la cintura. También me acuerdo de que cuando el padre de Malena sacaba las fotos, disimuladamente yo intentaba taparme la cara, haciendo que me rascaba la frente o me acomodaba el flequillo, una y otra vez, para cada una de las treinta o cuarenta fotos que sacó ese día. En la foto que me tocó a mí, efectivamente aparezco con la cara tapada y creo que no se puede saber si ese niño flaco de shorcito corto y ajustado soy yo. Aunque es posible que en algunas de las otras fotos que se repartieron sea fácilmente identificable. Malena aparece como una niña flaca de pelo ondulado, con una maya enteriza con rayas horizontales rojas y blancas, similar a la de todas las otras chicas.

La Malena de ahora no se parece casi en nada a la niña de la foto. Pero yo no sé si estoy muy distinto. Un poco más alto. Y mi peinado; mi peinado sí ha cambiado mucho este año. Me acuerdo de la vez que creí que Malena había muerto, cuando los dos todavía éramos niños. Una tarde volviendo del colegio, hace unos cuatro o cinco años, me encontré con el auto volcado. Poco antes de llegar a la parada el chofer del colectivo nos había avisado que había habido un accidente y que la policía había cortado la avenida. Desde arriba del coche no se podía ver mucho, pero me bajé y caminé hacia donde se amontonaba la gente. Al acercarme vi un Fiat Spazio de color blanco dado vuelta arriba sobre la platabanda. No había nadie adentro. Deduje que las ambulancias ya se habían llevado, muertos o heridos, a los que viajaban dentro del auto. Disimuladamente me puse al lado de un grupo que conversaba. Un señor de anteojos decía que había visto el accidente. Había sido espectacular, decía. Había podido ver cómo el auto mordía el cordón y daba dos vueltas en el aire para caer en el lugar donde ahora yacía con las ruedas hacia arriba. Nadie más había estado involucrado en el accidente. El auto, que venía bastante rápido, se había ido yendo hacia el costado hasta dar con el cordón; eso era lo que había provocado el vuelco. El hombre de anteojos decía que no entendía qué podría haberle pasado al conductor. Una señora, vestida con lo que me pareció un camisón, le preguntó si había muerto alguien. El hombre no sabía, pero sí había visto que dentro del auto venía un hombre y una nena, como de unos ocho o nueve años. En ese momento el hombre me miró y me señaló:

-Como él, como de esa edad -dijo.

Hizo una pausa, separó un poco las piernas, y con las palmas de las manos vueltas hacía sí hizo un gesto recorriendo su cuerpo desde los hombros hasta las rodillas.

-Estaban llenos, llenos, de sangre -dijo.

El hombre abría grande los ojos, esperando nuestra reacción.

-¿Pero se movían? -insistió la señora en camisón. Le miré los pies; la uña pintada con esmalte nacarado de su enorme dedo gordo asomaba por la punta abierta de sus pantuflas.

El hombre contestó que sólo el adulto gemía.

Al día siguiente, a la mañana, me acerqué de nuevo al lugar del accidente. Ya no estaban ni la policía ni los curiosos, y la zona ya no estaba precintada. El Spazio seguía dado vuelta con las dos puertas abiertas. El techo -ahora piso- estaba lleno de un líquido rojo oscuro. ¿Sangre? Me asomé dentro del auto. Había varias botellas de vino, unas diez o doce, algunas rotas, otras sanas; sentí el olor a vino ya un poco agrio.

Esa tarde la directora del colegio contó en la formación entrada que Malena y su papá famoso habían tenido un accidente con el auto. La directora no debe haber aclarado mucho, o quizás no la escuchamos bien, pero muchos pensamos que los dos habían muerto.

Pero una semana después Malena volvió a clases sin un rasguño.

No sé si hablarle a Malena de lo que me acabo de acordar, pero ¿para qué? Y no quiero que Víctor o José entiendan algo raro y se me rían. Tengo una imagen en la mente, algo que me imaginé en aquella época, es la de uno de los enfermeros de la ambulancia sacando el cuerpo de niña de Malena del auto, desmayada y cubierta de sangre, o vino, o sangre y vino.

-Te colgaste -dice Malena.

-Sí -digo. Muerdo el palito de helado y lo parto en dos a lo largo. Arrojo los dos pedazos apuntando al cesto de basura, pero caen antes, en un cantero de la plaza. José mira en silencio.

-¿No vas a levantar? -dice Malena.

-Es madera -digo.

-¿Tu papá siempre usó el pelo largo? –le pregunta José a Malena.

-No. Pero sí arito, desde que tengo memoria. ¿No vas a levantar? -dice volviendo a mirarme.

-¿Qué? -digo.

-La basura que tirastes.

-¿*Tirastes*?

-Sí -dice. Malena se para y camina detrás del banco. Veo que se agacha y busca en el cantero.

-No creo que tu papá la engañe -dice José.

-Sí, no creo -dice Bombi.

-Debe ser que sí -dice Víctor-. Yo la engaño a mi novia.

-¿Cómo la engañás? -pregunta Malena mientras corre plantas buscando el palito de helado.

-Con otras minas.

-¿Qué minas? -pregunta Bombi seria.

-Minas. Minas que pasan por el frente de mi casa -dice Víctor, también serio, pero enseguida larga una carcajada porque José se acaba de doblar el tobillo por intentar otro salto.

Víctor no es compañero mío; lo conozco por José, es amigo del barrio. A los dos les gusta Malena. Más temprano, cerca del mediodía, fueron a visitarla a Malena su casa y desde ahí se tomaron el colectivo para venir a verme. Hace un rato lo hice aparte a José y le pregunté de quién había sido la idea de venir (ya que él no es tan amigo mío, y menos Víctor), ilusionado de que hubiera sido idea de Malena. Al principio no quería decirme pero al final me confesó que había sido idea de Víctor.

Malena encontró los dos trozos del palito de helado y los sostiene en una mano. Pienso que, ¡oh!, sus dedos están tocando mi saliva. Pero eso no logra hacerme feliz del todo porque de pronto parece muy interesada en lo que hace Víctor con las chicas de su barrio.

-¿De cuál querés que te cuente? -dice Víctor-. De la hija del plomero, de la clienta fiel… ¡Ja, ja, ja! -se ríe con su risa estridente.

-¿Cuál era la veterana?

-La clienta fiel, obvio.

-De esa quiero saber -dice Malena.

-¿Querés que te diga qué hacemos?

-¡No! -dice Bombi.

-Ay dale, boluda -dice Malena-. De pronto me mira y se da cuenta de que yo la estoy mirando. Se queda en silencio unos segundos y me muestra los restos del palito. Hace un gesto torciendo la boca.

-Están babeados -le digo.

Instantáneamente Malena me corre la vista y mira a Victor: -Quiero saber de la veterana -le dice mientras emprende el camino hacia el cesto que está hasta el tope de basura.

-Puro fuego -dice Víctor.

-Así son las veteranas -dice José.

-¡Síii! -dice Malena desde el cesto rebalsado de basura, donde trata de acomodar los pedacitos de madera sin que se caigan de nuevo al suelo.

Bombi parece desorientada. Me mira. Excepto Víctor, somos todos vírgenes. Y yo ni siquiera he besado a nadie, nunca. Me gustaría que hablaran de que Malena ha agarrado el palito de helado chupado por mí, pero eso no va a pasar. ¿Qué puedo hacer? Lo único que se me ocurre es no hacer nada. Mirarla poco, hablarle poco. Pienso de nuevo en Malena cubierta de vino y sangre y ahora esa imagen me da un poco de asco. Me siento tonto. No voy a decir nada mientras Víctor cuenta su historia con la veterana. Y no voy a mirarla más a Malena. No le voy a dar bola. ¡Cómo me gusta!

Pero es más que eso: la amo. Sí. Pero ella quiere salir con chicos más grandes, que no son vírgenes, que se drogan, que hablan poco… Tengo que hablar aun menos. Debería dejar de ser virgen. ¿Pero con quién? También está el tema de que tiene novio. Aunque de verdad eso no me preocupa tanto: Malena sí le podría ser infiel a Tapa. Pero ¿conmigo? ¡No! Tendría que ser con alguien más grande, que ya coja, no con un pendejo, ¡que encima es apenas más alto que ella! Es lamentable; lo único que tengo es mi “estrategia”: que es la de hablar menos, no darle mucha bola… ¡Dios! ¡Es todo tan estúpido!

Igual… *Algo*, *ALGO* tengo gustarle. *Algo* debo interesarle. ¿Y sino por qué vino de nuevo? Aunque podría ser que no sepa por qué viene… No, Malena se da cuenta de todo, es imposible que no sé de cuenta de eso. Pero sí, es verdad, ¿si no gusta un poco de mí, ¿por qué viene?

Me he quedado con la mirada perdida y escucho que se ríen, parece que Víctor ha dicho algo gracioso. Levanto la vista y veo que al grupo se ha sumado el heladero que ha pasado hace un rato, al que le compré el Torpedo. Sonríe y nos mira un segundo a cada uno. Se saca el gorrito blanco y se acomoda el pelo. No entiendo si quiere vendernos helados, hacerse amigo, o si se acercó por Malena. Por suerte el short de jean que Malena tiene puesto hoy no es tan ajustado. Ya nadie se ríe, nadie habla. El tipo sigue sonriente, mirando en rededor.

-¿Qué pasa, flaco? -rompe enseguia Víctor.

-Nada -dice el tipo sin dejar de sonreír, encogiéndose de hombros-. ¿Se están divirtiendo?

-¡Va! ¡Vía! -grita Víctor enojado.

-Sí, amigo, dejanos tranquilos -digo yo.

El hombre, acomodándose de nuevo el gorrito de tela, me mira con los ojos abiertos, sorprendido.

-La plaza es de todos, ¿no? -dice. Sigue con la bicicleta entre sus piernas, con un pie en el suelo y el otro sobre el pedal.

Yo me paro y camino un par de metros hasta una de las estatuas. Me siento en el borde del pedestal. Noto que Malena me mira; parece fastidiada. ¿Conmigo? Veo que mete la mano en el bolsillo de atrás de su short y se acerca al heladero.

-¿Qué tenés de chocolate? -le dice.

El tipo, un poco confundido, demora en entender el pedido. Pero luego saca la tapa de telgopor de la conservadora, y de entre unos papeles de diarios y los típicos trozos de hielo seco, saca una bolsita amarilla con un helado genérico.

-Bombón helado -dice-. También tengo Conogol. Éste -dice señalando con un dedo en el cartel de cartón vertical que tiene delante de la conservadora.

-Este está bien -dice Malena-. Dame dos.

-Gente poco amistosa… -dice el hombre, mientras saca otro bombón helado más y le entrega los dos a Malena-. No lo digo por usted, señorita -agrega mirándola a Malena, y ensaya un gesto inclinando un poco el cuerpo hacia adelante. El tipo me mira. Sonríe.

Después de pagar, Malena saca la bolsita amarilla de un de los helados y se pone a morderlo. En silencio, y durante unos segundos, Bombi, Víctor, José y yo miramos a Malena morder el helado.

-¿Quién lo quiere? -pregunta Malena levantando el otro helado.

-Yo no -dice Bombi.

-Dáselo a ese, que está triste -dice el heladero señalándome con el mentón, mientras se monta en la bici.

Malena gira la cabeza hacia mí. Y me echa una mirada seria y escudriñadora que me derrite.

Minutos después Malena está sentada a mi lado preguntándome qué pienso, qué siento, cómo estoy. Intento hacer lo de hablar poco, pero a cada instante querría contarle lo que había pensado hace cinco años, lo de ella, la sangre y el vino, no sé por qué, no sé si porque es interesante o porque no puedo pensar en otra cosa. No le digo nada y al rato ella se queda en silencio. Me doy cuenta de que si no hablo, si no la entretengo, se va a levantar de mi lado.

-¿Por qué me miraste así cuando le dije al heladero que no nos molestara? -digo.

-Porque no sé qué se creen ustedes -dice relamiéndose chocolate del brode del labio-. El tipo no estaba haciendo nada.

-Se acercó para mirarte. Y para molestarnos a nosotros así.

-O sea que se trataba de ustedes… -dice. Se lleva el helado a la boca y chupa.

-Sí. No…

-Claro… ¿Vas a quererlo o no? –dice mostrándome el helado en la bolsita que ya empieza a derretirse.

-No me lo habías ofrecido. Igual no quiero.

Sonriendo, Malena deja el helado sobre mi pierna. Miro el helado. La miro a ella. Siento su olor. La amo.

-¿Lo vas a dejar ahí? -dice viendo que no lo agarro.

-No lo quiero. Además ya me comí uno.

-No te pongas boludo -dice.

No digo nada.

-No, mentira. Se te va a enfriar la pierna -dice sonriendo y señalando el helado sobre mi jean.

-No importa.

Malena lanza una carcajada fuerte, estridente. Amo su risa, también.

-Se te va a congelar, ¿eh?

-No importa.

-Después te la van a cortar.

-Ja, ja, ja.

Me siento feliz. Escucho que José le cuenta a Víctor y a Bombi sobre el salto de Francisco. Me gustaría participar, pero estoy tan bien acá con Malena, con el helado derritiéndose sobre mi pierna.

-¿Y? -dice malena sorbiendo el último pedacito de helado que queda sobre el palito del suyo.

Malena agarra el helado que estaba sobre mi pierna y retira el plástico.

-Mirá, boludo. Se le sale el chocolate.

-Comételo -digo.

Malena agarra una cascarita de chocolate con los labios y la mete dentro de su boca. Luego continúa lamiendo el helado blanco.

-Tomá. Terminalo vos.

Agarro el helado y chupo en la misma zona donde ha lamido ella.

-¿Menos triste? -dice Malena.

-No sé. No estaba triste -digo después de una pausa.

-¡Eh! ¿Qué hacen? -dice Bombi acercándose. Yo la miro y sonrío.

-¡No estás triste!

-No.

-Ese heladero es el que le mostró el coso a Ceci -dice Bombi.

-¿¡Qué!? –dice Malena, abriendo grande los ojos-. ¿Ese era?

-¿Cuándo?

-El otro día, que te visitamos -dice mirándome.

-¡No sabía! -dice Malena.

-Yo tampoco -digo.

Hay un silencio de unos segundos. Víctor, a unos metros nuestro, le muestra patadas de karate a José, que observa con atención.

-¿Y cómo era? -pregunta Malena después de un rato, medio riéndose.

-Dice Ceci que como una víbora- dice Bombi-. Como una víbora negra.

(TRANSICIÓN. TIENE QUE DECIR QUE PASO CON LAS CHICAS)

Media hora después Malena propone ir hasta otra plaza que ella conoce. No sabe bien dónde está, pero sabe cómo ir hasta la casa de Virginia, y Virginia vive a dos cuadras de esa plaza. Malena dice que Vir, como le dice ella, es la chica más linda que ha conocido en su vida, más linda que cualquiera de la tele, que cualquier modelo extranjera.

-¿Más linda que Cynthia Ann Crawford? -le pregunta José prounciando las tres palabras del nombre con una pausa entre ellas.

En la plaza a la que vamos a ir Malena fumó marihuana por única vez. No sintió mucho. Y ese día fue el día que se dio cuenta de los linda que era Virginia. Le pregunto si la ha vuelto a ver desde esa vez. No. Todos nos reímos: es posible que haya sido el efecto de la droga, bromeamos. Malena también se ríe y dice que esa fue la primera pero única vez que le gustó una chica. Víctor propone ir a visitar a Virgina y yo estoy a punto de sumar a la moción pero de pronto empiezo a sentirme mal de nuevo; no tengo idea qué es, sólo sé es parecido a cuando me he quedado solo esta mañana en mi casa.

Les digo que tengo que quedarme y cuando se están yendo trato de hacer contacto visual con Malena. Y lo logro, sólo que su mirada es como preocupada, con el seño fruncido. Durante el resto de la tarde siguen llegando vecinos y familiares. Algunos se quedan solo un rato, pero otros se quedan todo el tiempo, como Álvaro, el ex novio de mi hermana mayor.

\*

El bar del hospital es pequeño. Tiene unas siete u ocho mesas chicas y en este momento están todas ocupadas. Desde que comenzó la espera, mi mamá pasa todo el tiempo acá, siempre en la misma silla de la misma mesa, en el centro del salón. Pasa que el bar es el único lugar más o menos cómodo del hospital, el único lugar donde puede recibir a la gente. Mi mamá a veces trata de pagar lo que piden los que la visitan; dice que por favor la dejen, que ella no consume nada y que está todo el día, que la van a echar del bar. La gente no le discute, le sonríen, pero casi todos pagan. Algunos se acercan al mostrador y pagan en silencio. (Una vez, incluso, un amigo alemán de mis padres ha pagado la cuenta de toda la mesa). Pero no es que le sonrían a todo lo que dice, ni tampoco que no le discutan. Cuando mi mamá se pone pesimista y oscura la gente no la deja hablar. La interrumpen con frases hechas, las más trilladas, o con chistes malos o comentarios sobre cosas cotidianas. Yo creo que eso es porque saben que si la dejan hablar, si dejan que se explaye, no van a saber cómo pararla/frenarla. Mi hermana y yo sí la dejamos hablar. Nosotros absorbemos. No procesando y asimilando como las células sino como una esponja que chupa, se empapa, y luego se comprime y descarta. O por lo menos eso es lo que yo hago. A mí me parece bien que mi mamá diga lo que piensa. Y me parece bien que me lo diga a mí. Es lo mejor. Es mejor que diga lo que quiera, por más horrible que sea, por más lleno de maldad que parezca; creo que eso es mejor que no hablar, o hablar con frases hechas positivas, o religiosas, o místicas. Bueno, casi siempre creo que es mejor para ella. A veces parece que se arrepiente de lo que dice.

Yo no tengo nada para decir. Pero mi hermana sí. Mi hermana sabe decir cosas profundas, a veces terribles, pero lo mejor de todo es que tienen sentido. Y aunque a veces suenen difíciles de entender u oscuras, no tienen maldad ni intenciones encubiertas. La otra vez habló del respeto a las decisiones de las personas. Dijo que cuando alguien tomaba una decisión, lo peor que podían hacer los demás era negar eso y hacer de cuenta de que no era una decisión de esa persona sino algo que le *había pasado*. Lo dijo frente a mi papá y a mi tío médico, el que trabaja en este mismo hospital. Todos asentían. No sé si porque estaban de acuerdo o por sumisión, por sumisión a alguien que dice cosas coherentes, y que tienen sentido… no como las toneladas de boludeces que dice la gente que viene de visita. Mi hermana lee mucho, pero estoy seguro de que esas cosas que dice se le ocurren a ella. Es mi hermana mayor y siempre la he visto como *hermana mayor*, pero de todas formas me sorprende su adultez, como por encima de todos los que pasan por acá. No estoy seguro por qué es así. Es como si hubiese estado preparada para este momento. Pero ¿cómo puede ser? Sólo tuvo un par de novios difíciles. Por ejemplo Álvaro, que todos sabemos que está loco desde que se escondió en el placard de la pieza de mis viejos.

Mi hermana todo el tiempo está acá, resolviendo cosas, hablando con personas, pidiendo, buscando, y aunque no esté en el hospital parece todo el tiempo con la cabeza *acá*. Yo no. Yo ni siquiera estoy acá cuando estoy acá, porque me cuelgo, o porque pienso en Malena. Excepto cuando me voy a dormir. Cuando ya estoy metido en la cama, ahí sí siento como si estuviera acá, en el hospital, pero no en el bar o en los bancos del salón sino adentro, entre las camas y las máquinas, y los ruidos y los olores.

Un poco lo entiendo al ex de mi hermana, que se haya obsesionado así, pero también creo que cruzó una línea. Cuando se lo conté a José, mi compañero, que lo conoce de su barrio, me dijo que los tipos como Álvaro siempre cruzan la línea porque para la gente como él no hay líneas claras sino como unas líneas punteadas que trazar y cambian de posición entre ellos, y que nosotros no podemos entender. “Van haciendo así”, me dijo José haciendo un gesto como apartando gente con el brazo.

Anochece. Al lado mío, está Paula, la mejor amiga de mi hermana. En la mesa del bar también están la vecina Estela, Álvaro y un tipo de unos 25 años que no sé quién es.

Mientras mi mamá conversa con Estela, la vecina, veo que sonríe, apenas, un par de veces. En otro momento, la veo hacer algo por primera vez desde que llegamos al hospital. Es su gesto para llamar al mozo, lo hace levantando la mano conlos dedos índice y pulgar estirados y juntándose justo en el momento que llegan arriba, como atrapando una pelusa que flotara en el aire. Es como una adaptación del típico gesto de “un café” que hacen los tipos. Estoy seguro de que antes, si le hubiera hecho ese comentario, me habría dicho que dejara de hablar “humedades”. Hoy, en cambio, habría dicho que soy muy observador o algo por el estilo.

-Chiquita -dice dándose la vuelta hacia la moza-, ¿qué podrías traer para comer?

-Sólo sándwiches, señora -dice la moza, dando dos pasos hacia la mesa.

-¿Sándwiches de qué?

-De queso, puede ser. O de jamón y queso. O de jamón solo -dice al final desviando la mirada, aburrida.

-¿Con verduras?

-No, no tenemos verduras, señora.

-Ahhh -dice mi mamá. Se queda en silencio. Podría ser que estuviera dudando acerca de qué pedir, pero sé que no está pensando en eso.

-Miriam -interrumpe Álvaro, el ex de mi hermana. Él siempre ha sido muy atento con mi mamá-. ¿Es para usted el sándwich?

-No, yo no tengo hambre. Quería invitarlos a ustedes -dice casi como pidiendo perdón.

-Nooo -dicen casi todos a coro.

-No, no creo que nadie vaya a comer, Miriam -dice Paula. Paula es alta, rubia y tiene el cuerpo de una diosa. Me gusta. O más bien me calienta, es la amiga de mi hermana con la que tengo más fantasías. Encima siempre es muy afectuosa conmigo.

-Vos, nena, ¿de verdad no tenés hambre? -le dice mi mamá a Paula con una sonrisa esforzada.

-No, Miriam, ya merendé.

-Pero es tarde, ya va a ser hora de cenar.

-¿Usted está comiendo? -le pregunta Álvaro a mi mamá.

-Sí, algo. Tomo leche biótica todo el día. Por la quimio, por el estómago, los intestinos. El oncólogo me dijo que podía ser buena.

-Es la del laboratorio de la universidad -dice Estela, la vecina.

-Ah, sí -dice otro tipo que está en la mesa. Tiene barba candado, pelo con gel. Está bien vestido, como Álvaro.

-Miriam, no se lo presenté -dice Álvaro poniéndola la mano en el hombro al tipo con gel-. Él es Curzio; es mi socio.

-Ah, encantada -dice mi mamá, y vuelve a forzar una sonrisa.

-El gusto es mío -dice Curzio.

-Es del laboratorio de la universidad -vuelve a decir Estela.

-Sí, sí leí en el diario sobre la leche biónica -dice Curzio.

-Biótica -corrige seca Estela-. ¿Dónde la comprás, Miriam? Yo escuché que ya la vendían, le quería comprar para mi nieto…

Curzio primero sonríe y después abre grande los ojos; parece apenas avergonzado, pero creo que nadie aparte de mí lo nota. Mi mamá parece perdida, se ha desconectado del todo de la conversación y mira algún punto de la mesa. Después de un rato, de golpe levanta la vista.

-¡Nooooo! -dice casi gritando-. ¡No le des a tu nieto! ¡Lo vas a matar! -Hay dos o tres segundos de silencio. Mi mamá sigue mirándola fija a Estela, ansiosa.

-¿Ya le diste? -pregunta abriendo más grande los ojos-. ¡No va a poder ir al baño! ¡Se va a morir!

-No, Miriam, no. No le di. Te pregunto dónde se puede comprar -dice Estela cuando se le pasa el breve espanto.

-¡Pero no compres!

-Sí, Miriam, sí.

-Es para personas enfermas -dice después de una pausa, mi mamá-. Hay que ir al laboratorio y pedir. Ahí te dan. ¡Pero a tu nietito lo vas a matar!

Veo que mi mamá la agarra a Estela fuerte del antebrazo. Hay silencio en el bar. En las otras mesas hablan por lo bajo. La moza, que hasta ese momento esperaba al lado de mi mamá, da unos pasos hacia el mostrador. Todavía un poco tenso por la escena, veo que la mano de mi mamá suelta el brazo de la vecina. Mira fijo la mesa. La imagino fantaseando que todo esto termina, que de alguna forma termina bien. Un rato después parece volver a su realidad. Y un rato más tarde, mientras todavía hay silencio en la mesa, gira la cabeza hacia el mostrador.

-Nena, no te vayas, ¿por qué te fuiste? -dice.

La chica se acerca. Mi mamá apoya las manos sobre la mesa, una encima de la otra.

-Traeme sandwichs, tostados, de jamón y queso. Tres… No, cuatro.

Todos miran a mi mamá. Paula, la amiga de mi hermana, está a punto de decir algo pero se contiene.

-Si, enseguida -dice la moza.

Unos diez minutos después la moza deja, entre carteras, carpetas y paquetes de cigarrillos, cuatro platos con los sandwichs tostados sobre las dos mesas chicas.

-¿Van a tomar algo? -pregunta mientras coloca la bandeja de acero bajo el brazo.

-Un café -dice Álvaro-. ¿Se puede fumar? -pregunta.

-Sí, pero sólo adentro del bar. ¿Algo más?, ¿alguien quiere algo más?

-No leche biónica, por favor -dice Curzio.

Sólo Paula y yo nos reímos. Paula gira hacia mí y me mira. ¡Guau! Es más hermosa de lo que creía.

-Es biótica -dice la vecina Estela-. Bió-ti-ca -insiste sin entender que ahora se trata de una broma-; porque tiene bacterias, son buenas para la diarrea. Y no mata a nadie, che -remata.

Curzio no dice nada, y le devuelve una sonrisa.

-Tengo leche biótica acá -dice mi mamá-. Si alguien quiere… me la guardan en la heladera del bar.

-Yo voy a comer un triangulito -dice Paula-. Comamos -dice mirando alrededor a todos en la mesa.

Yo agarro uno y doy un bocado.

-Voy a comer uno con el café- dice Álvaro-. Ya después me voy.

-¿A dónde vas? -pregunta mi mamá, que parece más sosegada.

-Negocios, Miriam.

-¿Negocios legales? -pregunta mirando a Curzio, que parece distraído.

-Siempre, Miriam -dice Álvaro.

[Intermezzo]

Cuando Josefina entra al bar soy el primero en pararme. Es como un resorte.

Según lo que me contó mi mamá, Josefina sufre depresión hace muchos años y pasa todo el día en la cama. Vive frente a nuestra casa hace años, pero hasta el otro día, acá en el hospital, nunca la había visto en mi vida. Se había acercado a mi hermana a ofrecerle su Movicom. Yo nunca había visto uno de esos teléfonos tan de cerca. En ese momento, los teléfonos públicos del hospital no estaban andando y mi hermana esperaba que desocuparan el teléfono de este mismo bar para llamar al banco de sangre. Cuando Josefina le extendió el aparato mi hermana la miró desorientada. En un primer momento no entendía, pero al rato se dio cuenta de que lo que le ofrecían era un teléfono celular y lo agarró. Vi cómo se quedaba un rato mirando el teclado; le temblaban las manos. Mi hermana le dijo a Josefina:

-Te dicto el número, ¿puede ser? No lo sé usar.

Y Josefina, elegante, maquillada, con las uñas pintadas impecables, agarró el celular y presionó un botón. El teclado de goma se iluminó de amarillo flúo. El momento en que se encendió la luz en el aparato fue hermoso, y mágico, y se me quedó pegado en la mente, de la misma forma en que se me pegaron los primeros momentos, y también los de un poco antes. Como cuando volvía a mi casa en colectivo del colegio y Gonzalo me dijo que había estado pensando que aunque la segunda parada me dejaba unos 50 metros más cerca, si me bajaba en la primera iba a llegar antes a mi casa. Me llamó la atención que Gonzalo me dijera eso cuando, menos de un año atrás, casi había conseguido que el colectivo me atropellara por hacerme la broma de meterme el pie en el culo cuando comenzaba a bajar los escalones de la puerta. Y también se me quedó pegado que mientras caminaba las dos cuadras hasta mi casa, a minutos de enterarme, pensé en que quizá todos, mis compañeros y yo, estábamos madurando y que las cosas que estaban por venir iban a ser mejores para todos, y eso me puso feliz un par de minutos. Gracias a Josefina y a su teléfono celular, mi hermana pudo llamar y hacer el pedido de sangre.

Mi reacción al verla entrar al bar no es sólo porque está casada con alguien de apellido -que además es uno de los dueños del diario local- sino porque está arreglada y muy bien vestida, con una especie de trajecito color crema y zapatos y cartera del mismo tono, y también porque es muy linda. Álvaro también se para y a continuación también lo hace Curzio. Paula, mi mamá y la vecina se quedan sentadas. Josefina se detiene a un par de metros de nuestra mesa.

-Hola -dice con vos tímida.

Es un ángel con arrugitas en las comisuras de los ojos. Josefina da unos pasos hasta Curzio y le da un beso. Parece que duda un instante si saludar también a los demás también con un beso. Lo mira a Álvaro, que ya está parado. Se acerca y le da un beso. A mí no me mira porque que soy un par de centímetros más bajo que Álvaro y porque no tengo barba como Curzio, y porque no fumo. No estaría mal tener una esposa que se vista y se arregle así, aunque pase algún tiempo sinlevantarse de la cama. Mientras la imagino retozando sola en una gran cama de sábanas blancas, se acerca a mi mamá por el costado e, inclinándose y cruzando su brazo que tiene libre por delante de ella (en el otro lleva la cartera), le da un beso y un apretón.

-¿Cómo estás, Miriam? -dice.

-Hola, Josefina -dice mi mamá con voz lastimosa-. Nada nuevo, no nos dijeron nada.

-Cómo estás *vos*, quiero decir. *Vos* -insiste.

Mi mamá la mira a los ojos. Balanceando un poco la cabeza hacia abajo y a un lado, hace un gesto de desconsuelo y abatimiento total. Josefina se inclina de nuevo y vuelve a darle otro medio abrazo.

-Sientesé -dice Álvaro después de un momento, mientras levanta el platito y el pocillo de café que la moza acaba de dejarle-. Yo ya me estoy yendo. -Se para y aparta la silla escolar.

(El bar tiene tres tipos de sillas: las escolares, iguales a las que hay en mi colegio, de caño pintado con pintura epoxi y planchas de madera terciada recubiertas con fórmica, sujetas a los caños con remaches; otras de algarrobo, pesadas y recubiertas con una especie lustre ceroso oscuro; y las típicas plegables de caños blancos que habitualmente se usan en el exterior los bares, con asientos y respaldo de telas engomadas).

-Gracias -dice Josefina. Pero no acepta el asiento que le ofrece Álvaro y va hacia otra mesa, en la que hay una silla de algarrobo libre. Álvaro mira con atención, tratando de entender qué es lo que está haciendo Josefina; cuando se da cuenta, se apura para alcanzarle la silla.

-Hay sándwiches -le digo a Josefina, que finalmente se ha sentado al lado mío.

-Gracias -dice. Me sonríe. Pone la cartera sobre las piernas y coloca sus manos encima. Se queda callada, con la espalda recta y pero la cabeza inclinada hacia abajo, con la mirada sobre sus manos.

Después de que Álvaro se va nos quedamos en silencio; llega el ruido de las otras mesas, de gente que entra y sale del bar. Miro mi reloj. Es la hora. Es la hora de lo peor. No me había dado cuenta de que ya estaba totalmente oscuro, que todos van a empezar a irse. Mi hermana debería estar volviendo de la obra social. Seguramente yo podría haber hecho ese trámite, pero por alguna razón nadie me lo pidió, pero tampoco me ofrecí. Mi papá también debería volver en cualquier momento. Si se van todos antes de ellos vuelvan voy a tener que quedarme yo solo con mi mamá. No me preocupa realmente, pero pienso en eso, cómo será estar solo con ella. El silencio se ha roto de nuevo; la conversación entre la vecina Estela, Curzio y Paula se trata de los destrozos que hacen las motoniveladoras de la municipalidad en las calles de tierra de la villa. Noto que Josefina está inquieta y parece querer decirle algo a mi mamá.

-Miriam, Miriam -dice finalmente inclinándose un poco en su dirección.

Mi mamá no la escucha. Un rato después vuelve a llamarla:

-Miriam, Miriam.

Mi mamá sigue sin enterarse y pasea su mirada entre las caras que conversan en la mesa, por momentos parece prestar atención a alguna frase y veo que unos breves gestos o tics de horror se dibujan en su cara. Josefina vuelve a inclinarse hacia adelante en la silla:

-Miriam -dice. Y luego, una segunda vez, más fuerte: -MIRIAM.

Esta vez mi mamá la escucha y la mira con la expresión que tiene ahora cuando alguien le habla: una mezcla de desconsuelo con gratitud total hacia la persona que le habla, aunque lo que diga no tenga nada que ver con ella ni con lo que pasa.

-Hola, Josefina -dice, como si recién la viera. Josefina sonríe.

-Miriam, ¿dónde van a dormir esta noche?

-¿Los chicos...? En la casa...

-No, me refiero a *ustedes,* a vos y tu marido.

-No pueden dormir de nuevo en el auto, Miriam -dice Estela, la otra vecina, y le apoya la mano sobre el antebrazo.

-No hay camas en este hospital -dice mi mamá.

-Pero tienen que volver a la casa -dice Josefina.

-Sí, ahora cuando llegue mi marido voy a ir a bañarme... y volvemos.

-Y quedensé ahí -insiste Josefina-. Además es tan lejos...

-¡Cómo no vamos a estar acá! ¿Y si pasa algo? ¿Y si necesita algo? -dice mi mamá levantando la voz, al borde de la desesperación.

Durante unos segundo nadie dice nada.

-No -dice mi mamá-, vamos a dormir acá al frente, en el auto... Gracias. Gracias por preocuparte Josefina, y vos, Estela. Y a vos Paula... Y vos, tan callado… -le dice al verlo a Curzio.

¿Y yo qué tengo que hacer? Soy inútil. Y débil. Y es como si sólo me importara Malena…

Mi mamá llora. No va a parar hasta dentro un rato. Estela mueve la mano que tenía sobre en el antebrazo de mi mamá y la apoya en su espalda, mientras que Josefina, cruzando el brazo por encima de la mesa, le acerca un pañuelo de papel que ha sacado de su cartera.

-Viene mi hermano de España -dice mi mamá mientras se seca las lágrimas con el pañuelo sin desdoblar.

-¿Tu hermano? -pregunta Josefina. Parece de verdad interesada por la noticia-. ¿Tu hermano Manuel? ¿Cuándo viene?

Mi mamá sonríe.

-Hoy. Ahora -dice.

-¡Qué bueno! -dice Josefina.

-Sí, qué bueno -dice Estela, que vuelve a apoyar su mano en el antebrazo de mi mamá.

-Qué bien, Miriam -se suma Paula. En ese momento siento la mano de Paula que me aprieta el muslo. No entiendo qué significa el apretón, pero le pido a Dios que deje un rato más la mano apoyada en mi pierna. El deseo es concedido. Paula me mira. Sigo sin entender. Baja la cabeza y me dice al oído, muy bajito:

-¿Es verdad? ¿Es verdad que viene tu tío?

¿Es un chiste? Paula a veces es graciosa, pero la mayor parte del tiempo es sólo divertida, como son divertidas las chicas como ella.

-Creo que sí. ¿Por qué? -pregunto, desorientado.

Paula me da un golpecito en la pierna con el dorso de la mano.

-Nada -dice.

-Ah, ya sé -digo. Lo que creo entender es que ella creyó que mi mamá se estaba volviendo loca y que estaba empezando a delirar, y que eso le pareció gracioso.

Paula me guiña el ojo y vuelve a tocarme la pierna. Ya no tengo dudas de que está coqueteando conmigo. Eso me alegra, pero también la hace ella, de pronto, muchísimo menos atractiva; de un momento para otro puedo ver las imperfecciones de su piel, puntos negros, pequeños granos, los vellos, finitos pero visibles, arriba del labio. Sí, parece que se siente atraída hacia mí. Seguro que un poco en broma, como su forma de ser, para ella todo es siempre un poco en broma. Pero qué bien que le guste. Qué bien.

Un rato después llega mi papá y después de un saludo sobrio a cada uno, se acerca a mi mamá. Le habla casi al oído, pero todos en la mesa podemos escuchar: el hermano de mi mamá ya está en Buenos Aires, sin embargo, el vuelo que lo trajo de España se demoró y perdió la conexión. No llega esta noche. Va a dormir en Buenos Aires y recién va a estar acá mañana al mediodía. Mi mamá, con un gesto de preocupación que se me hace desmedido, pregunta dónde va a dormir en Buenos Aires. Lo dice casi gritando.

-En un hotel- le dice mi papá.

-¿¡Por qué!?

-Se demoró el avión, no pasa nada -dice mi papá-. Mañana va a estar acá, Miriam.

Mi mamá se agarra del brazo de mi papá y comienza a llorar. El llanto es extraño, creo que es porque le queda tan poca energía que tiene que hacer un gran esfuerzo para lograr emitir los sollozos.

\*

En el momento que cierro la puerta del auto siento el suspiro de mi padre.

-Ya volvemos Miriam, no va a pasar nada -dice.

Mi mamá no dice nada. Tiene el cuello muy torcido, la cabeza está inclinada hacia el el lado de la ventanilla pero no apoya contra el cristal, como si algo invisible la sostuviera. Me recuerda una foto de un accidente que vi una vez en uno de esos diarios sensacionalistas que tienen las portadas de color. Unos segundos después mi hermana sube al lado mío y cierra la puerta.

-Listo -dice.

Es la primera vez que estamos juntos en el auto desde [que ha comenzado esto]. Mi mamá endereza un poco la cabeza. No veo su cara pero la imagino con la mirada perdida.

En la avenida no hay casi autos y mi papá acelera, en el volcímetro veo la aguja llengado a 90. Enciende la radio y sube despacio el volumen. Suena una música como de cortina de informativo, pero el informativo no comienza nunca, la cortina sigue y sigue. Giro la cabeza en dirección a mi hermana y veo que tiene en la mano un teléfono celular.

-¿De quién es? -pregunto.

-Me lo prestaron -dice sin contestar la pregunta.

-¿Es de Álvaro?

-Sí -dice.

-¿Ya sabés usarlo?

-Sí -dice. Parece enojada.

Cuando llegamos a la casa mi mamá no quiere bajarse del auto; los tres insistimos y la acompañamos hasta adentro.

-No quiero ir a la pieza- dice mi mamá.

Al final se sienta en una silla del comedor y se queda ahí, encorvada, como sostenida sólo por la estructura de huesos y articulaciones. Enseguida suena el timbre. A mí, el ring chillido sonido me estremece, pero en mi mamá no hay ninguna reacción. En el portón está Luciana: nos devuelve a mi hermanito.

**DOMINGO**

Al despertarme siento la voz susurrante de mi papá, también el quejido ronco y suave de mi mamá. Han dormido en la casa, en su habitación. Giro en la cama en dirección de mi hermano. Está despierto y me mira.

-Hola -dice

-Hola -digo-. ¿Como estás?

-Bien.

Sonrío. -¿Qué hora es? -pregunto sin dejar de mirarlo.

Mi hermanito mira su reloj nave espacial.

-Las [hora] -dice-. ¿Está Vanessa?

-No sé.

-¿Hoy no voy a ir al lado?

-No sé. ¿Querés que nos quedemos los dos?

-No -dice-. Prefiero ir al lado. Vos también podés venir. -Gira la cabeza y se queda con la mirada fija en el techo, parece que sonriera por dentro. Se escucha muy por lo bajo un intercambio entre los susurros de mi papá y las frases cortas, ásperas de mi mamá. Veo en el gesto de mi hermanito que escucha con atención. Se levanta de la cama y, descalzo, va hacia la pieza de mis padres.

-Má -lo escucho decir.

Mi mamá le contesta algo, casi llorando, parece emocionada de verlo. Me tapo con la sábana. Hace calor. Siento el olor de mis zapatillas. Casi de un salto me levanto de la cama y agarro mi Axe del placard y rocío las dos new balance por dentro. Me quedo un rato presionando el pulsador en cada una. Siento como se mojan y se enfrían por dentro. Acerco la nariz. A pesar del fuerte perfume, el mal olor sigue ahí.

-¿Qué fue ese ruido? -escucho que mi mamá dice con un ronquido fuerte, agitada.

Enseguida mi papá abre de golpe la puerta de mi habitación. Los ojos bien abiertos. Ya está vestido; tiene puesta una camisa rayada mangas cortas que hace muchos años que no se la veo puesta. La tiene metida dentro del jean gastado y super holgado, como usa él. La camisa le ajusta en la panza. Da un suspiro corto y me observa, inmóvil.

-¿Qué era ese ruido?

-El desodorante. Le estaba echando a las zapatillas.

-¿Para qué? -dice.

-Por el olor. Tiene mal olor. Ya las voy a lavar.

Se queda en silencio por unos segundos. Sigue quieto, parado con las piernas separadas, los pies hacia afuera.

-Tu hermanito se queda con vos, hoy.

-Bueno -digo-. Pero quiere ir al lado.

-No, se queda con vos. Lo cuidás… ¿Podés?

-Sí- digo.

-No. Se va al lado. Sí, mejor. O…

-Bueno.

-No, no; se queda con vos -dice dándose la vuelta.

Después de lavarme, vestirme con short y remera y las New Balance. Entro al cuarto de mis padres. Mi mamá está acostada sobre su lado de la cama destendida, pero ya vestida. Mi hermanito está sentado en el borde del colchón; ella, desde atrás, le acaricia el pelo lacio.

-Nunca podrías tener pelo así de suave -escucho que le dice con su voz normal, su voz de antes, sin el quejido adherido a cada frase. Si no estuviera todavía un poco dormido, el tono y lo que le ha dicho me habrían dado un escalofrío.

Pero mi hermanito parece en sintonía con mi mamá; levanta la vista y le dice:

-Luciana me prestó su shampoo de banana, má. Es riquísimo, má, tenés que comprarlo.

Creía que me estaba acostumbrando… a todo. Pero… Sé que la escena me ha transformado el gesto, y no puedo disimular. Es un desastre. Parado frente a los dos, y los dos mirando el espanto dibujado en mi cara.

No he dicho nada al entrar a la habitación y ahora no sé cómo salir, ni qué decir. Mi mamá sigue mirándome y mi hermanito también. Es como un sueño. ¿No ven la expresión de mi cara?, ¿o no o les importa? ¿Disimulan? Entro al baño en suite y enciendo la luz del botiquín. Me miro en el espejo. Nada. El pelo todavía un poco revuelto, la nariz y los pómulos enrojecidos por el sol. Pero nada, en mi cara no hay expresión, gesto; nada, todo normal. ¿Cómo?

\*

Cuando el auto comienza a salir marcha atrás se me ocurre una idea: voy a cerrar el portón apenas salgan, así les ahorro la molestia de bajarse del auto. Salgo y me apuro. Cuando el auto llega a la entrada, la puerta de mi papá se abre y yo acelero el paso.

-Ya cierro yo -digo.

Mi papá me mira a través del parabrisas y luego baja la cabeza. Miro a mi mamá, sentada en el asiento del acompañante. Tiene puesto unos anteojos negros símil carey (ella no tiene anteojos negros, alguien se los debe haber prestado), el pelo apenas arreglado, noto el gesto en la parte baja de la cara: la boca cerrada pero el mentón caído, la flacidez grumosa de todos esos pequeños músculos inmóviles durante horas.

Busco por todos lados pero no encuentro: no me han dejado plata. Al final mi hermanito sí se ha ido al lado y camino hasta ahí. Toco el timbre y espero. Se asoma por la ventana la mucama, una señora grande que trabaja desde siempre ahí. Marta, la madre de Luciana y Gabriela, le contó a mi mamá que la señora se ocupa de todo, que ni ella misma (Marta) lo puede creer, que casi no le quedan tareas de la casa para ella. La mucama exprime 24 naranjas todas las noches para que a la mañana haya jugo para desayunar. Yo nunca he tomado jugo de naranja a la mañana en toda mi vida. Bueno, una vez sí, en un hotel en Córdoba cuando tenía seis años. Y nunca más.

-¿Sí? -dice la señora.

-¿Está Álvaro?

-Sí, ya va.

Enseguida aparece mi hermano y camina hasta mí. Me mira y no dice nada.

-¿Te dejaron algo de plata? -le pregunto.

-No -dice-. Pero tengo de ayer. -Mete la mano en el bolsillo de atrás de su short y saca un billete nuevito de dos pesos. -Tomalo -dice.

-No. Quedátelo, por las dudas.

-No, no -dice-. Yo… -se calla de golpe.

Mi hermanito tiene una lata de yerba en la que junta monedas desde hace dos o tres años, y ya está pesadísima. Creo que él no sabe que yo sé que está escondida detrás de la cajonera interna del placard. Me quedo en silencio, pensando en que voy a recurrir a su lata. Me mira, parece angustiado.

-En realidad no necesito -digo. ¿Cuánto habrá en la lata? ¿200? ¿300?

Cuando enfilo por la vereda de vuelta para la casa, mi hermanito se apura delante de mí.

-¿Qué hacés? -le digo.

No me contesta.

-Bueno. Dame los dos pesos -le digo extendiendo la mano.

Vuelve a meter la mano en el bolsillito y me da los dos pesos.

-No me saqués las monedas -me dice-. Por favor.

-Bueno -digo.

-Por favor.

-Te juro -le digo.

-¿Te va a alcanzar con dos pesos? Sino le pido a Luciana.

-En realidad no necesito.

Me mira: -Vení conmigo -dice.

-No puedo

-Por qué.

-Porque queda mal que vaya. Yo ya soy grande.

-Psss… -dice-. Sos re pendejo.

Se queda serio, preocupado.

-¿Y qué vas a hacer? -dice.

-Voy a estudiar -le digo.

-Psss…

-Y estudiar guitarra.

-Psss… Mentira.

Por la vereda viene caminando Gabriela

-Hola Hernán -dice con voz cálida, amable. La conozco desde que tengo memoria. La veo muy poco, pero siempre me saluda, me sonríe. En la infancia era la mejor amiga de Vanessa.

-Hola -digo.

-¿Cómo estás?

-Bien.

-¿Y tus padres?

-Más o menos.

-¿Y tu hermana? Hace mucho que no la veo.

-Bien. Se está ocupando de todo -digo como si estuviese hablando del trámite de algún evento alegre, de una fiesta.

Gabriela se queda mirándome en silencio.

-Cualquier cosa que necesites avisa ¿no?

-Sí, gracias.

-Y vos, enano, ¿qué hacías? ¿Te escapabas?

Mi hermanito sonríe.

-¿Vamos? Me dejaste plantada con el [juego].

Mi hermanito me mira.

-¿No querés jugar al [juego]?

-No, ya te dije que tengo que estudiar.

-Bueno. Andá, estudiá -dice. Primero me suena enojado, pero veo su cara, en realidad está resignado.

-Después paso -le digo.

-Mentira -dice.

-¿Qué?

-Nada.

-Voy a pasar después. Te prometo.

-Bueno.

Hay una pausa.

-Che, no querés ir al hospital, ¿no?

-Mejor que no -dice Gabriela adelantándose.

Lo miro a mi hermano que ahora toma la mano de Gabriela. Él ha visto lo que yo no, lo que mi papá tampoco. He tenido la suerte de no estar, de no saber cómo hubiera reaccionado. Sé que mi hermanito lloraba desconsolado, mientras mi mamá y mi hermana trataban de hacer algo… Le toco la cabeza, las mechas largas y lacias. Él la mira a Gabriela.

-Che, ¿le estás dando de comer a tus perros? -dice Gabriela mirando a Panchito y Camila que miran y olfatean del otro lado de los arbustos de la verja-. Porque sino yo me puedo ocupar. Tengo un montón de alimento del Carlo.

-Mi papá les está dando -digo.

-¿Seguro?

La verdad no estoy seguro, pero casi sí. Hace un rato lo he visto a mi papá, en cuclillas, la acariciaba a Camila, y me dio la sensación de que se estaba ocupando. De todas formas, sé que los perros pueden estar hasta una semana sin comer sin ningún problema.

-¿Tenés plata? -dice mi hermanito a Gabriela de golpe-. ¿Le podés dar plata a él? Después te va a devolver mi papá.

-No -digo.

-No -dice Gabriela. Me mira. -Va, tendría que buscar. ¿Necesitás plata?

-No. Hay comida y tengo algo de plata -digo.

-Eu -le digo a mi hermano-, quédate tranquilo con las monedas.

-Bueno -dice.

Ya de vuelta en la casa, busco la lata. En una inspección rápida calculo que debe haber unos 100 o 120 pesos, todo en monedas de 50 y 25 centavos. Saco 12 pesos.

Doy vueltas por la casa. Del living a mi pieza, de ahí al fondo y a la cocina, después salgo al jardín y rodeo la casa por el jardín. Panchito y Camila me miran, pero no se me acercan. Después voy para la piecita del fondo y me quedo ahí un rato. Miro las cosas: una vieja tabla de planchar, que ya no se usa; un karting de hierro a pedal muy pesado que abandonaron los dueños anteriores de la casa y que nunca pude hacer andar; unas bolsas de consorcio con mantas y almohadas viejas; latas de pintura; una escalera rota; la máquina de cortar el pasto sin el motor; un montón de cajitas, latas y frascos con arandelas, tuercas, clavos y distintos productos de ferretería, zapatería y limpieza. El olor de esa habitación siempre es a césped, a pintura y a combustible. Vuelvo a mirar las cosas. Me detengo y observo en detalle etiquetas, agarro un viejo frasco de café instantáneo y lo abro: un líquido oscuro con olor a solvente, seguramente para teñir maderas. Al lado, una botella de Coca-cola con una cinta de papel escrita: “Tiner”. Una vez, cuando tenía cuatro o cinco años, mis padres me agarraron con una botella con solvente y una caja de fósforos cuando enfilaba para el fondo. Yo entendía que lo que estaba haciendo era una travesura, pero las caras de preocupación de los dos me decían que lo que pasaba era más grave. “¿Qué querías hacer?”, me preguntaban. “Nada, prender fuego”, decía yo, “Quería hacer un experimento”. Un poco me desconcertaba que no me preguntaran de qué se trataba el experimento, sólo se quedaban pensando, fantaseando qué hubiese pasado si no me agarraban justo antes. Recuerdo la mirada perdida de los dos, los suspiros. ¿Y el experimento?, ¿no me iban a preguntar de qué se trataba? Ahora me gustaría saber cuál era el experimento que pensaba hacer, porque yo tampoco me acuerdo.

Cuando mi hermanito empezó la primaria todo el mundo comentaba lo bien que le quedaba el uniforme, el pelo rubio planchado y peinado al costado, las pestañas largas, los zapatos lustrados. Realmente era una pinturita, parecía salido de una película de terror donde hay niños angelicales pero que también son demonios o serán poseídos por uno. Una vez escuché una conversación de mis padres en la que mi mamá le decía a mi papá que tenían que ir al colegio con la cámara y sacarle una foto a mi hermano, quizás pedir permiso a la maestra y sacarle ahí mismo en el aula, capturar ese momento. “Sí…”, recuerdo que dijo mi papá. Y se quedó como pensando, colgado, en silencio. Pero al rato dijo: “No, no le voy a sacar la foto. No”. Estaba serio, parecía perturbado, algo se le había cruzado por la mente. Mi mamá solo dijo: “Sí, está bien”. Ella había entendido. Y entendió también que no debía preguntarle sobre lo que había pensado, qué imagen había parecido en su mente asociada a esa foto que finalmente nunca le sacaron.

En la pieza de mis padres me tiro boca abajo en la cama y prendo la tele. En el canal local hay un programa de folklore; es el bloque de los contadores de chistes. Hace unos años veíamos esa parte del programa en familia, pero cuando los chistes empezaron a ser cada vez más verdes y mis padres dejaron de verlo, y después yo y mis hermanos también. Apago la tele, me paro y me estiro. Bostezo. Siento el estómago vacío.

Cierro la casa y salgo.

\*

Al empujar la puerta de vidrio noto que hay una sola mesa ocupada. Son un tipo y una chica sentados cerca de la entrada, deben tener unos 30 años. Se dan la vuelta y me miran. Yo también los miro. Detrás del mostrador está el Abuelo, dueño y encargado del bar y sanguchería el Churky.

(No sé por qué le dicen el Abuelo; no es viejo ni tiene nietos, ni siquiera tiene hijos. Antes del Churky tenía una peluquería. Cortaba el pelo bastante bien. Según dice mi mamá, César, el otro peluquero de la villa, le mandó la mafia de los remises a apurarlo para que cerrara. No sé si eso será verdad pero yo sé que César es un hijo de puta. Hace unos años les cortaba a los conscriptos en el ejército. Ahí lo peló a Bruno, un exnovio de mi hermana. Bruno tenía el pelo hasta los hombros y se lo venía dejando desde los 13. Dice Bruno que cuando le tocó entrar en la peluquería del regimiento en Corrientes, en su primer día de conscripción, se lo encontró a César al pie de uno de los sillones que, al verlo, se puso a gritar de alegría. César le decía que hacía años que tenía ganas de cortarle las mechas y que por fin se iba a sacar el gusto, todo esto lo decía maravillado, excitado por la casualidad, por la oportunidad. Y parece que César estaba haciendo tanto escándalo y riéndose a carcajadas que un teniente le pegó un reto para que se calmara. A esto me contó Bruno cuando yo era más chico, y Bruno no era mentiroso. Hasta hace un par de años estaba de moda el corte comando (y la verdad que César lo hacía bastante bien) pero ahora se usa más largo y ya casi nadie quiere cortarse con él. Aparte de que ya varios sabemos que es un hijo de puta. De todas formas, a los que vivimos en la villa medio que no nos queda otra. Sino hay que irse hasta la ciudad para cortarse. Yo nunca me corté en la ciudad. Y hace un par de meses que tampoco me corta César, así que ahora lo tengo bastante largo. La preceptora me venía diciendo que me tenía que cortar pero el viernes me vio y no me dijo nada. Bueno, es obvio. Aunque seguramente me va a volver a decir algo en cualquier momento. ¿O no?

Me gusta cómo tengo el pelo ahora, levantado y con raya al medio. Llevo este peinado desde hace como un mes, desde el día que volví de gimnasia en la bici y al llegar me dí cuenta que tenía el pelo así. El viento me hizo el mejor peinado que tuve en toda mi vida. Desde entonces cada vez que paso frente a la peluquería de César lo veo y pienso que aunque yo ya no vaya a hacer el servicio militar él está ahí, esperando que yo entre en su degolladero. Es como una condena a muerte, como la de la colimba, aunque menos terrible. Pero la verdad que en estos días ya no siento eso, y simplemente porque ya decidí que César no me va a volver a tocar un pelo. ¡Ja! No, a César no vuelvo más. Y si en el colegio me obligan a córtame me voy a ir a alguna peluquería de la ciudad, a cualquiera donde vea que no asesinan a la gente.)

Me acerco al mostrador. El Abuelo deja de anotar algo en una planilla grande que siempre tiene a mano y me saluda.

-Hola pibe, cómo estás -dice. Es la primera vez que el Abuelo me saluda como si me conociera; a pesar de que casi todas las semanas compro algo en el bar, en general el Abuelo hace como que no me conoce.

Lo saludo y le pido un sándwich de milanesa.

-¿Cómo sale?, ¿cómo siempre? -pregunta simpático. ¿Sabe incluso cómo me gusta el sándwich?

-Sí, completo sin picante.

-Completo sin picante -repite-. Así lo como yo. Acá no tenemos, pero a veces me gusta ponerle un poco de cebollita, así, apenas rehogada -hace un gesto con la palma hacia abajo con movimientos rápidos a los costados-. ¿A vos no?

-No, nunca le pongo cebolla. Ni tampoco huevo ni queso.

-Mirá vos.

-Sí. Me gusta así. Y con mucha mayonesa.

-Claro, no tenés granos. Por ahora…

El Abuelo anota algo en su gran planilla.

-Bueno, en cinco minutos está -dice metiendo el brazo por un agujero en la pared de su derecha y haciendo sonar una campana-. Si querés podés sentarte.

-Bueno -digo.

-Lo comés acá, ¿verdad?

¿Qué hago?, ¿llevo el sándwich a mi casa o lo como acá? Me lo llevaría sólo porque me gusta el olor del sandwich caliente saliendo a través del paquete de papel sulfito, pero también me atrae la idea de sentarme solo en un bar; sería la primera vez. Creo que nunca he estado sentado solo en un bar.

-Lo como acá -digo.

-Perfecto -dice el Abuelo-. ¿Y qué tomás?

-Coca. Una lata.

-Perfecto.

El Abuelo abre la heladera mostrador ubicada detrás de él y saca una lata de Coca-cola.

-¿Vaso o pajita? -pregunta.

-Nada, tomo de la lata.

-Peeerfecto -dice el Abuelo apoyando la lata sobre el mostrador de madera.

Voy hasta una de las mesas, dejo la lata y me acomodo en una de las sillas de plástico echándome un poco para atrás. Es cómoda. Me siento bien.

Minutos después el Abuelo me trae el sándwich en un plato de acero inoxidable y me lo deja en la mesa. El sándwich está partido en dos con un corte a unos 60 grados. Acerca un servilletero.

-Ahí está -dice-. Disfrutalo.

-Gracias -digo.

El sándwich está exquisito. Luego de cada mordida me limpio con una servilleta nueva y voy acumulando los bollitos de servilletas al costado. Abro la lata de Coca. Es casi un lujo; pocas veces compro latas de gaseosa. Me acuerdo cuando llegaron, yo iba a quinto grado. De las cosas que veía en las películas, las latas de gaseosa era lo que más deseaba que llegara algún día. Primero llegaron las de Pepsi, luego las de Coca y de Coca Light. Y ahora ya hay latas de todas las gaseosas (menos de las marcas locales). Hasta hace poco, cuando conseguía una raspaba la boca sobre el cemento hasta que el círculo superior de aluminio se desprendía y la lata me quedaba convertida en un lapicero. En la esquina del local, bien alta, hay una tele chica de 14 pulgadas. Está en silencio. En la pantalla se ven llamas y tipos vestidos de militares. El Abuelo me mira. Señalando la tele, dice:

-Es en Misiones.

-Ah.

-¿Sabés qué es?

-No. ¿Un incendio?

-No… María.

No entiendo; pero no digo nada. Doy otro mordisco.

-María Juana -dice.

-Ah.

-Marihuana.

-Sí -digo asintiendo con la cabeza.

-No probaste, ¿no?

-No. -Doy un sorbo de la lata.

-¿Se fuma en tu colegio?

Otro sorbo.

-Una vez en una fiesta había unos chicos de otro colegio fumando. Pero no vi nadie de mi colegio fumando -digo. Levanto la segunda mitad del sándwich y miro el corte: está perfectamente armado, con las cantidades de justas de cada ingrediente.

-¿Sabés quiénes eran? -pregunta el Abuelo.

-No. Eran más grandes.

-¿Cuánto más grandes?

-Como de 18 -digo. Doy otro mordisco. ¿Es el mejor sándwich de milanesa que comí en mi vida? Es posible. Sí. Incluso es posible que no me olvide de este momento nunca más.

-¿Y cómo sabés que era marihuana? -pregunta el Abuelo.

-Por la forma del cigarrillo -digo con la boca llena.

-Podría ser otra cosa -dice.

-Sí.

-Yo conozco gente de tu colegio que fuma marihuana- dice y mira a la mesa donde está sentada la pareja. Los dos han estado en silencio todo el rato.

-Marihuana y otras cosas -dice el tipo de la mesa. Tiene puesto una camisa celeste con palmeras, un jean muy desteñido, casi blanco y desflecado abajo y unos zapatos náuticos de cuero bien lustrados. Me suena de algún lado.

-Ah -digo.

-¿Vos a qué curso vas? -me pregunta el tipo. No, no lo conozco.

-A tercero.

-¿Lo conocés a Ramiro?

-¿Ramiro Maggi?

El tipo lo mira al Abuelo y le hace un gesto, leve, ilegible.

-Ramiro Maggi… -dice el tipo. Suspira.

-¿Vos lo conocés? –le pregunta la chica al Abuelo. Está inclinada hacia adelante, con el codo del brazo que sostiene el vaso de cerveza apoyado sobre la mesa.

-A veces viene a comer acá -dice el Abuelo-. Pero bueno, no somos los padres, ¿no?

-No -dice el tipo-. ¿Cómo te llamás vos? –pregunta señalándome con su vaso.

-Hernán -digo sin soltar el sándwich.

-Hernán… -dice como esperando que le diga mi apellido.

Miro mi mitad de sándwich; ya no estoy disfrutándolo tanto. Me limpio con otra servilleta. Dejo el sándwich en el plato y me paro. Camino por el costado de la barra hasta una puerta que abro. El baño hoy está más limpio que lo habitual. Entro en el cubículo del inodoro y me quedo parado ahí unos segundos, sin hacer nada. De pronto escucho que suben el volumen de la televisión que está en el salón. Un periodista habla sobre las elecciones y sobre algo del correo. Salgo del cubículo y me paro frente al pequeño lavatorio. Mezcladas con la voz del periodista, escucho las voces del Abuelo y del otro tipo que conversan a media voz, también siento la voz chillona de la chica. No entiendo qué dicen, pero es obvio que hablan de mí. Me quedo unos segundos más dentro del baño y me miro en el espejo. Abro la canilla del lavatorio y me echo agua en la cara, también me mojo el pelo y me acomodo el peinado con las manos. Salgo del baño y camino hasta mi mesa con la vista al frente. Ya nadie habla y en la tele hay publicidades de otros programas del mismo canal. Mientras muerdo otro bocado del sándwich, noto que la chica me mira. No es muy linda. Pero no es fea. Es… De pronto, echándose para atrás en la silla, levanta sus piernas enfundadas en un jean elastizado y hace un movimiento como de bailarina acuática. Le echo otro vistazo rápido: no, no es fea. Es rubia, teñida, las cejas oscuras, y tiene un leve aire a Graciela Alfano. Vuelve a mirarme, ahora con menos disimulo. El tipo que está con ella mira la tele, y de vez en cuando me relojea. Sigo masticando. Luego de limpiarme de nuevo y dejar la servilleta usada a mi derecha, al lado de la otras, tomo un sorbo de la lata y miro a la chica, esta vez intentando mantener la mirada un poco más. Me sonríe. Es una sonrisa sexy, pero también agradable, como cálida. El tipo vuelve a mirarme de reojo pero no parece que le importe lo que hace la chica.

Terminno el sándwich, tomo un último sorbo de la lata y me paro. Saco del bolsillo un puñado de monedas y dejo sobre la mesa cuatro de 50 centavos.

-Chau -digo dirigiéndome al Abuelo, que seca unos vasos con un repasador.

-Chau pibe -dice.

Cuando ya estoy afuera, a punto de soltar la puerta de cristal, escucho la voz alegre de la rubia que me saluda:

-Chau, Hernán.

Me acuesto de nuevo boca abajo en la cama de mis padres con el control remoto en la mano. Cuando presiono el botón de “ON/OFF” la tele no se enciende. Pruebo de nuevo. Esta vez la pantalla hace como un chispazo, y luego, después de unos segundos aparece la imagen. El volumen está en “mute”. Al presionar varias veces el “+” las marcas verdes no aparecen en la pantalla, el volumen no sube. Presiono más fuerte. Nada. Saco la tapa del compartimento de las pilas y paso el dedo por las cuatro pilas rojas, haciéndolas girar en su lugar. Pruebo de nuevo el botón de volumen, pero nada. Presiono el de canal y tampoco. Saco las pilas y miro a ver si están sulfatadas: se ven bien. Vuelvo a ponerlas en su lugar y presiono el “ON/OFF” de nuevo: la tele se apaga. Intento prenderla otra vez, apretando varias veces con fuerza el botón rojo de plástico, pero ya no enciende. Apoyo la cabeza sobre el crubrecama y cierro los ojos.

Me duermo.

Muero. Muero por dormir demasiado profundamente. Al encontrarme, mis padres no se exaltan. Simplemente se sientan al lado mío en la cama y me observan. Mi mamá me acaricia la cabeza. En el sueño luego veo a mi papá caminando por los pasillos de algún edificio grande, como los de tribunales o de alguna universidad, entra y sale de oficinas, consulta en ventanillas. Yo voy a su lado. Estoy, como en los sueños, muerto pero vivo. Mi padre me dice: “Tu muerte nos va tener haciendo trámites toda la vida”. Siento pena por él, y por mí: yo voy a tener que acompañarlo a todos lados. Además, no hay tiempo, ni siquiera para detenernos en alguno de los bares internos del edificio que nos cruzamos, donde yo podría tomar un cortado liviano, y él un café, o un cortado cargado.

**LUNES**

Esta semana podría ya empezar distintos los días. Q ya no comiencen con el despertar.

. cuando pasa por una plaza en la avenida se imagina que en uno de sus bancos estudia toda una carrera universitaria

[donde baja? ]

Suena el “pssss” del pistón a aire y la puerta se abre y golpea contra el lateral. Veo árboles, postes y frentes de casas pasar cada vez más lento, hasta que la película vertical y alargada se detiene en una imagen. Un tipo de unos cuarenta con cara de cansancio fuma apoyado en el poste de la parada. Tiene una mochila negra gigante a sus pies. Me mira y corro la vista. Bajo los escalones y luego camino en dirección contraria a la que iba el colectivo. La vereda está cubierta de las flores blancas de los árboles. De pronto, un auto pasa muy cerca del cordón y levanta una nube de polvo que se me mete en los ojos y en la nariz. El auto frena unos 50 metros más adelante y pone marcha atrás. Justo cuando llega a mi altura frena bruscamente y veo las gomas derrapar sobre la tierra que cubre el pavimento cercano al cordón.

\*

Hace más o menos una hora me tomé el colectivo para ir a clase de guitarra. Pero cuando el coche se acercaba a la parada en la que debía bajarme no me levanté del asiento. Pensé: “me bajo en la próxima”. Tres cuadras después seguía sentado. Pensé en dejar pasar dos o tres paradas más, y luego caminar. Pero no me pude levantar. El colectivo siguió hacia el norte. La gente seguía bajando y cada vez subía menos hasta que en un momento ya no subió nadie. Al final se bajó la última persona que quedaba aparte de mí y el chofer, que desde ahí aceleró y ya no bajó la velocidad ni siquiera cuando se metió por una calle de tierra. Nunca había estado en esa zona de la ciudad, y se me ocurrió que quizás el colectivo en realidad no daba la vuelta para regresar a la villa. Pasando un descampado donde unos chicos jugaban al fútbol, el chofer bajó la velocidad y paró frente a un galpón. Una puerta corrediza grande de metal se abrió y el coche empezó a entrar. Me paré. Vi que el chofer primero miró rápido por el retrovisor, después miró de vuelta. Ahí pegó el grito.

-¡AHHH!

Casi grito yo también.

-¡Amiiigo! ¡Casi me matás! ¡Pensé que eras un fantasma!

No dije nada. Me quedé parado.

-¿Por qué no te bajaste?

-Me dormí.

Era mentira, claro. El chofer se llevó las manos a la cabeza de vuelta y se tocó el pelo negro.

-Un pendejo acá me tiene que arreglar la mierda esta y salimos de vuelta.

Le dio un golpecito con los dedos al boletero de metal.

-Ok.

-No sé si es tu cara… pero casi me da un infarto.

-Perdón.

Ya de regreso pasamos por una plaza que nunca había visto. Estaba casi vacía. No sé por qué fijé la atención en un banquito de cemento típico de plaza, de esos pequeños, sin respaldo, en los que entra una sola persona, o dos, pero un poco incómodas. Me imaginé a mí mismo un poco más grande, de unos 20 años quizás, y que iba todas las mañanas y las tardes y me sentaba en ese banquito. Miraba los árboles, la poca gente que pasaba. Me quedaba ahí, sentado, tranquilo, y dejaba pasar el tiempo. Y seguía haciendo eso toda mi vida hasta morir de viejo. Me pareció la fantasía perfecta.

El auto que acaba de clavar los frenos es un Torino marrón igual al de Chuli. Lo veo a Cristian, el hermano de mi compañero Ramiro, en el asiento del acompañante. Tiene el brazo por fuera de la ventanilla.

-¿Y este quién es? -dice Cristian, mirándome a de arriba a abajo.

-Es compañero de tu hermano. Eh… Hernán. -dice la voz del Chuli.

Me inclino para verle la cara y lo saludo. El Chuli es cuatro o cinco años más grande que yo, lo conozco desde la infancia. Hace varios años, una tarde en una canchita cerca de su casa se puso a enseñarme movimientos para defender mejor; cómo tirarme al piso, cómo anticiparme, cuándo esperar, cómo y cuándo pasar al ataque. Desde entonces nos saludamos cuando nos vemos.

Veo que en el asiento de atrás están el Narigón Bolsi y el novio de Malena, Patalín. Verlo Patalín me sorprende un poco; si bien son de la misma edad, y es obvio que se conocen, no sabía que era de ese grupo de amigos.

-¿Adónde vas? -dice el Chuli.

-A lo de Gonzalo -digo.

Cuando bajé del colectivo, poco antes de la entrada a la villa, había pensado en caminar por ahí, y quizás después acercarme hasta el barrio de Martín, una vez en la zona iba a decidir si le tocaba la puerta. Pero sé que el hermano de Ramiro lo odia a Martín (y quizás también los otros del auto) y no quiero que me asocien a él.

-Subí, te llevamos -dice Chuli-. ¿Qué tenés ahí?

-¡Qué va a ser, pelotudo! -dice el Narigón. Cristian larga una risa burlona y aguda, igual a la que hacen todos los de su grupo.

-No dejá. Ya viene el colectivo -digo.

-¡Pero qué tipo pelotudo! -dice el Narigón. No estoy seguro de si me lo dice a mí o le contesta a Cristian; desvío la mirada.

-Dale, te llevamos y nos tirás una gamba para la nafta -me dice el Chuli.

-No, ya viene el colectivo -insisto.

-Subí -dice el Chuli. El tono es como el de una orden simpática, como la de los adultos, sólo que un poco más agresivo.

-Ahí está el colectivo -dice el novio de Malena señalando para atrás.

Me doy vuelta y veo el número 109 en rojo sobre fondo blanco que se acerca. Tiene cartel azul: me lleva a lo de Gonzalo, No tengo escapatoria: o me lo tomo o me subo al auto. Ya han estado esperando un rato por mí, así que digo:

-Bueno, llevame.

Por un instante no sé por qué puerta subir. El novio de Malena está del lado de la vereda, el más cercano a mí. Preferiría no ir a su lado, pero quedaría ridículo dar toda la vuelta. Además, voy cargando la guitarra y los autos pasan a toda velocidad. Cuando estoy por tirar de la palanca cuadrada de la puerta, veo que el novio de Malena me hace un gesto revolviendo la mano con el dedo índice hacia arriba.

-Subí por el otro lado -dice.

No sé si es porque él quiere seguir yendo hacia la ventanilla o porque la puerta no abre, pero obedezco. Bajo a la calle, paso por atrás del auto y entro por la puerta del Narigón, que se corre al medio. Mientras acomodo la guitarra entre mis piernas saludo con un “Hola”, como dirigido a todos en el auto, pero nadie me contesta. El Chuli pone primera y acelera haciendo patinar las ruedas en el pavimento sucio. Un momento después tira por arriba de su hombro una cajita de Camel 10 que cae sobre mis piernas.

-Pucho… -dice.

-No, no fumo. Gracias -digo. El novio de Malena estira su brazo y agarra la cajita de mi mano.

-Yo sí -le dice al Chuli. Saca un cigarro y se lo pone en la oreja.

-Coca helada -dice el Chuli, que sigue hablándome a mí. Se agacha y saca una botella de plástico de litro y medio de entre sus pies. Pasa la botella entre los respaldos de los dos asientos.

-Gracias -digo. Agarro la botella, la destapo y doy un sorbo. Está muy fría, todavía con trozos de coca congelada adentro. La tapo y se la devuelvo.

-Al menos un dos, ¿no? –dice el Chuli mientras vuelve a poner la botella en el piso. Se refiere a la plata y entiendo que quiere decir que no crea que me va a cobrar sólo los 35 centavos que me saldría el colectivo.

-Bueno -digo.

Hay olor a cigarrillos y a auto viejo, que me traen recuerdos de mi infancia. Pero rápidamente vuelvo al presente.

-Gonzalo vive donde siempre, ¿no? -me pregunta el Chuli.

-Sí… Bah, se mudó pero es cerca de donde vivía antes, a dos cuadras.

-Bueno -dice Chuli-, yo te dejo donde vivía antes y vos caminás.

-Dale -digo.

-¿Cuánto sale esa guitarra? -me pregunta Cristian, girando la cabeza y haciendo un gesto hacia abajo.

-No sé -digo-, era de mi abuelo.

-¿Está muerto?

Vamos rápido y el ruido del viento que entra por las ventanillas hace que tengamos que hablar a volumen alto.

-Sí -digo asintiendo con la cabeza.

-Che, y si la querés vender no te dan ni dos mangos, ¿no?

-Creo que no -digo inclinándome hacia adelante, para que pueda escucharme.

-¿La guitarra de mi hermano es buena?

-¿Qué guitarra es? -digo.

-¿Y vos no la conocés? -dice con un tono desagradable.

-No…

-Es como esa… -dice señalando mi guitarra-. A ver, sacale de la funda.

Tengo la guitarra entre las piernas con el mástil hacia arriba, así que me tengo que agachar para alcanzar el cierre y abrirlo. Cuando logro quitarle la funda, Cristian ya está mirando al frente. Me quedo con la guitarra en la misma posición que antes, pero sin la funda, esperando que me la pida de nuevo.

-¿A ver? -dice el Narigón agarrándola del mástil-. Esto es medio de marica, ¿eh? -dice y señala el plástico con brillantinas doradas que tiene cerca de la boca.

-Sí, ja, es para tocar flamenco -digo.

-Re de puto el flamenco -dice.

-¡Qué va a ser de puto el flamenco! -dice casi gritando el Chuli- Mi abuelo baila flamenco.

-¡Y es re puto! -grita Cristian, y larga la risa aguda. Enseguida el Narigón lo acompaña con el mismo chillido.

Cristian agarra la guitarra. Cuando la levanta la apoya en el borde de la ventanilla, dejando casi la mitad de la caja por afuera del auto. Me acuerdo cuando una vez mi papá me retó porque iba con el clavijero fuera de la ventanilla. Pone los dedos en lo que parece un la menor y pasa el dedo gordo por todas las cuerdas.

-Está desafinada -dice.

-Sí, un poco -digo.

-¿No sabés afinar? -dice mientras empieza a tocar la introducción de Come as you are.

-No mucho -digo.

-Todo el mundo toca esa puta parte pero nadie la sabe entera -dice el Patalín, el novio de Malena.

-¿De qué hablás? -dice Cristian

-De la canción de Nirvana.

-Yo sí la sé, salame, pero la guitarra está desafinada.

-A ver, tocala.

Cristian empieza de vuelta con el punteo, la repite una y otra vez, sin cantar.

-¿Ves? -dice El Chuli. Justo frena en el semáforo y pone en punto muerto la palanca de cambios.

El hermano de Ramiro sigue con la estrofa.

-Así es la canción, va cantando encima del coso este.

-No…

-Sí, gil. Y después viene: memoriiiiiiiiii ieeee, memoriiiiiiiiii ieeee, memoriiiiii ieeeeee, memoriiiiii ieeeee. –Canta tocando dos acordes con cejilla. Después deja de tocar por un instante y pone los dedos en un acorde con cejilla en el segundo traste, que no alcanzo a ver si es una Fa sostenido o un Si menor. Trato de ver los acordes. Quiero aprenderla; soy uno de los que sólo se sabe el punteo de la estrofa.

-Uelaiii sueeer daraidón javagan -canta Cristian.

-Don java gad. No tiene dios -corrige el Narigón.

-No, *gan* -dice Cristian-. Porque le está diciendo que venga así, pelado, que él no tiene un chumbo, que no le va a disparar… Y ya callate, pelotudo -dice al final enojado.

-O sea que no le va a meter un tiro en la cabeza -dice el Chuli y se acomoda un poco en la butaca. Mira de reojo un instante al hermano de Ramiro, que no lo mira.

Pienso en mí, sentado en este auto, yendo a otro lado del que quería ir. Cuando llegue a lo de Gonzalo voy a tener que volver caminando las cinco cuadras hasta la avenida y tomarme de vuelta el colectivo. ¿Hacia dónde?

-O en la boca -dice el Narigón.

De vuelta la risa chillido del hermano de Ramiro. Se me ocurre que el novio de Malena, que ha estado casi todo el tiempo callado, me está mirando. Giro la cabeza. Pero no, Patalín mira por la ventanilla, distraído, parece que no está escuchando la conversación.

-Cobain se metió un tiro en la cabeza… -dice el Chuli, y da una pitada al cigarrillo. El humo se va para atrás y yo lo respiro. Todo el tiempo el Chuli va con el codo del brazo izquierdo apoyado en el borde de la ventanilla, sosteniendo el volante con el dedo gordo y el índice de la misma mano. Ahora cruza la mano derecha por encima del brazo izquierdo y sacude la ceniza afuera del auto.

Al rato paramos unos segundos en un semáforo. Antes de que ponga primera para salir de vuelta, veo en el retrovisor interno los ojos del Chuli que me miran serios, pero desaparecen del espejo apenas notan que los veo.

Cuando llegamos a lo de Gonzalo le doy dos pesos a Chuli para la nafta.

-Preguntale a Gonzalo si se acuerda de la gorda Cintia –me dice Cristian mientras me bajo.

-Bueno, dale -digo.

-Era muy sucia la gorda -dice con una media sonrisa.

-Ja, ja.

Con una mirada de reojo, Cristian me saluda levantado apenas el antebrazo. Camino en dirección a la casa de Gonzalo, despacio, esperando que se alejen. Por suerte no se demoran y arrancan. Cuando veo que el Torino dobla en la esquina, empiezo a caminar de vuelta hacia la avenida.

\*

Cuando llego a la avenida el que va hacia el centro de la ciudad [nro] que se acerca. Tengo que cruzar la avenida y tomármelo en la otra dirección, hacia mi casa. Pero cuando estoy esperando para cruzar, el [nro] frena justo antes de mí. No hay nadie más en la parada y nadie baja del coche. Intento mirar al chofer pero el sol, que ya se esconde detrás de los cerros, no me deja ver nada. Hago un gesto hacia adelante, hacia el parabrisas, como de incomprensión. El colectivo sigue parado, con la puerta delantera abierta. Los autros, que siguen pasando a 80 kilómetros por hora no me dejan cruzar. UN poco movido por la curiosidad, doy unos pasos hasta la puerta del colectivo. Me asomo. El chofer, un tipo joven, de no más de 25 años, me sonríe.

-Pibe -dice con buen tono. Los choferes nunca están de buen humor.

Veo que en la mano ya tiene el boleto celeste cortado y me lo ofrece. Subo los dos grandes escalones y agarro la tira de papel.

-No tengo cospeles -digo-. Sólo monedas.

Con el mismo tono simpático dice: -No soy el monstruo de los cospeles. -Sonríe.

Meto la mano libre en el pantalón y saco una moneda de 25 y otra de 50. Ofrezco la de 50 y el chofer la tira sobre la bandeja donde hay decenas de monedas y cospeles. Mientras pone primera selecciona tres de cinco. Yo pongo la mano para recibirlas.

[hospital]

La sala de entrada está inusualmente vacía. No veo a nadie conocido y me asomo al bar. Tampoco. Solo reconozco a la moza y al encargado, un hombre de unos 40 años, de camisa clara rayada, mojada de transpiración y con manchas amarillentas. La moza con la bandeja de acero bajo el brazo me mira, inexpresiva. Estoy a punto de preguntarle “¿Dónde están?”, pero caigo en que seguramente no sabe nada, no sabe quién soy yo ni mis padres, ni nadie. Me agito. Salgo a la vereda y miro en las dos direcciones. Nada. “Están adentro”, pienso, en la sala de terapia intensiva, algo ha pasado, algo grave, una crisis; estarán expectantes, ansiosos, desesperados. O recibiendo la noticia, ya rotos, tirados en el suelo. De pronto siento que alguien desde atrás pone una mano en el hombro. Salto del susto. Al girar veo la cara de Liliana, la madre de mi compañero. Me doy la vuelta y ahora apoya su mano en mi pecho.

-Tranquilo -dice.

-Sí -digo agitado-. ¿Dónde están?

-Han pasado a una salita -dice-. Están haciendo una ronda de oración.

-¿Por qué?

-Para rezar, en grupo. Para pedir sanación -dice sonriendo.

-¿Pero sigue todo igual?

Hace una pausa para contestarme esta última pregunta.

-Sí, Hernán -dice-. ¿Querés pasar? ¿Queres entrar en la ronda?

-Creo que no -digo sonriendo, incómodo.

-¿Por qué?

-No sé rezar.

-No hay que hacer nada, en realidad. Nos tomamos todos de las manos y alguien dice algo. Pide.

-Ah.

-Es una experiencia. No tienen nada que ver con la iglesia. Tu mamá me dijo que no te gusta la iglesia.

-No me gusta la misa, lo de arrodillarse, y no sé nada, sobre todo.

-La ronda se hace parado.

-No me gusta lo… todo… ¿cómo se dice...? No me gusta todo lo ritual.

-Vení -dice agarrándome de la mano.

La sigo. Entramos en la sala de adelante y luego doblamos a la izquierda. Caminamos por un pasillo estrecho hasta que Liliana abre una puerta celeste. Ahí están. Es una habitación pequeña. Hay una mesa de madera pintada con esmalte, dos sillas de metal contra la pared y un ventilador grande apagado. Están todos: mi mamá, mi papá, mi tío recién llegado de [lugar], mi tío médico, mi hermana, Nieves, Álvaro. También está Curzio, que ahora tiene otro look: se ha afeitado la barba candado y no tiene gel en el pelo. Mi tío se acerca y me sonríe. Me agarra el brazo.

-Has crecido -dice.

Liliana entra después de mí: -Podríamos hacer otra -dice para todos al ponerse a mi lado-. Otra ronda de oración.

Recién ahí veo al cura, la camisa celeste, la banda blanca en el cuello, un libro con un rosario marcando una de sus páginas en la mano. Me siento estafado.

-Sí -dice el cura. Acerca una de las sillas al centro y apoya su biblia.

-Yo me voy arrodillar -dice-. Sobre todo para poder leer, no me da la vista, dice con una risita.

-¿Nos arrodillamos todos? -pregunta mi papá.

-Cómo deseen -dice el cura que sigue sonriendo.

La miro a Liliana, angustiado. Quiero salir de la habitación.

-No -dice Liliana-. Lo convencí a Hernán de que participe pero sin arrodillarnos -dice.

El cura, que había empezado a apoyar una rodilla del suelo, se levanta.

-Me parece bien -dice.

Noto la mirada de mi madre, pero no quiero verla. Temo que me esté juzgando, por no querer arrodillarme. Pero también es posible que esté agradecida de que me haya sumado, de que haya ido hasta el hospital, aun cuando más temprano me habían dicho que no era necesario que fuera, que era mejor que fuera a guitarra y después, si quería que me fuera a lo de Martín, o a donde quisiera. Pero no miro; me resigno a no saber nunca qué hay en su mirada.

-Vamos -dice el cura- simplemente a tomarnos de las manos… -De pronto se detiene y me mira-. Yo diría -dice- que lo hagan ustedes solos, en familia. Hagamos algo no católico, yo acá sobro, me parece. -Lo dice mirándome, sonriendo amablemente, aunque con resquemor.

Antes de que nadie diga nada el cura da unos pasos hacia la puerta, pasa a mi lado y sale. Me siento horrible, soy un demonio con culpa. Liliana agarra mi mano derecha y mi hermana la izquierda.

-Vamos a pedir por la salud de este ángel -dice Liliana.

Y sigue hablando, dice cosas que ya no registro porque desde el momento en que cierro los ojos comienzo a flotar. Me despego del suelo y giro. Toda la ronda es la que gira, inclinándose un poco a la izquierda. Primero lo hace en un sentido, luego en otro. Lo único que evita que me caiga o salga despedido hacia afuera por la ingravidez son las manos de mi hermana y Liliana. Y ahora pierdo estabilidad también en mi sentido vertical, cualquier gesto podría hacer que quede patas para arriba, flotando en una posición inconveniente. De pronto la ronda estalla. Nos dispersamos, ahora cada uno viaja sin rumbo por el espacio. Siento la velocidad, y siento que algo se mueve dentro de mí, es algo físico pero no orgánico, cierta sustancia mágica fluye a través de todo mi cuerpo, desde los pies a la cabeza y a los brazos. Sé que debería sentir vértigo, pero lo que siento es simplemente que viajo; el placer de viajar.

No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando abro los ojos, me impresiona que todos sonríen. Alguien, no sé quién, una mujer, dice:

-Eso fue como…

No escucho la última palabra. En eso un empleado del hospital abre la puerta y entra, mira el suelo.

-¿Ustedes son la familia Orihuela? Tengo que comunicarles que el familiar de ustedes… eh…

-No, dice Liliana. No somos la familia Orihuela. ¿Quién es usted?

El hombre levanta la vista por primera vez.

-Yo estaba tocando la puerta -dice- Ustedes no abrían. Es que no encuentro a los Orihuela… y…

El empleado parece cansado. Noto gotas de transpiración en su frente. Tiene un lunar grande y oscuro en la mejilla.

-No encontramos a la familia. Estaban por acá. Hace un rato. Pero no los encuentro. Pensé que eran ustedes. -Reparte su mirada por alguna caras del grupo-. ¿Ustedes por qué estaban acá? -pregunta al final.

-Rezábamos -dice mi mamá. Suena como aliviada.

-Ah -dice el hombre-. Si los ven, por favor, díganles que se acerquen a la administración. Son como ustedes, así, varios, hace un rato estaban con la virgencita. Bueno, quizás se fueron a la iglesia.

-¿Por quién rezaban? -pregunta Liliana.

-Por su hijo -dice el hombre-. Falleció recién.

Bajo la cabeza. Estoy esperando que mi mamá empiece a llorar, o que grite, pero pasados dos o tres segundos nadie emite sonido. Levanto la vista y miro a mi mamá, que esta justo frente a mí, a no más de dos metros. Ella me estaba mirando. Su boca se mueve.

-Gracias -dice casi por lo bajo-. Gracias por venir -me dice.

El empleado del hospital sale y nosotros por detrás de él. Mio tío dice que tomemos un café.

**MARTES**

-Está gritando un gol.

-Maradona.

-¿Qué tiene en la mano?

-Un pato

-¿¡Un qué?!

-Un pato.

-Ja, ja, ja; qué.

-Un pato de goma

-Ja, ja, ja.

-Un trapito, parece. ¿No?

-¿Cómo? No le veo cara de pato.

-Es... mirá, es como un pato de goma desinflado.

-Yo digo trapito, no pa...

-¡Es verdad! Tiene como una boca.

-¿No es como un pañuelo?

-¡No, no es un pato! Ja, ja. Es un gorro…

-Es un gorrito... de la cancha.

-Qué horribles esos gorritos. Ja, ja, ja.

-Es una mancuerna.

-Ja, ja, ja.

-¿Está haciendo ejercicio?

-Está a punto de dejar.

-Haciendo ejercicio con un pato.

-No, no está gritando el gol, está festejando que pudo levantar la pesa.

-¿Por qué no le hicieron la cara completa? Así sabíamos qué estaba sintiendo.

-A ver, ¿cómo se llama esta plaza?

-No sé.

-Es linda igual.

-¿La plaza?

-¿La plaza del hospital?

-¿Es linda la estatua?

-¿Cómo se llama la plaza?

-Tiene mejor cuerpo que yo...

-Porque no te desarrollaste.

-¿Qué... ? Pelot...

-¿No es plaza Roca?

-No.

-¿Quien está allá?

-¡Belgrano!

-¿No es San Martín?

-San Martín.

-No, San Martin tiene que estar a caballo.

-¿Vos decís?

-O a pato.

-Belgrano siempre está parado.

-¿Y San Martín siempre a caballo?

-Belgrano era gay, ¿no?

-¿Hace frío o calor?

-Ni en pedo. Era soldado.

-Es verdad.

-Eh, ¿pero grita un gol o no?

-Debe estar festejando… Algo militar.

-De una.

-De una. ¿Pero qué tiene que ver?

-Es relinda.

-De cuerpo.

-Tiene una cosa. Bien.... femenina.

-¿Les hace frío?

-Un poco.

-De puta…

-Sí, de… De puta, sí.

-A mí calor.

-¡Qué linda qué es!

-Es hermosa.

-Hermosa sin cara.

-¡Hermosa sin cara!

-Cómo la pelirroja…

-¡Síiiii, como la pelirroja!

-Sí...

-Sí, hace frío.

-Hernán.

-Sí.

-Vamos a lo de Cecilia. Vamos a tomar la leche.

-Y ver For Fai.

-Ah… No puedo...

-¿Por qué parece puta?

-¿Por?

-Me va a venir a buscar mi papá.

-Ah.

-¿Para qué?

-No sé...

-¿No le podés decir que venís con nosotras?

-Es que no… Creo que era importante.

-Bueno. Queríamos que vinieras.

-¿Ves For Fai?

-Me harté…

-Sí.

-¿Y te gusta?

-Veo con mi hermanito. No sabía que ustedes veían… For fai.

-A mí no me gusta…

-A mí sí.

-Pero lo veo.

-A mí también.

-Como que no es tan para niños, ¿no?

-Es re para pendejos.

-No. Yo digo que es para pendejos pero no lo miran los pendejos.

-¡Lo re miran los pendejos!

-Es para adultos.

-¿Y vos qué sos?

-¿Yo?

-¿Yo?

-¿Adulto?

-Ja.

-¿Adulto y virgen?

-¿Ah?

-No te pongas...

-¿Qué?

-No... No te pongas…

-¿Cómo? No me he puesto nada.

-For fai no es para nadie.

-Ustedes también son vírgenes.

-¿Qué sabés?

-Me dijo Bombi.

-Hija de puta.

-¡Hijo de puta! ¡Qué le decis!

-También sos virgen y ves For Fai.

-Igual que vos.

-Sí.

-Qué pelotudo.

-Vamos o qué.

-Como quieran.

-Ese es tu papá. Ahí.

A media cuadra, caminando por la vereda con el sol en frente, se acerca mi papá. Unos 20 metros antes de llegar a las estatuas, donde estamos nosotros, se para y me hace un gesto con la mano. No me ha dicho nada, pero estoy casi seguro de qué se trata. Hace unos cinco años, una noche me pidió que lo acompañara a la panadería. No era habitual que lo acompañara hacer compras, pero en cualquier otro momento la invitación no me habría parecido extraña. Esa vez, no sé por qué, estaba seguro de que me quería hablar de eso. Yo no quería, así que le dije que no podía, que tenía que estudiar. Pero al día siguiente, a la misma hora, me volvió a pedir que lo acompañara a hacer compras. Después de parar el auto frente a la pollería de luces blancas, giró en su asiento un cuarto de vuelta y quedó frente a mí. Ahí nomás se puso a explicarme la reproducción animal, los aparatos reproductores del macho y la hembra, como surgían los óvulos y los espermatozoides, lo que debía pasar para que se juntasen. El macho metía el pene en la vagina de la hembra y ahí expulsaba un jugo que contenía los espermatozoides. En el caso de los humanos era un poco diferente, porque hombre y mujer debían estar enamorados. Lo demás era parecido. El hombre también metía el pene en la vagina de su esposa y una fuerte sensación de amor le hacía salir la "leche de hombre". Después me había explicado con detalle lo que pasaba una vez que el óvulo era fecundado. Cuando el espermatozoide entraba al óvulo, se desencadenaban una serie de reacciones químicas que hacían que el óvulo se inflara como un globo. Este globo luego se pinchaba y adquiría la forma de una especie de pelota aplastada que, con el pasar de las semanas, se iba convirtiendo en un bebé. Estuve incómodo todo el tiempo; sobre todo en la parte que hablaba de la penetración. Yo sólo decía: sí, claro, claro. Al final no entramos a la pollería y volvimos directo a la casa.

Ahora lo veo llegar y, como esa noche, sin que me diga nada, me doy cuenta de que viene a buscarme para entrar a la terapia intensiva.

Mi papá me pone la mano en el hombro. Sobre las dos hojas de la puerta vaivén de madera se repite el mismo cartel pintado por un letrista con esmalte rojo con un recuadro: “SÓLO PERSONAL DEL HOSPITAL”. Un rato antes le he dicho que sí, que quiero verla. No podría haber dicho que no, pero además de verdad quiero verla. No es curiosidad. Nada, de verdad, me da menos curiosidad que eso. Es otra cosa. Es algo que está detrás, muy adentro y lejos, dentro mío pero también lejos del que respira y anda y piensa en Malena todos los días. Mi papá camina atrás mío; sigue con su mano derecha sobre mi hombro derecho. Yo soy casi de su altura, me faltan dos o tres/pocos centímetros para alcanzarlo; él dice que tengo que ser más alto que él, que así tiene que ser, que tengo que pasarlo.

-Por acá -dice guiándome hacia la derecha haciendo fuerza sobre mi hombro-. Abrí.

Empujo la puerta y entramos en un pequeño hall. En frente hay otra puerta vaivén. Esta no tiene nada escrito pero el vidrio de la parte superior está sucio de pegamento de viejas cintas scotch de viejos carteles. En una esquina del vidrio hay una estampita con una virgen. Mi papá empuja la puerta con cuidado. Adentro hay siete camas: tres a la izquierda y cuatro a la derecha. Un par de camas de la derecha están rodeadas por biombos, pero el resto están sólo separadas por unas especies de barandas bajas, de no más de un metro de altura. El olor no es muy diferente al resto del hospital, solo que acá se siente un poco más a iodo y a alcohol -y menos a lavandina y a personas- que en el resto del edificio. Pero además hay un leve olor a perfume. Debe ser de los médicos. Eso dice mi mamá; dice que los médicos en general siempre usan perfume. Escucho los sonidos cíclicos de las máquinas que trabajan sin parar. ¿Será que lo del perfume es para diferenciarse de los enfermos y los muertos? Dejo que mi papá me conduzca. Miro a mi derecha: un hombre sentado en una cama; una manta cuadrillé marrón y roja mal doblada a sus pies. Pero no es a donde me dirige mi papá que, haciendo fuerza con su mano sobre mi hombro, me hace girar en el lugar, colocándome en la dirección del donde acabo de ver de reojo a un gordo entubado. ¿Qué querrá enseñarme ahora?, ¿cómo funciona alguna máquina? O será que el gordo tiene una enfermedad extraña, interesante. Alguna vez mi papá dijo que de no haber sido ingeniero habría sido médico. Miro en la dirección que me ha orientado, hacia el gordo. Veo pelo rubio. Veo sangre seca. Un bollito de gasas empapadas en iodo. No es un gordo. Es que tiene la cabeza del doble de su tamaño. Veo un tubo que entra por su boca, pegado con varios trozos de cinta adhesiva blanca, esa muy pegajosa que siempre deja restos de goma sucia; también veo las almohaditas hechas con gasas dobladas embebidas en iodo a los dos lados de la cabeza, y el pelo sucio con sangre negra, reseca. El respirador empuja el aire dentro de sus pulmones. Empiezo a reconocer sus rasgos. No es suficiente. No. Aunque se salve. No es. Ya no es. Le toco una mano y digo su nombre una vez. Vuelvo a decir su nombre. Un rato después lo miro a mi papá.

-Ya está -le digo-. Salgamos.

\*

En la pared, a unos 20 centímetros por encima de mi cabeza si estoy sentado en la cama, tengo colgada una lámpara blanca de metal. Es un cilindro de no más de siete centímetros de diámetro y seccionado por un plano en diagonal; las dos partes del cilindro están unidas, por afuera, con una varilla de metal negro. Las uniones de la varilla a la lámpara están articuladas de modo que las dos mitades del cilindro pueden colocarse en todas las posiciones que uno quiera. La mitad superior tiene un portalámparas con su pequeño foco de 25 o 40 watts, y la mitad inferior, que viene a ser el pie, tiene unos tres centímetros de plomo fundido en su base, lo que le permite mantenerse vertical cuando se la apoya en una mesa. En ese caso, y si la varilla que une los dos fragmentos del cilindro es colocada de forma horizontal, la parte superior del cilindro hace demasiado peso y vuelca la lámpara. De la parte inferior sale el cable negro de un metro veinte de largo, con un interruptor, también negro, a media distancia entre el enchufe y la lámpara. La lámpara puede cerrarse del todo, prendida o apagada, recuperando su forma de cilindro. Cuando está cerrada y prendida, deja filtrar la luz por los pequeños agujeros del plástico de la base superior y las rendijas diagonales donde se unen los dos trozos del cilindro. La lámpara cilindro era uno de mis objetos preferidos, junto con el cronómetro Casio deportivo con su largo cordón negro y rojo que tengo colgado de la misma lámpara blanca. Al lado de mi cama está la cajonera, que también funciona como mesa de luz; sobre ella está la lámpara gusano fabricada con un resorte de suspensión (está ahí desde que tengo memoria) y un tornillo enorme con cabeza cuadrada que me encontré una vez al costado de una vía de tren y que pinté de amarillo, el cuerpo, y de negro, la cabeza.

La alarma de mi reloj de pulsera está puesta a las 6:55 y la del reloj cronómetro -que suena mucho más fuerte- a las 7:00. Mi papá suele tener configuradas las dos alarmas en su reloj Citizen de pulsera; una a las 6:50 y otra a las 6:55. Por las dudas también tiene puesta una tercera en su radio-reloj-despertador a las 7:05; esa alarma suena como la bocina de un camión y cuando se activa se despierta a toda la casa. Generalmente mi papá se despierta con la primera o la segunda alarma, y después de desactivar el radio-reloj y de ponerse las pantuflas (y la robe si es invierno), viene a asegurarse de que ya estoy despierto. Luego se va a la cocina a calentar el agua para su mate y a preparar mi desayuno. Si a las 7:05 yo todavía no aparecí, vuelve a mi pieza chequear que no me haya vuelto a dormir. Antes me hacía leche caliente con chocolate en polvo y tres o cuatro rodajas tostadas de pan francés untadas con manteca y miel. Pero a comienzos de este año le pedí que no me pusiera más manteca en el pan y que en vez de chocolate a la leche le pusiera café instantáneo. Igual hay mañanas que me vuelve a untar manteca en las tostadas y me pone chocolate en la leche. En general cuando pasa eso no le digo nada, pero una vez que se lo hice notar. Él me pidió perdón y yo le dije que no importaba. No hablamos mucho más. Ese momento de la mañana en que ninguno de los dos emite casi palabra es cuando más parecido me siento a él. Cuando termino de desayunar salgo afuera y me subo a alguno de los dos autos. En general es al 128, pero a veces, si he visto que el día anterior él lo ha estado arreglando, pregunto en qué auto vamos a ir (el FIAT siempre se rompe). Formular esas preguntas me cuesta un montón, porque de verdad a esa hora la cabeza no me funciona para nada. La otra vez quise abrir la puerta del Falcon y cuando metí mi mano en el hueco de la manija tiré hacia mí la puerta sin antes haber levantado la palanca. Me di cuenta que mi cerebro había dado la orden pero la mano no había reaccionado. Como consecuencia de ese movimiento me doblé los dedos meñique, anular y medio de la mano derecha y me quedó doliendo toda la semana; lo más loco es que recién a los dos días me acordé del momento en que me los había doblado y por qué me dolían. Yo creo al estar tan dormido en ese momento mi cabeza tampoco pudo registrar bien lo que había pasado. La otra vez, mientras me cepillaba los dientes, también medio dormido, me golpeé la encía dos veces con la punta del cepillo y me hice sangrar. Pero lo peor que puede pasar a la mañana es que nos durmamos los dos. A veces me pasa que después de apagar las dos alarmas, sigo durmiendo un poco más, confiándome en que mi papá me va a levantar, pero él también se duerme (seguramente esas veces pasa que después de apagar las alarmas del citizen, desactiva el radio-reloj y se echa un rato más). Por la forma en que me despierta cuando se ha dormido, alguien podría creer que a mi papá le preocupa mucho que yo llegue tarde. Esas veces me sacude el hombro y me dice: “¡Hernán, nos dormimos!”. A veces son sólo unos minutos tarde y sólo voy a tener que vestirme y desayunar más rápido, pero otras veces todo se vuelve una carrera contra reloj y entre dormidos y angustiados, nos agitamos como si fuera el fin del mundo. Yo creo que lo que pasa es que a esa hora, todavía entumecidos por el sueño, a los dos nos cuesta considerar la verdadera gravedad de llegar tarde. Porque lo cierto es que lo más terrible que puede pasar es que me pongan una media falta, o una falta completa si llego después de las ocho. Ninguna de las dos cosas es tan grave. Este año, hasta la semana pasada, solo tenía cuatro faltas y media.

**MIÉRCOLES**

**D (revisar tono y tiempo) hecho: nota de Malena. new: hay alo medio fuera de tono. releer y corregir pensado en el tono de durante las dos semanas. Creo que sí tengo que hacer intro del día. (el inicio de este cap tiene que tener algo mas de onda)**

Ahora en el recreo me quedo en el curso. Pero no es algo que empezó esta semana sino después de volver de las vacaciones de invierno, hace poco más de un mes. Fue el momento en que me di cuenta de que las cosas más interesantes del recreo pasaban en el curso, y no en el patio. En parte porque el patio es territorio de los de quinto, que son bastante tontos, bastante primitivos, pero también porque en el patio hay como una obligación de comportarse de cierta forma; todo el mundo está atento a todos y *hay que representar*. Es algo que al principio me gustaba hacer, pero de pronto ya no me dieron ganas. Quizá fue por algo que dijo Germán una vez que estábamos en su casa.

Lo raro es que ahora también siento como si estuviese actuando. Aunque es diferente. No es una actuación para aparentar algo que no soy ni tampoco tiene que ver con estar en el patio o en algún lugar donde hay gente y uno está en cierta pose sino que es algo constante. No es algo malo, ni falso, es más como si no me quedara otra, como si hubiese entrado en una habitación por un momento y ya no pudiera volver a la anterior, la puerta se cerró detrás de mí. O mejor, la puerta ya no está.

Estoy sentado sobre mi mesa. Los otros también, cada uno arriba de la suya. Ramiro y Martín discuten sobre el 666. Hace un rato, Germán y Martín han expuesto sobre "El diablo en el rock" en clase de Comunicación. Contaron que Janis Joplin, Jim Morrison y Jimi Hendrix fueron tres músicos de rock y que los tres murieron a los 27 años. Pero que además se dio la coincidencia de que los nombres de los tres empiezan con “J”, que, invertida, es parecida a un “6”, o sea que las iniciales de sus nombres invertidas forman “666”. Yo no sé si es un inventode ellos o lo han leído en alguna de las revistas que se compra Martín. Ramiro dice que es un invento de ellos, y está enojado. Martín se ríe. ~~Yo nunca escuché Janis Joplin. De los Doors me gustan varios temas del disco de grandes éxitos que tiene Germán, y me gustó la película que vimos en lo de Nicolás a principio de año (aunque me dormí los últimos 20 minutos). Jimi Hendrix escuché un poco en lo de Martín, pero no me gustó.~~ Confieso que sentí algo raro cuando hablaban del diablo. Para mí el diablo siempre fue un personaje de historieta o dibujito, o alguna taradez de la que hablan los católicos, pero escuchándolos hablar a Martín y Germán sobre el 666 noté como una cosquilla, o un temblorcito, una boludez, casi nada, pero nunca antes me había pasado escuchando sobre el diablo o algo católico por el estilo.

Mientras Ramiro y Martín siguen discutiendo y se tiran con datos que seguramente leen en las revistas (o inventan), entra Bombi al curso. Saluda a todos y se acerca a mí.

­­-¿Qué pasa con vos? -dice como enojada.

-¿Qué? -digo.

-¿Dónde podemos hablar?

-Acá, ¿qué pasa? -pregunto. No sé de qué me va a hablar, pero por alguna razón últimamente casi nada me da vergüenza.

Martín se ríe.

En el patio, Bombi me mira abriendo la boca, quiere que entienda que está sorprendida, shockeada.

-¡Todas gustan de vos! -dice.

-¿Quién?

Siento una emoción intensa, que parte del centro del pecho y me recorre el cuerpo. Es algo casi totalmente/puramente físico.

-¡Boludo! ¡Qué les pasa!

-¿Quién?

-Bueno, no todas. Pero...

-¿Qué? -digo. Estoy excitado, y me doy cuenta que debería calmarme, pero me cuesta, la emoción es más fuerte. Es un sueño cumplido: que todas gusten de mí. No sé cómo ha podido pasar, pero Bombi acaba de confirmármelo.

-O sea, hoy otra más me preguntó por vos -dice. Vuelve a abrir la boca.

-Nunca me habías dicho de ninguna.

-Y no, no puedo decir.

-¿Son compañeras tuyas?. Se lo pregunto porque en el curso de Bombi hay muchas chicas lindas.

-Sí.

-¿Quiénes?

-¡No digas nada! Te voy a decir de una.

-Bueno. ¿Quién?

-Lourdes.

-Ah. Bueno -digo. Cambio la postura: enderezo la espalda y separo un poco las piernas.

-¿No te gusta?

-Tiene buen culo.

-Uh, no te gusta.

Bombi deja caer los brazos a los costados, mira a un grupo de chicos de primero que pasa cerca nuestro.

-Qué lindo que es ese pendejo -dice.

Miro al más alto del grupo, creo que es a él al que se refiere; es bonito de cara, rubio y pecoso.

-A mí me gusta una compañera tuya- le digo.

-Sí, ya sé, ya me di cuenta.

-¿Quién?

-Malena.

-Sí.

-Sos tan obvio…

-Okey.

-Pero Malena tiene novio -dice mientras sacude un poco la cabeza escondiéndola entre los hombros

-Voy a esperar.

-¿Esperar qué? -dice un poco enojada.

-O sea que tengo que hacer algo, ¡no?

Mi intención es mostrarme duro, experimentado, pero me doy cuenta de que no me sale.

-¿No te gusta otra?

-No -le digo.

Bombi mira el suelo. Mete la mano izquierda en el bolsillo del delantal.

-Tengo otra cosa.

-¿Qué?

-Una cosa que te va a poner contento.

-¿Otra chica que gusta de mí? -digo en broma.

-¡Ahmm! ¡Malísimo! ¡Sos un creído! -dice enojada Bombi, dando un paso para atrás, inclinándose hacia adelante, sin sacar su mano izquierda del bolsillo de su delantal.

-¿Qué es? -pregunto señalando su bolsillo.

-Algo escrito.

-¿Quién lo escribió?

-Malena.

-Dámelo.

-No, ni en pedo.

-Por favor -suplico.

Por un instante pienso que podría ser una carta, de Malena para mí, pero es solo un instante, porque sé que eso es imposible. Se me ocurre quitárselo a la fuerza, no sería tan difícil.

-Te lo puedo dar para que la leas... ¡Pero me lo tenés que devolver! -dice.

-Okey, dámelo.

¿Y si es una carta para mí? ¿Cómo puede ser? Siento que floto de felicidad.

-Lo tenés que leer acá. Rápido.

Bombi me da una hoja de carpeta doblada en cuatro y la abro. Está escrita con lapicera roja. Hay dos tipos de letras y un montón de cosas anotadas, tachones, dibujos de corazones, muñequitos.

-¿Tengo que leer todo?

-No, esperá. Esta parte -me señala una parte en el centro de la hoja-. Eso escribió Malena. Nos estábamos escribiendo en la clase de Historia.

Bombi me señala una zona de la parte de debajo de la hoja. Es la primera vez que veo la letra de Malena; es una letra fea, comprimida, quebrada; mezcla caracteres de carta y de imprenta. Leo con atención.

[Esto quizás pasar a cerca del final]

Cruzo solo a la plaza. Mi mamá se ha quedado en el bar del hospital junto con algunos amigos y vecinos. Hace un rato, como ya no quedaban sillas, la encargada del bar sacó dos banquitos de madera que tenía dentro de la cocina. Resultó que uno de ellos estaba sucio con aceite y Josefina, mi vecina cheta, se manchó toda la pollera. Aunque se veía que estaba muy incómoda, no le quedó otra que quedarse. También estaba el marido, el director del diario; cuando el tipo vio la cara de angustia de ella se puso como serio y se ofreció ir a comprarle otra pollera al centro. Pero Josefina le dijo que no, que tampoco iba a tener dónde cambiarse. Por un momento fue medio un drama y mi mamá estaba super preocupada por la pollera, y aunque no podía ocultar su expresión de incomodidad, Josefina le repetía a mi mamá que no se preocupara, que no se hiciera drama por eso, que era una pavada. Lo que Josefina no se daba cuenta es que todas ese tipo de situaciones son lo mejor que le puede pasar ahora a mi mamá.

Aquí en la plaza el olor a flores no es tan fuerte como en la cuadra del hospital; creo que porque se mezcla con el olor a tierra. Me puse a observar de nuevo las esculturas que mirábamos con Malena y las chicas el otro día. Es obvio que lo que decían era broma, pero también me daba la sensación de que para ellas no había otra cosa que eso que decían que veían. Yo no puedo verlas así, hay como una distancia entre ellas y yo. Y pienso es que esa distancia hace que yo no pueda ver de verdad nada. Para las esculturas mí sólo *están*. Pero están de tal forma que lo que yo veo o no veo -que tenga tal o cual gesto, que tenga la pierna así o asá- no importa. Pero por otro lado también me doy cuenta de que están llenas de cosas. De otras cosas, cosas ocultas, cosas que son secretos. Creo que una parte de esos secretos se deben al sólo hecho de estar ahí, quietas; la otra parte se debe al tiempo que ya llevan ahí. En la plaza que está cerca de mi casa, en la villa, no hay esculturas. Aparte del mástil, en el centro, la única gracia que tiene la plaza son unos arbustos Júpiter que con los años la municipalidad les ha ido dando forma de pequeños árboles gracias a la poda. Cuando éramos chicos, mi hermana mayor y sus amigos del barrio se subían a uno de esos arbolitos y hacían como si fuera sus propias casas; colgaban collares de plástico y pegaban calcomanías en los troncos. Como consecuencia del corte horizontal de las ramas más grandes habían quedado como unos asientos circulares. En algunos casos, las ramas más pequeñas que les crecían verticales a las principales servían para apoyar la espalda y los asientos quedaban parecidos a esas sillas de madera con respaldos de varillas. Pero cada árbol era diferente; algunos tenían cinco o seis “sillas” completas, otros tenían uno o dos asientos sin respaldo. Había como una vida social, también. Cuando alguno había hecho un arreglo nuevo en el árbol invitaba a uno o dos (o más si tenía lugar para sentarlos) para mostrarle la nueva decoración. A veces mi hermana me llevaba a jugar con ella y sus amigos, y como yo era el más chico del grupo me tocaba un árbol que tenía un solo tronco que podía servir de asiento. Para colmo el asiento era del tipo “banquito”, de los que no tenían de esas ramas-varillas alrededor, así que me tenía que quedar solo en mi árbol sin la posibilidad de recibir invitados, porque no tenía dónde sentarlos.

El punto es que esos árboles, con sus troncos y ramas lustrosos de tanto subirnos y bajarnos, me decían cosas, y todavía me dicen, sus formas están llenas de historias y significados explícitos. A veces, cuando paso por la plaza, los miro y trato de acordarme qué árbol correspondía a cada uno de mis vecinos y me quedo pensando si de alguna forma seguirán siendo los mismos árboles que eran cuando éramos chicos. Estoy seguro de que son los mismos árboles, pero lo que me pregunto es si lo que fueron para nosotros hace ocho o diez años todavía permanece también en ellos. También me pregunto si esto que pienso no será un problema mental mío.

Vuelvo a mirar la estatua de la mujer. Abajo, en el pedestal, hay una placa. Después de leerla vuelvo a mirar la estatua. Hago el esfuerzo de intentar ver algo más. Quizá debería comprarme un paquete de cigarrillos. A esta hora hay bastantes palomas; uno puede acercase mucho y parece que casi pudiera agarrarlas, y llevármelas a mi casa y adoptarlas. Camino unos pasos hacia donde hay un grupo de una docena picoteando unas migas de pan que alguien ha tirado. Me distraigo observando a una de ellas y me acuerdo de Álvaro y de su imitación de una gallina: a todos en mi familia nos hacía mucha gracia. Álvaro fue el que me trajo al hospital. Hacía pocos minutos que yo me había enterado y estaba solo en mi casa. Álvaro pasó con el auto mientras yo todavía gritaba y caminaba, entrando y saliendo de las habitaciones como loco, recorriendo toda la casa. No sé cómo pudo enterarse tan rápido, pero de alguna forma se enteró y también supo que yo acababa de llegar y de que estaba solo con la noticia… y con los restos. Álvaro tocó el timbre. Yo salí, dije algo, no me acuerdo qué, y me subí a su Duna marrón. Álvaro debe haber hecho los 40 minutos habituales hasta la ciudad en poco más de cinco.

[no sé si lo que sigue tiene que ir en presente o en pasado] [al final del documento está en presente por las dudas]

Clavó los frenos. Por la cantidad de gente y autos en doble fila, me di cuenta de que habíamos llegado al hospital y me bajé del auto. Miré al costado a ver si venían autos para cruzar y cuando volví a mirar al frente la vi a mi hermana mayor. Estaba parada del otro lado de la calle, había bajado al pavimento y esperaba que yo cruzara. Crucé. Nos abrazamos y le pregunté qué había pasado. Entramos al hospital. Mi mamá estaba sentada en un banco largo de madera sin respaldo, apoyada sobre los azulejos de la pared. Me agaché y la abracé. Intentó contarme algo, sin dejar de llorar, pero no entendí. Algo de un delantal, algo sobre la sangre. Algo sobre Horacio, nuestro vecino gastroenterólogo. Me senté en el suelo con la cabeza apoyada en sus piernas. En ese momento sentí un olor que reconocí al instante. Levanté la cabeza y miré hacia la puerta, de donde entraban y salían camillas y gente con ambos. Volví a sentir el olor. Apoyé de nuevo la cabeza en las piernas de mi mamá. El olor persistía. Era olor a semen. No sabía de dónde venía. Frente a nosotros estaba la puerta doble rebatible de la que entraban y salían médicos y personal del hospital, comparado con los otros días que he pasado en el hospital, ese día era agitado. De pronto salió […], mi tío segundo, vestido con ambo celeste. Al verlo me acordé de que él trabaja en el hospital. Una vez, cuando yo era niño, me había curado una uña encarnada. Muy serio, mi tío caminó hacia nosotros. Me levanté y me acerqué.

-¿Se va a salvar? -le pregunté.

-No sabemos -dijo y me puso una mano en el hombro.

Mi mamá también se había parado y mi tío la abrazó. Mi mamá seguía llorando, por momentos gritaba. Mi tío, su primo, la agarró de los hombros.

-Fuerza Miriam -le dijo mirándola a los ojos-. ¡Fuerza!

Después, quizá dos horas después, nos sentamos en el bar del hospital. Empezaron a llegar algunas personas conocidas, un par de amigas de mi mamá, algunos colegas de mi papá.

\*

**JUEVES**

DIA DEL ESTUDIANTE. Se levanta. Padre. Tel con bombi. Milanesa en bar. Gonzalo futbol. Futbol cancelado. Jopi lo lleva a Bombi. BESO Malena

Me despierto boca arriba. Giro la cabeza y miro hacia la cama de mi hermanito. Vacía. Seguramente ya está al lado. ~~Mi hermanito está como enamorado de Luciana, la más chica de la familia, que tiene unos 25 o 26.~~ A eso de las diez entra mi papá a mi pieza. Ha vuelto a bañarse y a buscar algunas cosas. Otro día más que ha dormido en el auto frente al hospital. Con una voz perfectamente neutra me dice que aproveche para ponerme al día con las materias. Le digo que sí, que enseguida me levanto. En realidad no tengo mucho para hacer: la única materia para la que estudio durante la semana, fuera de los trimestrales, es biología, pero nunca con más anticipación que el día anterior, y recién tengo biología el miércoles. A los pies de mi cama están el jean y la camisa blanca que uso en el colegio. Me levanto y abro el cajón de las remeras. Ya no quedan de las que me gustan limpias. Cuando estoy yendo para el lavadero me cruzo a mi papá que camina apurado con el bolso rojo de cuero en la mano. Ha vuelto a afeitarse. Hacía dos o tres días que no lo hacía. En el lavadero busco en el canasto de la ropa para planchar a ver si hay alguna remera que me guste. Nada. Reviso en el baúl de la ropa sucia. Hay poca ropa, pero veo que mis otras dos camisas blancas siguen ahí. Revuelvo en el montón y encuentro la remera gris boliviana estampada con el logo de Adidas que me gusta mucho. No tiene manchas, y casi no tiene olor. Me saco la parte de arriba del pijama y me pongo la remera. Vuelvo a la pieza y me pongo el jean que tenía ayer. Abro el cajón de los calzoncillos y medias. Por suerte hay medias blancas de algodón; casi no he usado de esas durante la semana y todavía hay tres o cuatro pares. Me pongo las medias blancas, y encima las New balance, que siguen hediendo.

Cuando salgo del baño me encuentro con mi papá parado en el pasillo que comunica el comedor con las piezas, está de espaldas a mí, la cabeza gacha.

-Pá -digo.

No contesta.

-Pá -le toco el hombro. No se mueve. Me corro a un costado y le miro la cara. Tiene los ojos muy abiertos, fijos en el piso.

-¿Todo bien, pá?

-Sí, sí -dice de pronto-. No me acuerdo qué más tenía que llevar. -Sacude levemente la cabeza.

-¿Ropa?

-No -dice pero sigue quieto, con el cuerpo en la misma posición.

-…

-Ah, ya sé. Enjuague bucal. ¿Dónde está?

Nunca hubo enjuague bucal en nuestra casa. No se usa. Cepillarse bien los dientes es suficiente. Pero hace un par de años, más o menos en la época que empezaba a usar desodorante, a veces me compraba uno y lo escondía en el fondo de mi placard, junto con las Cafiaspirinas masticables y los sobrecitos de Yastá que también compraba en secreto.

-No hay enjuague bucal -digo.

-Cómo no va a haber.

-No, nunca hubo, pá.

-En el placard. Hay en el placard de la ropa -dice como recordando de golpe.

Con pasos apresurados va hacia su pieza. Me quedo en el pasillo, escuchando, duro del miedo. Lo escucho revolver, los chillidos de las puertas del placard. También puedo escuchar su respiración agitada.

-Yo vi enjuague bucal -dice levantando un poco la voz.

-Yo tenía… -digo tímidamente.

-¡Ah, sí, en tu placard! -dice mi papá y enfila rápido para mi pieza.

-Pero ya no tengo- digo apresurándome/apurándome atrás de él-. Tenía hace mucho.

No me escucha, no me lleva el apunte. Abre la puerta del placard. Comienza en el estante de más arriba, donde está mi cuchillo de monte, el desodorante, el talco y los perfumes de niño de mi hermanito.

-No, pá. No tengo, tenía antes -digo con un nudo en pecho.

-Yo vi- dice.

-Pero ya no tengo.

-Escondido -dice-. Lo tenías escondido dice mirándome a los ojos.

No contesto. No sé me ocurre qué hacer para que no siga buscando en mi placard.

-¿Seguro no tenés? -dice mientras corre una pila de suéteres tejidos a mano-. Es para tu mamá, anda con mal aliento, parece que es la leche biótica.

-Sí, no tengo ya. ¿Querés que vaya a comprar? -Después de decirlo me arrepiento: seguramente cuando yo salga se va poner a revisar más a fondo… entre las poleras y las bufandas.

-No sé-dice-. Puedo comprar de pasada. ¿Pero seguro no tenés? No quiero que tu mamá este sola.

-¿No está con gente?

-No. No sé... Antes tengo que ir a buscar al brujito.

No digo nada. ¿Quién es el brujito? No importa. No quiero saber.

-Son las diez y veinte -dice mirando su reloj-. Hay tiempo. Capaz podrías ir a buscar un enjuague bucal y mientras yo limpio un poco. O…

Me mira fijo a los ojos de nuevo y noto que no se ha afeitado bien en la parte alta de la mejilla derecha.

-Bueno -digo con miedo, imaginando que cuando yo salga va a volver a revolver en mi placard.

Voy a hacia la cocina. Necesito demorarme un poco para que se olvide del enjuague y mi placard. Agarro un vaso de plástico de la alacena y lo lleno de agua de la canilla. Bebo. Mi papá aparece en la puerta de la cocina con el bolso rojo en la mano, ya cerrado.

-¿Vas? -dice.

-Sí, ya voy -digo apurando el vaso de agua y pasándome la mano por las comisuras.

-¿Vas al hospital?

-Ah… No sé… me dijiste que me quedara a estudiar.

-Pero no vas a estudiar hoy… -Mira de vuelta su reloj.

-Okey, vamos -digo.

-¡Hoy es el día del estudiante! -dice de pronto poniéndose la mano en la frente.

-Sí, pero no hacemos nada.

-¿Pero para qué vas a ir? -dice. Parece un poco extraviado. ¿Será por el insomnio?

-Pá -digo.

-¿Qué?

-¿Cómo está?

Se queda inmóvil, con los ojos clavados en mí. Son tres o cuatro segundos; luego algo se quiebra y baja la mirada. Pero no va a llorar. No frente a mí. ¿Cómo va a hacer para volver a ser la persona alegre que siempre fue con nosotros?

-Mejor -dice-. Un poquito mejor -dice inclinando la cabeza hacia un costado.

-Voy a comprar el coso -digo. De pronto ya no me preocupa que revise en mi placard.

-No -dice-. Quedate, practicá guitarra.

-Okey -digo esquivando su mirada.

Camina rápido hacia la puerta de la cochera. Miro por la ventana y lo veo que se dirige a la vereda, donde ha dejado el auto. Camila, echada al sol en un costado, se levanta lentamente. Se le acerca y olfatea unas cuantas veces el bolso. Mi papá se para a su lado y se queda mirándola unos segundos. Después abre el portón y se sube al auto. Lo veo salir marcha atrás, despacio, y ya en la calle, justo antes de poner primera, apoya la cabeza sobre el volante y se queda así un instante. Después pone la palma de la mano sobre la palanca, empuja hacia abajo, y sale.

\*

[estas dos partes se pueden dividir]

Me siento en el sillón de living. Corro una de las cortinas y enciendo el aire acondicionado. Es una aparto viejo y ruidoso que antes estaba en la casa de mis abuelos, hasta que se murieron. Se escucha un tableteo fuerte un par de segundos y justo en el momento en que ese ruido molesto se apaga una ráfaga de aire frío me da en la cara. Placer puro. Voy hasta el equipo de música y elijo unos de mis tres CDs. Presiono el botón “Open/Close”, coloco el CD blanco con letras azules en la bandeja y vuelvo a presionar “Open/Close”. El mecanismo vuelve a activarse y entra en el equipo, ahora con el CD. Selecciono el tema 4 y vuelvo a sentarme en el sillón. Cierro los ojos. Todo es nuevo.

Unos minutos después suena el teléfono. Nudo en el estómago, presión en el pecho, pero el latido no comienza. Agarro el inalámbrico y veo que la luz de la batería titila. Nadie lo ha puesto en la base ayer. Angustiado, presiono el “Talk”. Es Bombi. Por suerte. Bajo el volumen del equipo de música.

-¿Cómo estás? -dice.

-Bien.

-¿Cómo estás?

-Bien…

-Ah…

-Estaba escuchando música. Estoy solo.

-¿Cómo solo?

-Que no hay nadie más en la casa.

-Ah… Entendí mal… ¿Y estás bien?

-Sí.

-Ah... Eh, ¿querés venir a la siesta? Yo me tengo que quedar a cuidarlo a mi hermanito, pero viene Malena, vamos a tomar la leche con Oreos.

Puedo sentir cómo se me acelera el corazón.

-Bueno. ¿Pero estoy invitado? -pregunto.

-¡Ja, ja, ja! ¡Te estoy invitando!

-Claro, decía por Malena.

-Sí.

-Sí ¿qué?

-Que estás invitado.

-¿Y Malena? ¿Me invita?

-Eh…

-Qué.

-¿Cómo si te invita?: es mi casa -dice Bombi un poco enojada.

-Okey, pero va Malena... -digo.

-Vos vení. ¿O no querés verla?

-Sí.

-Ok.

-¿Llevo algo?

-No. Tengo leche y tengo un paquete de Oreos. ¿Tenés música?

-Sí, ¿cómo qué?

-No sé. Música para tomar la leche.

Pienso en mis pocos CDs.

-No mucho -digo.

-Igual escuchamos la radio, no importa

-¿A qué hora voy?

-¿Querés que te avise cuando llegue Malena?

-Bueno -digo sin pensar.

-¡Qué hijo de puta! -grita Bombi.

-Bueno, voy antes. ¿A qué hora?

-A ninguna, te aviso cuando Malena esté viniendo. Es que el novio va comer a su casa con toda la familia de ella, y después se va a jugar al fútbol.

-Dale.

-Y después Malena viene para acá.

-Dale.

-Chau. Estás bien, ¿no?

-Chau. Sí.

Después de cortar encuentro en la mesa de la cocina un billete de diez pesos. No sé si es para mí, pero lo agarro; lo necesito. Imagino que cuando sea la hora de comer iré al Churky me compraré un sándwich de milanesa, y quizás una coca en lata. Abro la heladera. Adentro sigue todo igual que hace… ¿diez días? Están los dos tapers celestes en el mismo lugar, seguramente tienen guisos o ensaladas de verduras hervidas de la semana pasada. En la panera, arriba de la heladera, hay una bolsa con un pan y medio bastante duros. Podría mojarlos y tostarlos. Y diluir leche en polvo y hacerme un café con leche… ¿Para qué? Mejor esperar al medio día y comprarme el sándwich. Miro la hora en mi reloj: 10:55. Entro en la pieza de mis padres, agarro el control remoto y al tiempo que presiono el “Power” me tiro boca abajo transversalmente en la cama. Hay olor a sábanas limpias. Sin levantarme corro un poco el cubrecama y veo las sábanas celestes ya puestas. Seguramente fue mi hermana. Miro brevemente la mancha blancuzca en el parquet. Hago zapping rápido, como siempre, buscando algo que me excite, alguna chica en bikini, alguna vedet, alguna escena de sexo de alguna película. Pero en esta época del año todavía es difícil encontrar algo, menos a esta hora. Llego hasta el canal 62 y vuelvo a empezar. Hago una segunda pasada más rápida, de nuevo del 2 al 62. Nada. Miro de nuevo la mancha, esta vez me detengo dos segundos más. Es como si la cera del parquet hubiera cambiado de color. ¿Será el efecto de algún limpiador? ¿O lo otro? Cierro los ojos. La tele queda en un canal local que retransmite el informativo de Buenos Aires. El periodista habla sobre un robo. Dice que tres ladrones armados entraron a un restorán de la zona norte; una señora intentó esconder su anillo en la boca, pero los ladrones de dieron cuenta y se lo quitaron. El periodista dice que a pesar de que les robaron a los clientes y al restorán, todo terminó bastante bien porque les permitieron a todos pagar con tarjetas de crédito y la casa invitó champán para todos. Sigo con los ojos cerrados. Hasta que me duermo.

Me despiertan los gritos de un presentador pelado que anuncia la visita de Andrés Calamaro al programa. El reloj de la tele dice 12:30.

Después de cerrar la casa, salgo hacia el Churky.

De vuelta en mi casa, me tiro en el sillón. Me siento pesado, he comido muy rápido. Esta vez el sándwich no estaba tan bueno, quizás la milanesa estaba demasiado frita, como dura, y también me parece que han cambiado la marca de la mostaza porque el sándwich se sentía avinagrado.

Me recuesto y me duermo de nuevo; hasta que una bomba de estruendo me despierta. Voy hacia la pieza de mis padres, prendo el televisor y hago zapping de nuevo por todos los canales, varias veces. En un canal de Buenos Aires transmiten el día del estudiante desde un parque. Pero en las imágenes no hay estudiantes sino familias, algunas sentadas en el piso, como haciendo un picnic en el pasto. La periodista se acerca a las personas y les pregunta cómo la están pasando en el día de la primavera. En un momento se acerca a una chica hermosa; creo que nunca he visto una chica tan linda sentada en un parque. La chica, de ojos verdes o celestes, dice que es profesora. ¿Profesora? ¿Tan joven? Dice que tomó prestado el feriado de sus alumnos y salió a dar una vuelta. Conversa con la periodista. Para colmo parece inteligente, habla bien, es graciosa, su sonrisa es sexy, luminosa. Dios. ¿Quién es? Por favor que le pregunte el nombre y el apellido, sino nunca más la podré ver en mi vida. La periodista se despide y cuando la cámara se corre por unos instantes enfoca a otra chica, sentada en el césped, quizás más hermosa que la recién entrevistada. Dios mío.

Cerca de las dos y media suena el teléfono. Es Gonzalo. Quiere que me vista ya mismo para fútbol. Tenemos partido contra tercero del San Carlos. Me pasa a buscar en el auto en 10 minutos.

-No, no puedo.

-¡Vamos! -dice levantando la voz-. Necesitamos un cuatro que se tire al piso, que siga la marca… Acordate del enano, dijiste que nunca más te iba a dejar pagando como la otra vez.

-¿No van a la cascada? -pregunto-. El año pasado estuvo bueno...

-Ya nadie va a la cascada. Sólo pendejos. ¿Te busco?

-No…

-¿Tenés que ir a al hospital?

-Eh… No. Bah, después capaz sí.

-¿Y qué tenés que hacer?

-Voy a lo de Bombi -digo después de dudar un instante.

-¡Tas loco! Tas en pedo. No, no vas a ir a lo de la gorda sebo -dice Gonzalo.

-Voy a tomar la leche -digo.

Los dos nos quedamos en silencio unos segundos.

-Ya te busco -dice al final-. Está listo, no nos hagás esperar. Botines sí o sí.

Corta.

Gonzalo maneja despacio así podemos ver a las chicas de las decenas de grupitos que caminan por la avenida, por las veredas y por la platabanda.

-¿Qué hacemos yendo a jugar al futbol? -dice Gonzalo mirando para un lado y para otro.

Vamos los dos solos, y casi no hablamos. En un semáforo paramos al lado de un Lada blanco. Cuando gira la cabeza lo veo a La Muda en el asiento del acompañante. Atrás está el enano que me había gambeteado tres veces la otra vez. Al volante está el colorado Vera. Los conozco a los tres, pero solo de vista, de haberlos cruzado muchas veces jugando al futbol. Nunca los saludo.

-Mudaaa -saluda Gonzalo.

-Qué haces, Gonzalo -dice La Muda con su voz super rasposa y casi inaudible de super villano. Según dicen, le extirparon las cuerdas vocales cuando era chiquito-. ¿Ya están yendo?

-Sí -dice Gonzalo-. ¿Viste las minas que hay?

-Tengo la poronga afuera del short -dice La Muda con su voz de ultratumba mirando hacia su entrepierna. No puedo ver pero parece que es verdad.

Supuestamente La Muda es el que mejor pelea de todos los secundarios de la villa. Hace poco lo hizo cagar al gordo Kern; le partió la ceja y le rompió la nariz y se la dejó torcida para siempre. Desde que lo conozco, más o menos desde los once, le tengo miedo. No sabía que hoy jugaba, y la verdad no me hace ninguna gracia. La Muda juega arriba, o sea que me lo voy a cruzar mucho. No juega muy bien, pero es alto y tiene mucha fuerza. Además del miedo a hacerle una falta y que se enoje.

Cuando vamos llegando notamos que hay un montón de gente sentada en el césped de la cancha. Un montón de grupitos de chicos y chicas. Gaseosas, cervezas, bolsas de papas fritas, hasta tapers. Hay dos Renaults 9, también adentro de la cancha. Uno, celeste, está en la zona del circulo central. El otro, de color blanco, está abajo del arco más cercano y tiene las puertas y el baúl abierto; de sus parlantes sale cumbia a todo volumen/al palo.

-¡Puta madre! -dice Gonzalo.

Miro mi reloj: tres de la tarde. Necesito un teléfono para llamar a Bombi. Es posible que ya me haya llamado a mi casa. Gonzalo se baja de auto.

-Bajate así cierro todo -dice.

Todavía no hay nadie más del equipo pero van a llegar en cualquier momento. Tengo que irme antes de que eso pase. Miro hacia la tranquera de entrada al predio y lo veo José entrando en la bici. Lleva los botines colgando del cuello. Veo su expresión de sorpresa al ver la cancha totalmente ocupada por chicos y chicas de todas las edades, de todos los colegios de la villa. Hace chillar los frenos de su GT roja al lado mío.

-¿Vamos a la cascada? -dice

-No sé. Yo me voy a lo de Bombi -digo.

-¿A qué?

-A tomar la leche.

-¿A las tres de la tarde?

Gonzalo escucha la conversación. Se acerca.

-Ni en pedo te vas -dice.

-Dejalo -dice José-. Debe ser que va Malena.

-¿Va Malena?

-Creo que sí -digo.

-¿Y te gusta? -me pregunta Gonzalo abriendo grande los ojos.

-Obvio -contesta José por mí-. A todos nos gusta. ¿A vos no? -De pronto llega un fuerte olor a bosta de los caballos que pastan a unos metros.

-No. Me da asco –dice Gonzalo-. Me dan asco las pu… -se frena y me sonríe-. Nah, no me gusta. No entiendo qué les gusta.

-Tooodo -dice José. Parece que estuviera por empezar a babear.

-¿Y a vos? –me pregunta a Gonzalo mirándome con atención.

-No sé -digo-. Me cae bien.

-¡Pero es una boluda! -dice.

-Lo que pasa es que a vos no te da bola -dice José.

Gonzalo se ríe. Está por decir algo y justo aparece Diego por atrás.

-¡Cómo hay minas! -dice tocándole el pelo a Gonzalo, como acariciándoselo en broma.

-Sí -dice José mirando hacia la canchita, sin hacer caso a la broma.

Necesito un teléfono. O ir directamente a lo de Bombi. Tendría que ser ahora mismo, antes de que lleguen más compañeros.

-Bueno, me voy -digo.

Esperá un poco -dice Gonzalo-. Ya llegan los otros y vamos todos la lo de Bombi.

Hay unos segundos de silencio.

-De una, vamos a lo de Bombi -dice José de pronto-. Vamos yendo ya; yo te llevo Hernán.

No tengo escapatoria. José se pasa los dos botines para atrás y quedan colgando en la espalda, con los cordones cruzándole el cuello por delante, medio ahorcándolo. Me siento en el caño y cuelgo la bolsa con mis botines del manubrio. José me pasa los brazos por encima y siento su aliento y su pecho en mi espalda.

Mientras nos alejamos lo veo a Gonzalo que nos mira, inquieto.

Menos de diez minutos después estamos llegando a lo de Bombi. Estoy cayendo sin que me haya dicho la hora; encima voy con José; y para colmo en un rato van a llegar nueve tipos más. O veinte si a los del San Carlos también se les da por venir. A media cuadra de lo de Bombi, José dice:

-Yo no me quedo.

-Yo no me quedo en la casa de Bombi.

-¿En serio?

-Sí. Ya les digo a los otros que Bombi no estaba.

-¿Y qué les vas a decir de mí?

-No sé. ¿Qué les digo?

Dudo un momento; trato de pensar alguna mentira relacionada con el hospital.

-Deciles que me fui a mi casa, que tenía que volver -digo al final.

José frena frente a la casa de Bombi y me bajo. De una casa del otro lado de la calle sale un dálmata ladrando, enojado. Asustado, me alejo unos pasos. José estira la mano para acariciarlo. Me mira. El perro parece calmarse y comienza a mover la cola.

-Esperame -le digo a José.

Abro el portoncito bajo y camino los cuatro o cinco metros hasta la puerta. Golpeo. Alguien se asoma por la ventana. Un segundo después Bombi abre la puerta. Tiene el pelo mojado.

-Boludo -dice-. Te iba a llamar.

-¿Qué pasó?

-Ahí va José -dice mirando por arriba de mi hombro.

Me doy vuelta y veo a José que ya se aleja pedaleando por la calle de tierra.

-¡José! -grita Bombi.

Sin dejar de pedalear, José se da vuelta y levanta la mano.

-Me cae re bien José -dice Bombi.

Miro mi bolsa con los botines.

-¿Qué pasó de qué? -dice después de una pausa.

-Se canceló el fútbol.

-¿Y? ¿Por qué no le dijiste que se quede?

-No sé... Creo que se van a la cascada.

-¿Y vos no vas a la cascada?

-No -digo.

Bombi se hace a un lado y me hace un gesto amplio con el brazo para que entre.

-No hay nadie. Sólo mi hermanito.

Miro a través de una puerta de vidrio hacia el pequeño jardín. Hay un nene sentado dentro de una pileta inflable bajita sin agua, jugando con lo que parece un camioncito de plástico.

Me siento en un sillón pequeño forrado de cuerina marrón. Es mi primera vez en la casa de Bombi. Al lado del sillón hay una mesita baja de cañas y vidrio con un minicomponente JVC nuevo. Bombi se sienta en el suelo y lo prende. Veo en la pantalla con letras naranjas que sintoniza 96.1, una de las dos radios de la villa. Suena una especie de balada de rock.

-¿De quién es esa? -le pregunto a Bombi.

-De mi amor -dice Bombi.

-¿Quién?

-Bon Jovi.

-Canta parecido a Axl Rose -digo.

-¡Nada que ver!

Mientras conversamos Bombi tiene el teléfono inalámbrico en la mano. Es el mismo que hay en mi casa, solo que este parece más viejo y usado: tiene la antena quebrada y el plástico blanco está un poco amarillento. En cierto momento Bombi presiona el “Talk”. Se escucha el tono y rápidamente marca un número. Me levanto del sillón y me acerco al minicomponente. Al costado del aparato está la pequeña repisa de plástico negro con CDs. Luis Miguel, Carlos Mata, Montaner, Bon Jovi, Miguel Bosé, Rafael.

-Los de Rafael son de mi vieja -dice Bombi con el teléfono apoyado en el oído mientras espera que la atiendan.

-Hola -escucho que dice-. Yo, Boluda. Y..... acá, en mi casa. Sí… No sé… A ver, esperá.

-¿Vos te estas yendo a jugar al futbol? –me dice.

-No -digo, sorprendido por la pregunta.

-Por la remera -dice Bombi señalando mi camiseta blanca del San Pablo.

-No, ya no. ¿Ustedes van a la cascada?

-No. ¿Qué cascada? –dice arrugando la frente-. No sé -dice enseguida al teléfono-, no sé de qué cascada habla Hernán. Jaaaa -se ríe-. Síii boluda, sí me acuerdo, vos estabas como loca por el teta ese. -Bombi me mira y bajando un segundo el teléfono a su pecho me dice-: Es Malena.

-Ah -digo.

-Bueno, vení -le dice Bombi al teléfono-. Te esperamos. Y traé las Oreos; Hernán no trajo nada.

No estoy seguro si ha dicho eso en broma. Por fuera de la tela palpo la plata doblada dentro del short.

-Me voy a comprar -digo mientras me paro.

Bombi no me escucha está atenta a algo que le está diciendo Malena. Camino hasta la puerta y salgo. Cerca del portoncito saco la plata del bolsillo. Lo miro: el billete de 10 pesos. ¿Cómo puede ser?, si ya pagué el sándwich… ¡No pagué! Por unos instantes me quedo como helado. No entiendo. ¿Por qué el Abuelo no me dijo que me estaba yendo sin pagar? Debo haber quedado como un pendejo… un pendejo drogadicto. En eso sale Bombi de adentro de su casa.

-¿Qué hacés? -dice.

-Nada, me estaba yendo a comprar galletas, y leche.

-Sos bolón -dice-. Yo tengo todo.

-Pero le dijiste a Malena que traiga.

-Era broma, bolón -dice- El sol de la siesta le da en la cara y Bombi entrecierra los ojos.

De pronto me siento bien.

-Hoy fui comer un sándwich y no pagué -le digo.

-¿Por qué?

-No sé, no me di cuenta. Recién me di cuenta ahora.

-Que bolón -dice.

-Sí.

-Sí.

-¿Viene Malena?

Bombi sonríe.

-Sos un poco tierno, ¿sabés? Pero sos un bolón también.

Cuando volvemos a entrar nos tiramos en el sillón y Bombi se pone a hacerme preguntas. Parece una entrevista. Encadena preguntas a mis respuestas una detrás de otra. Por momentos no sé qué contestar. Cuando tengo que explicar lo que siento por Malena sólo se me ocurre pensar que la amo; pero invento, invento también sobre mis planes, que en realidad no son más que no hacer nada.

Unos 20 o 30 minutos después que escuchamos al dálmata del vecino ladrar como un loco.

-Esa es Malena –dice Bombi-. El Chuqui la odia.

~~En estos pocos días Bombi se ha convertido en mi mejor amiga. Ando por todos lados abrazado a ella, en el colegio, a la salida del colegio; no tanto en el hospital. Algunos me han empezado a hacer bromas, dicen que es mi novia. Otros me preguntan en serio si me gusta, si pasa algo entre nosotros. A veces me parece que me hablan de eso para distraerme. La clave es que Bombi siempre está con Malena. Ella es de verdad su mejor amiga, no yo. Cuando estamos los tres hablo muy poco; las escucho hablar de otros chicos, de las canciones de moda; a veces me hacen preguntas. Las dos fuman. Me tratan bien, y aunque estoy bastante cómodo, no me siento incluido. Malena siempre habla de chicos que le parecen lindos, a veces son compañeros y otras veces son chicos que conoce por amigos del padre, más grandes; algunos se drogan. No sé de dónde salen; es como si surgieran de la vegetación que rodea la casa de Malena, porque Malena vive donde comienza el cerro. Malena no sabe que yo leí lo que escribió sobre mí. En ese texto dice que le gusto y que por momentos le parezco irresistible, y que aunque lo ama a su novio, lo mismo tiene miedo de no poder resistirse y besarme~~**~~. (a)~~** ~~Hace un rato Malena dijo, como al pasar: "Hernán ya se debe haber dado cuenta que me gusta", y me sonrió. Como que cambió todo el aire de un soplido. Me quedé paralizado. Y feliz. Y aterrado. Ahora ya se me pasó un poco, digamos, el susto, pero para mí fue como una bomba. Al rato dijo que no me preocupara, que no iba a pasar nada. Ella se debe haber dado cuenta de que yo estaba medio shockeado, por eso debe haber dicho que no puede pasar nada entre nosotros, que ella está de novia y que es fiel. Bombi se reía.~~

-¡Siempre le he sido fiel! -dice Malena, casi gritando.

Yo me río, sobre todo por nervios. Malena me mira, y haciendo un gesto arrugando el mentón, me pregunta si yo soy fiel. Antes de que conteste, Bombi le dice:

-Boluda, vos no sabés si Pata te es fiel.

-Es verdad, no puedo saberlo. Ni quiero -dice Malena corriéndose un mechón de pelo que le cae sobre la cara.

-Nunca estuve de novio. Pero si estuviera enamorado sí sería fiel. -No sé por qué digo eso. En realidad pienso que no podría ser fiel, o no mucho tiempo.

-Yo también -dice Malena-. Yo lo amo a Pata y le soy re fiel.

De pronto tengo la sensación de que he arruinado el momento, que lo he hecho medio a propósito y sin darme cuenta al mismo tiempo. Pero si hubiera dicho que no podría ser fiel ¿no hubiera quedado tonto también? De vuelta lo mejor hubiera sido quedarme callado. Y fumar. Si fumara podría solo chupar el cigarrillo, entrecerrar los ojos, dejar que el humo me tape la cara; después, como remate de todo eso que hubiera dicho (o no dicho) con gestos de fumador, con una mirada indiferente hacia un lado, sacudir la ceniza.

Ahora oscurece y ya casi no hablamos. Suena un programa de la radio de la villa. Conocemos a uno de los conductores porque egresó hace un par de años de nuestro colegio. De fondo, bajito, suenan canciones de Sumo. Malena dice como al pasar que el padre tiene el CD que suena en el programa. Yo le creo pero Bombi duda. El programa de radio es bastante gracioso, hablan de las costumbres del día del estudiante. Me siento mejor, más relajado.

-Al final no hicimos nada -dice Bombi.

La miro. No sé qué está por decir.

-Toda la tarde fumando… -sigue.

-Yo la pasé bien -dice Malena-. Entre las dos… -hace un gesto de calcular mentalmente- ¡nos fumamos quince cigarros!

-Sos un murciélago -dice Bombi.

-Mmmm. Y ahora quiero chocolate -dice Malena. Lanza una carcajada.

Por un momento Bombi la mira en silencio.

-¿Sola? -pregunta al final.

-Sí -dice.

La miro, pero Malena hace la vista a un costado.

-Me voy al kiosco de la avenida y vuelvo -dice-. De paso quiero caminar un rato. ¿Quieren algo? -pregunta mirando a Bombi. Después gira la cabeza y me echa una mirada rara. ¿Incómoda? ¿O qué?

-¿Sola? -repite Bombi.

-¿Por qué? -pregunta Malena.

-Mirá si te aparece un heladero -digo.

Bombi se ríe. Pero Malena no; está seria.

-Bueno -dice Malena. A continuación, se hace un silencio de cinco segundos.

-Acompañala -me dice Bombi a mí abriendo grande los ojos.

El momento es raro porque Malena ve el gesto de Bombi, pero no dice nada, se queda parada en el lugar, y yo siento un vacío en el estómago.

-Vamos los tres -dice Malena.

-Yo te acompaño -digo.

No dice nada. Nadie habla. Siento que el silencio carga de electricidad el ambiente. Eso hace que me pare.

-Vamos -digo.

-Bueno -dice Malena.

Su mirada es prácticamente una sobrada. Pero no me enfría. Ahora siento que el que está lleno de electricidad soy yo, siento presión en el slip, también siento cargados el vientre, el estómago y el pecho.

-Chau Bombi, no nos demoramos -dice Malena. Tiene un tono como de resignación. Y un poco de fastidio.

La miro por un instante a Bombi, pero ella no me mira.

Salimos de la casa y caminamos en silencio. Aunque percibo el aire cálido en mis pulmones, siento un poco de frío en los brazos y las piernas. Cuando llegamos a la esquina de la cuadra doblamos en dirección a la avenida. Caminamos por la calle de tierra que bordea una pequeña acequia fluvial que alimenta el canal Sur. El canal Sur es el que baja más o menos desde la casa de Malena, y que luego pasa a unas dos cuadras de la casa de Bombi y a unas cinco de la mía; para finalmente unirse al canal Mayor, en el límite de la villa. El canal Mayor desemboca en el río. Sé esto porque el año pasado tuve que preparar un trabajo sobre la hidrografía de la villa para la clase de geografía. La acequia que ahora corre a nuestro lado está llena de maleza y basura. La esta zona está bastante oscura: no hay más de dos faroles por cuadra, que no son en realidad faroles sino portalámparas con focos de 200 watts atados a los postes de luz de madera pintados con creosota.

-¿No te da miedo, no? -me pregunta Malena. Las sombras hacen su cara extraña; no reconozco la curva que hace su frente, y sus pómulos parecen más altos y salidos de lo normal. Pero todavía siento su olor, intenso, una mezcla de plantas y cachorritos; el vaho me entra por la nariz y la boca y me impregna la parte alta de la garganta, muy cerca del cerebro.

-No, ¿a vos?

-No. Capaz si fuera sola sí. -Después de unos segundos dice: -¿Vos me defenderías si pasa algo?

Como no veo bien sus gestos no estoy seguro si habla en serio o lo dice en broma, para molestarme. Quizás justamente aprovecha la oscuridad para que yo me quede con la duda. Mirando al frente y sin expresión en mi cara -que de todas formas ella casi no puede ver-, digo, intentando un tono neutro:

-Sí, claro.

-Ja, ja, ja -se ríe. Luego se ríe de vuelta-: Ja, ja, ja.

No te veo peleando -dice y me toca el brazo.

Hay algo oscuro en lo que siento ahora, es como una fuerza, una fuerza oscura y mala, algo que creo haber visto antes en otras personas, pero nunca en mí. Pero eso no importa ya, es una fuerza al fin y al cabo. Ya sé que no tengo que contestarle a Malena nunca más de la forma en que lo hago cuando me provoca. No sé cómo tengo que hacerlo, pero es preferible quedarme callado que decir las cosas que digo habitualmente y mostrarme… *bueno*. Es mejor no decir nada, no mostrar nada, o que mis respuestas sean sólo lo que hago, un gesto.

No digo nada. Seguimos caminando en silencio y un rato después llegamos a la avenida donde hay más luz. En el kiosco ella compra cuatro cigarrrillos sueltos y una cajita de Kinder. Yo compro un paquete de chicles Beldent de menta americana. El plan es masticar uno un rato un par de cuadras, y luego, aprovechando la oscuridad, tirarlo disimuladamente. Sin decir nada, dejamos la avenida y nos internamos nuevamente en la semioscuridad de la calle de tierra. De pronto, como si fuera la continuación de una conversación, Malena dice que muchas veces tiene ganas de fumar y de comer chocolate al mismo tiempo, pero no les gusta hacer las dos cosas juntas, es sólo que tiene ganas de las dos cosas y no sabe qué hacer primero.

-¿Qué hago primero? -dice.

No digo nada.

-¿Estás enojado?

Estoy muy nervioso, y excitado. ¿Cómo hago? Vamos caminado uno al lado del otro, en la misma línea. ¿Cómo se hace? Pero primero: ¿Qué hago? No creo que podamos coger acá. El césped del otro lado de la acequia, donde la vereda continua un metro y medio, está muy largo, es prácticamente un yuyal, además hay restos de basura, sachets de leche, bolsas de residuos y pañales. Malena ha decidido empezar por el chocolate y lame los restos derretidos del envoltorio de la barrita. Pienso por un segundo que estas cosas deberían pasar de forma natural, debería dejar que sucedan. Pero enseguida esa cosa negra y malvada surge de nuevo: “Si dejás que las cosas sigan su curso natural *no va a pasar nada*”. No, tengo que detener la inercia, interponerme, hacerlo yo, usar mi.. ¿qué es eso? Lo que fuere. Primero detener el paso. Después agarrarla y obligarla a darse vuelta. Pegarle una cachetada. Tirarle del pelo hacía atrás.

-Eu, no te ofendas -dice Malena-. Además, acá no nos puede pasar nada…

Casi no la escucho. ¿Qué dijo? ¿Que no nos puede pasar nada? ¿o qué *no puede* pasar nada?, ¿es decir que no puede pasar nada entre nosotros? Es la señal. Ella da sólo dos pasos más después de que yo me detengo. Con mi mano derecha agarro su mano izquierda y la hago girar. Me adelanto un paso y pongo mi mano en su nuca. Mis dedos juegan un poco en su pelo. Por unos segundos pienso en tirar. Pero giro mi cabeza hacia la izquierda y apoyo mi boca sobre la suya. Nuestros dientes chocan, después siento sus labios, su lengua; se mueven; siento su saliva. Todo es nuevo. De nuevo lo nuevo. También hay como una mínima descarga eléctrica. Parece que algo ha salido mal. Mientras mis labios y mi lengua intentan descubrir qué es lo que tienen que hacer, me doy cuenta de que me olvidé de tirar el chicle. El beso continúa, torpe. ¿Le paso el chicle? Sé que algunos hacen eso. Llevo el chicle hasta la puna de mi lengua y lo empujo dentro de su boca. Ella lo acepta. Separo un poco su boca de la mía y sonrío. Vuelvo a acercarme. Ahora quiero practicar. Quiero que haya otra vez, otros días, y muchas veces por día. En su casa, en la casa de Bombi; en esta calle y en otras calle oscuras. Quiero besarla frente a mis amigos. Besarla en el colegio. Besarla en un sillón, cómodos. Lamerle los labios, los dientes y chuparle la lengua, tomarme su saliva. Su saliva tiene gusto a chocolate y a cigarrillo, y a algo más. Hay otro sabor, que es el olor que está también en su aliento, como a espárragos, o repollitos de Bruselas. Debe ser un sabor de ella. Cada chica debe tener un sabor distinto, propio. Me gusta el de Malena. ¿Me gusta? Me perturba. Ahora ese sabor es mío, y es mi secreto. ¿O su novio también lo sentirá? Es un sabor raro. Es de Malena, y Malena me gusta. La amo. ¿La amo? ¡Sí! ¡La amo!

El beso termina. Sin decir nada seguimos caminando. A unos metros de la casa de Bombi intento darle otro beso, pero me corre la cara. ¿Qué pasa? Veo que, en la vereda del frente a la casa, está Bombi con su hermanito.

Cuando nos acercamos el nene nos mira, curioso. Con su voz aguda y simpática nos pregunta si yo y Malena somos novios. Me pongo un poco tenso y noto que ella también; se ríe incómoda.

-¿Por qué? -pregunta Malena.

-Vos y vos se besan -dice el nene.

-No, creo que no -digo.

Malena se mete adentro de la casa y Bombi la sigue detrás. Yo me quedo afuera con el hermanito. Es un nene muy bonito, tiene ojos azules y pequeñas pecas en la nariz. Parece simpático; de vez en cuando, con timidez, levanta la vista y me mira. Los dos nos quedamos en silencio. Me apoyo en el pilarcito que sostiene el pequeño portón de la entrada. Miro los pelitos erizados de mis piernas.

Unos cinco o diez minutos después Bombi y Malena salen de la casa. Las dos se ríen. Sonrío.

-¿Vos te quedás a cenar? -me pregunta Bombi.

-No sé -digo dudando.

-Malena ya se va -dice Bombi.

-Sí, ya me busca mi papá -dice Malena.

-¿Cómo sabía? -digo.

-¿Cómo sabía qué? -dice Malena casi riéndose, con la boca abierta.

No sé qué decir. Vuelvo a sonreír.

-Lo acabo de llamar para que me busque -dice.

La noche está más fresca aun y hay una brisa ligera. El frío me tensa la piel y los músculos. Es agradable, pero de pronto siento picazón en la nariz y estoy por estornudar. Me doy la vuelta. Respiro profundo dos o tres veces y al final el estornudo no sale; mis ojos se humedecen.

-¿Te quedas a cenar? -insiste Bombi.

-No sé -digo de vuelta, tocándome la nariz.

Un rato después se acerca despacio por la calle de tierra un Peugeot 504. Reconozco el auto por los faros. Cuando pasa a nuestro lado baja más la velocidad. Dentro va un matrimonio de unos 50 años. Los dos ocupantes del auto nos miran, no hay gestos. El auto dobla y se mete en el garaje de la casa de Bombi.

-¿Quiénes son? -pregunto a Bombi un poco desorientado.

-Mis padres, bolón -dice.

Sonrío. Otra vez.

-Che, no me quedo a comer -le digo a Bombi mientras veo que las luces de Peugeot se apagan-; tengo que volver a mi casa.

Los padres de Bombi bajan del auto, se acercan a nosotros y nos saludan. Sin decir más, la madre de Bombi se agacha y carga al nene. Los dos se meten dentro de la casa. Al final de la calle, a unas tres cuadras, veo unos faros de otro auto que se acerca. Podría ser el padre de Malena. Me acerco a Bombi y le doy un beso.

-Me voy -digo.

Me acerco también a Malena para darle un beso. Ella no se mueve; está quieta, como una estatua.

-¿No querés que te acerque a la parada? -dice.

-No, gracias -digo.

De pronto todo parece serio. El auto que se acercaba ya está a pocos metros, pero no baja la velocidad y sigue de largo. Por suerte no es el padre de Malena.

-Chau -digo dándome la vuelta y empezando a caminar.

-Esperá -dice Malena entrando con un pequeño trote a la casa. Enseguida sale con la bolsa con mis botines y me los alcanza. No sé por qué, de golpe siento que todo pasa de serio a triste.

Después de esperar unos 15 minutos solo en la parada de la avenida, llega el [ … ]colectivo.

[texto a continuación debe ser hospital. Con esa nueva emoción en el corazón de haber besado y la confusión que eso le produce: ¿y ahora?. Pero primero escena hospital. La vuelta a la “realidad”

**VIERNES**

No conozco el guión. Intento hundirme lo máximo que puedo en el asiento de madera para no ser visto, pero cuando llega la parte de arrodillarse sobresalgo porque soy el único que sigue sentado. Por suerte estamos en la nave derecha, y bastante lejos del altar. Originalmente era una parroquia, pero por el crecimiento de la zona y los fieles le han ido haciendo ampliaciones que la han convertido en una de las iglesias más grandes de la ciudad. El cura habla por un micrófono que le cuelga del cuello a la altura del pecho y su voz sale por varios parlantes colocados a unos tres o cuatro metros de altura, dispersos por el interior del templo. El cura es petiso, gordo, pelado; tan blando que parece de gelatina, sin huesos. Estoy nervioso. No conozco el ritual, pero temo que el cura, de alguna forma, me invite a participar y tener que subir ahí arriba con él, o peor, terminar sólo en el altar. Todos parecen concentrados en sus rezos y no noto que nadie me mire. Pero cuando están volviendo a sentarse el cura menciona su nombre, lo dice entero, con su segundo nombre incluido. Quizá es eso, su segundo nombre, que nunca lo he usado más que para molestarla.

Lloro. No puedo parar. Los mocos me caen mientras el cura sigue hablando; ya no sé qué dice. Alguien me pasa un pañuelo blanco con algo estampado en tonos naranjas. Lo abro entero antes de usarlo, como hace mi papá, y veo una cabeza de un caballo, es el dibujo de una cabeza de un caballo. Me sueno los mocos con una de las esquinas y después lo doblo un poco me seco las lágrimas. Intento devolver el pañuelo pero escucho que alguien, a unos varios lugares a mi izquierda, dice:

-Dejá, que se lo quede.

Salgo solo de la iglesia, pero al rato me alcanza Anahí, una compañera de las más católicas. Los dos nos sentamos en un banco a la orilla del camino de piedritas que va desde la vereda hasta a la entrada del templo. La noche es cálida y ventosa. Se siente el olor dulzón de las flores de los árboles pisoteadas. Me gusta esta zona de la cuidad. No muy lejos de acá viven dos de mis mejores amigos, Germán y Martín, que son de los pocos que no viven en la villa. Cuando hace un rato empecé lloré dentro de la iglesia, casi toda la nave derecha y parte de la central se dio la vuelta. Lo que me avergüenza en realidad es haber llorado sólo por escuchar su segundo nombre y no por lo que de verdad debería llorar.

Cuando la misa termina, el grupo (unos siete chicos y chicas de mi curso más tres o cuatro de la otra división) decide ir caminando hasta un parque a unas pocas cuadras. Ya está oscuro. En el parque algunos se sientan sobre un banco de cemento y otros en el césped, yo me quedo parado, frente al banco. Carla, otra de las chicas católicas, está sentada en el banco junto a otros y tiene una botella de Coca-Cola grande en la mano. Cuando nota que la miro se levanta y me ofrece el asiento.

-Yo ya me voy -dice

-Gracias -digo sentándome.

Escucho una voz conocida. Es el Gordo, el primo de mi amigo Martín que acaba de llegar.

-Hagamos algo, vamos a comprar Gancia -escucho que le dice a alguien; y después de un momento: -Ahí está Hernán.

Se acerca. Me paro. Nos abrazamos.

-Amigo, no pasa nada, es una boludez. Yo ya sé todo. No te preocupés, ya se va a curar.

-Okey -digo-. Gracias, Gordo.

Mientras se pone a abrir una cajita nueva de Marlboro 20 que saca del bolsillo su bermuda de jean, dice:

-Vamos a mi casa a tomar. Va a estar Martín.

-Sí, no sé -digo.

-Vos necesitás ponerte hasta el culo, Hernudo.

Hace dos años, cuando lo conocí, me empezó a decir así, pero el apodo no me duró más de dos semanas. Sonrío. ¿Qué significa que me llame de nuevo con ese apodo?

-Bueno -le digo.

En eso se acerca Diego. Diego es muy católico, al igual que las tres chicas con las que anda últimamente, Carla, Anahí y María José; ellos cuatro me habían convencido de venir a la misa. Diego se para frente al Gordo, con los hombros para atrás.

-Che, Gordo, no da que se ponga en pedo Hernán -dice-. No le va a hacer bien.

El Gordo lo sobra; no dice nada.

-Capaz sí me hace bien -le digo a Diego-. Me parece que sí, hace mucho que no tomo.

Los últimos días son tantas las cosas que la gente dice que “me van a hacer bien” que pareciera que cualquier cosa que haga me va a hacer bien.

-Ya viene Malena -dice Diego.

-La puta esa -dice el Gordo.

Miro el suelo.

Vamos, Hernán -insiste-. Ya está yendo Martín para mi casa, le decimos a Germán también, hoy es viernes, que es como viernes, que es como viernes. Ja, ja, ja. -Es un chiste, hace referencia a la frase de que el miércoles es como jueves que es como viernes.

Sonrío. No sé qué hacer. De verdad no sé qué hacer, quizás porque no quiero hacer nada. No quiero volver a mi casa, pero tampoco estoy cómodo en este parque ni me entusiasma realmente la invitación. Me gustaría verla a Malena, pero es tanta la gente que ya se ha juntado que aunque estuviera acá no podría acercarme tranquilo.

-No sé -digo-. Esperemos acá a ver qué pasa, Gordo.

-Perfecto. Ya vengo.

Se da la vuelta y sale corriendo. Lo observo mientras se aleja hasta llegar a la avenida, que cruza también corriendo, hacia el drugstore de la estación de servicio. Lo grabo en mi mente bamboleándose a los costados, con su camiseta blanca con mangas rojas de jockey sobre hielo con el número 77 rojo grande en la espalda. De pronto me siento emocionado por su gesto.

Pero ¿lo hace por mí?, ¿o es sólo que quiere tomar y divertirse? Creo que lo hace porque no quiere saber nada, porque no quiere escucharme decir nada del asunto. Sin embargo ha venido hasta acá, y específicamente a buscarme a mí, movido seguramente por algo que sintió, por una emoción; y eso algo que yo no hago casi nunca. Pero no puedo decir que lo conozco mucho. Casi siempre que nos vemos estamos un poco borrachos, o al menos yo estoy con el "pedo psicológico", que es como bautizó Martín al estado en que entro después de las 12 de la noche si sigo despierto. De todas formas, sí me doy cuenta de que él tiene una energía diferente a la de mis amigos del colegio, como menos mental y más salvaje, y más bondadosa.

Al rato ya está de vuelta con una bolsa blanca con cuatro latas de Pronto Shake. Me da una. Está fría y mojada. La abro y tomo un sorbo. Después otro. Y otro. Dos minutos después ya me acabé la lata.

Veo que como a media cuadra, por la avenida, viene un grupo de tres chicas. Enseguida distingo a Malena, por sus piernas, y también me doy cuenta de que falta de la silueta gordita de Bombi.

-¡Uhhhh! ¡Mi amoooor! -escucho que grita Malena ya cuando está a unos 30 metros.

El saludo es para Diego. Es como si fuera su amigo gay, pero Diego no es gay. De hecho dice que sí le calienta Malena, aunque solo la quiera como amiga. Es todo un poco raro, pero creo que lo que dice no es mentira del todo. Como sea, no logra ponerme celoso.

-Hola -saluda Malena moviendo la manos en dirección al grupo de mis compañeros. Lo mira a Diego y le dice: -Hola, bebé.

-Hola beibi -dice Diego.

Es evidente que no va a saludar a nadie con un beso.

-Gordo, ¿puedo tomar otra lata? -le pregunto al primo de Martín-. ¿Quién más toma? -digo mirando tímidamente alrededor.

-Nadie -dice el primo de Martín-. Son dos y dos. Dos para mí y dos para vos.

-¿Te estás emborrachando? -me pregunta Malena cuando escucha eso.

-¿Querés? -le pregunto. Está a unos cinco metros de donde estoy sentado; tiene un cigarrillo sin encender entre los dedos.

-No. Pero no hagas de borracho, ¿querés? -dice torciendo la cabeza.

El primo de Martín me mira fijo, recordándome que la detesta. Malena es porteña. Vive acá desde chica, pero tiene cosas de Buenos Aires en su forma de hablar.

Abro la segunda lata y doy un sorbo largo.

-Si tomás un poco te regalo un chocolate -le digo a Malena.

No las veo de frente, pero tengo la impresión de que cuando digo eso las otras dos chicas que están con Malena, Cecilia y otra chica que no conozco, me sobran, o peor: que se ríen.

-No quiero -dice Malena.

-¿Venías a la misa? ¿Te querés sentar? -digo corriéndome un poco a la derecha en el banco que ahora comparto con Diego, Carla y Anahí.

-No.

-No ¿qué?

-No me quiero sentar.

-Pero sí venías a la misa, ¿verdad?

-¿Te importa?

Escucho que el primo de Martín resopla, fastidiado. Malena parece no darse cuenta.

-No, no me importa -digo.

Esa fue una buena respuesta, lo presiento. Pero la verdad es que no podría mantener ese tono con ella: esta vez me ha salido sin pensar. En parte por el alcohol, y en parte por… ¿por qué más?

-Ay, perdón, no te saludé –dice Malena de pronto. Se acerca y me da un beso-. ¿Cómo estás?

-Bien.

-No soporto a los curas -dice.

-Yo tampoco -digo.

-¿Te la imaginás a Malena de novicia? -dice Diego.

-¿¡Qué!? -dice Malena riéndose, pícara.

-¡El kilombo que arma! -dice Diego.

No sé bien qué es una novicia. Supongo que es una monja adolescente, o una monja que es también empleada doméstica. Al margen de eso, nunca sé qué decir en este tipo de conversaciones tontas. Pero no me gusta quedarme afuera: no quiero que Malena piense que en realidad no soy cercano a ella, que nunca podría ser su novio (que es lo que yo ahora sospecho). Y no se trata de que esté celoso, es sólo que me pongo incómodo. Mis amigos, o mejor dicho, mis mejores amigos, no son ni como Diego ni como sus amigas católicas. De hecho se parecen un poco más a Malena. Pero aun así es diferente. Con mis amigos más cercanos hay como una distancia, una pausa. Entre nosotros ejercemos como una forma de control diferente a la de los otros grupos que conozco, como si fuéramos probando y descartando modos de comportarnos entre nosotros sin quedarnos con ninguno, siempre a la espera, y siempre distantes. Pero yo no puedo ser así con Malena; porque esa distancia no funciona con ella. Siento que si me mantengo muy cerca de mis amigos me alejo de Malena. Y ¿qué es lo que sí me acerca a Malena? Tengo miedo de que sea sólo la casualidad: que sólo se trate de haber estado en el momento y el lugar indicado (sé que lo es). Y eso es un problema. Porque entiendo que si le gusto (lo poco que le gusto), es porque ella debe sentir que me eligió. Pero entonces ¿qué pasa si yo *sé* que no es así?, ¿si yo *sé* que ha sido presa de la casualidad? ¿Cómo podría funcionar algo tan retorcido?

Una vez mi hermana mayor me dijo que para ella su novio era especial porque nadie nunca lo había considerado especial hasta que ella lo eligió. ¿Tiene sentido? Es posible que sí, que sea eso, pero entonces también es posible que, por razones obvias, yo no pueda hacer nada para que Malena sea mi novia, o para que tengamos algún tipo de relación en la que pueda sentirme cómodo al lado de ella, y abrazarla y pasarle la mano por la cintura, y besarla todas las veces que quiera, o por lo menos una vez al día.

\*

Cuando la camioneta frena hay un par que saltan enseguida. La luz de la enduro que nos sigue me encandila y escondo la cara.

-Casi nos matamos -escucho que dice Rodrigo.

-Nahhh. Ja, ja, ja -se ríe el Indio.

-¿De quién es esa moto, Indio? -pregunta Diego parado en la caja de la camioneta.

-De tu hermana.

-Bahhh. ¿Es 200 o 250?

-¿Tu hermana? Tu hermana va a mil.

Diego baja de un salto y se acerca a la moto.

-¡Seicientos! -dice-. ¿Patea?

El Indio se ríe.

-¿Vos sos pelotudo, no?

El gordo se baja y haciendo girar las laves en un dedo se arriba para abrir la compuerta. Yo sigo sentado en el piso de la caja y ahora he puesto la cara entre las rodillas porque el Indio ha vuelto a prender las luces de la moto. Escucho que las dos chicas que quedaban en la caja se bajan. Me quedo solo. Escucho conversaciones, puertas que se cierran, ruido de llaves.

-Hernán -dice el Gordo-. ¿Me acompañás a comprar?

No contesto.

-Vamos con Martín. ¿Venís?

No digo nada.

-¿No querés venir adelante con nosotros?

Estoy llorando. Al rato ya no escucho voces ni ruidos, pero no sé si hay alguien cerca o ya entraron en la casa.

-No tengo plata, Gordo -escucho que dice de pronto la voz de Martín.

Nadie contesta; siento los pasos de Martí que se acercan. Luego la voz aniñada de Diego:

-¿Qué le pasa?

Alguien me pone una mano en el hombro. Espero que no sea la de Diego. Espero que sea la del Gordo o la de Martín.

-Uh -dice Diego-. Es igual a mi vieja.

-Siento que la mano me aprieta más fuerte. No es la de gordo; es una mano más pequeña, más flaca. Me seco un poco las lágrimas y levanto la cabeza. Además del Gordo, Martín y Diego están Bombi, Cecilia y Anahí. Bien.

Anahí es la que dice:

-Mejor no se lo lleven con ustedes. ¿Ustedes se van a tomar, verdad?

-Todos vamos a tomar. Vos también, Anahí -dice Martín.

-Sí -digo-. Vos también Anahí.

Hay un silencio pero por las caras parece que he dicho algo acertado.

-Yo voy con ustedes -digo mirándolo al Gordo-. Vamos a comprar.

Sin decir nada, Bombi, Cecilia y Anahí se suben en la caja de la camioneta junto conmigo. Cuando Bombi se sienta al aldo mío, me dice:

-Anahí está muerta con vos.

-No hagamos escándalo, voy yo solo -dice Gordo cuando se baja-. Cada uno deme cinco pesos.

Veo que Anahí cuenta monedas y se las pasa al Gordo. Bombi le da un billete impecable de 20. -Por mí, por Cecilia y por Hernán -dice Bombi-. Y el resto para el que no tenga -dice.

-Acá ponen por vos -le dice el Gordo a Martín que sigue adetro de la cabina, lo dice haciendo un gesto como de asco.

-¿Te compaño? -pregunto.

-No, no hagamos escándalo. Creo que está Daniel, el que se la chupa a mi hermano -dice y vuelve a hacer el gesto de asco.

Al rato vuelve abrazando una bolsa de carbón abierta. Dentro trae una botella de vodka, dos cajitas de vino tinto y dos botellas de Hi-C. Apenas deja la bolsa en la caja -las botellas transpiradas ya están sucias por los restos de carbón- levanta el dedo, y las mira a Anahí y Cecilia.

-No se tomen el jugo -les dice.

Cuando arrancamos de nuevo, agarro la botella de vodka y hago girar al tapa blanca con fuerza. Doy un trago. Anahí, frente a mí, me mira en silencio.

-¿Es Boslkaya? -me pregunta Cecilia.

-No -digo-. Este no tiene sabor.

-¿Y te gusta así?

-Sí -digo.

-A mí solo me gusta el pantera rosa -dice Bombi-. Y uno que se llama pantano. En Detroit lo hacen con helado.

-¿Agua del pantano? -dice Cecilia.

-No, pantano sólo. Es medio marrón y tiene helado.

-A mí me gusta el golpe de estado -digo riéndome para adentro. Sé que ni Cecilia ni Anahí toman.

-¿Cual es?

-Es whisky puro directo de la petaca, todo lo que podás tomar sin vomitar.

Bombi abre grande los ojos.

-¿Y vos tomás eso?

-A veces.

-¿Y qué pasa si vomitás? -dice Cecilia.

-Se cae el golpe de estado -dice Anahí, que ha estado callada desde que salimos de lo de Martín.

Todos nos reímos.

-Yo quiero -dice Anahí.

-¿Puro?

-Sí.

Le paso la botella.

-¿No querés con jugo?

-No podemos abrirla -dice Cecilia-. El gordo dijo que no la abramos.

La camioneta dobla rápido para salir de la avenida y Anahí y Cecilia, frente a mí y a Bombi derrapan hasta chocar sus piernas con las nuestras. Nos reímos y Anahí inclina la botella y deja caer vodka encima mío. Por suerte no es mucho.

-¡Perdón! -grita, muy avergonzada.

-No pasa nada -digo.

Anahí me pasa la mano por la remera manchada, también por la pierna del pantalón, como intentando secarme.

-Perdón- dice.

Bombi y Cecilia se miran en silencio.

-Se evapora -digo.

-¿Sí?

-Sí, es casi puro alcohol.

El viento nos alborta el pelo a los cuatro. Es otra noche perfecta. Anahí, ya acomodada de nuevo en su lugar inclina la botella de vodka y toma un sorbo. Baja la botella y se queda con los ojos cerrados. No dice nada. Sin volver a abrir los ojos la extiende al costado, a Cecilia. De la bolsa de carbón, a mi lado, saco una botella de Hi-C y la abro. Luego doy un sorbo corto del jugo. Anahí me mira fijo.

-Pasame -le digo a Cecilia, que sotiene la botella con el liquido transporente sin ganas, con el brazo extendido y el codo apoyado sobre la rodilla flexionada.

Cecilia me pasa la botella y yo apoyo su boca en la boca del Hi-C. Con cuidado logro trasvasar un par de chorritos hasta que se llena. Doy un trago largo a la botella de jugo y lego vuelvo a inclinar la botella de vodka para pasarle unos centilitros más. Luego le paso la botella de vodka a Bombi, tapo la de Hi-C y la agito. Las tres me miran en silencio.

-¿Quién toma? -digo ofreciendo.

Anag´çi me agara l botella de la mano, abre y da un sorbo largo.

-NO tien gusto vodka -dice.

-Tapala -digo.

Ella la tapa y me la pasa. Repetir el procedimiento. Y después igual con Bombi y con Cecilia. Y luego de vuel

Cuando llegamos a lo de Martín la botella de vodka tiene menos de la mitad del lqiudo y la de Hí-C unos tres cuartos.

-Creo que estamos todos en pedo -dice Bombi.

-Boluda -dice Cecilia-. ¡Es mi primer pedo y es con vodka!

-El mío también -dice Anahí.

**[ver donde]**

Malena está en el patio. Está con su novio, así que no tiene sentido salir. Además todavía creo que es posible que venga en alguno de los otros dos recreos con Bombi. Ya pasó anteayer, que vinieron a verme a mí. Es como si yo fuera el anfitrión, aunque no tenga nada más para ofrecerles que el grupo de mis compañeros más tímidos. Es obvio que a varios de ellos les gusta Malena. Me doy cuenta porque cuando está ella es como si dejáramos de ser el grupo de los que se quedan en el curso y cada uno se pone a hablar de sus cosas o da opiniones personales, que en general no son las de cuando estamos en grupo. Yo también hago lo mismo, y no sé por qué. Y no tiene sentido porque siempre es más interesante y divertida la opinión en grupo, lo que pensamos más o menos todos, o lo que pensamos *en* el grupo, porque en definitiva no existe “lo que piensa cada uno", porque me di cuenta que eso en realidad es lo que piensan los padres, o algún tío o el hermano mayor. Pero es así: Malena nos desmiembra.

**[Intro de algún día].**

Mi imagen más larga y fina aparece en el espejo del fondo del pasillo. ¿Han cambiado el espejo? No, es el mismo, con las manchas de humedad de siempre y la calcomanía desteñida del viejo logo del colegio en la esquina superior derecha. Tengo puestos los zapatos estilo canadiense de siempre. Quizá es el pelo, que cada vez lo tengo más parado. Pero no, no es eso. ¿Estoy más alto? ¿O más flaco? Retrocedo unos pasos sin dejar de mirarme en el espejo. Vuelvo a acercarme. Noto que mi nueva forma de pisar finalmente se ha incorporado a mi modo de caminar inconsciente. Hace tres años que uso unas cuñas de cuero abajo de la plantilla del zapato que yo mismo hago. Las fabrico pegando tres pedazos de cuero con pegamento de contacto, formando un nuevo trozo grueso de cuero que, una vez seco, recorto con la forma de la plantilla del zapato y luego afilo con navaja de uno de los lados dándole forma de cuña. Carla, una chica mocha y flaca de la otra división me adelanta. Se da la vuelta.

-¿Modelando? -dice con un sonrisa.

Sonrío. No sé qué decir. Sin dejar de sonreír ella sigue su camino hacia la sala de profesores. Es la primera vez que Carla se dirige a mí en toda la secundaria. Sí, estoy un poco más alto.

\*

altanero

# \*

[De pronto se me cruza un pensamiento: no es que el olor dulzón a flores me sugestionó y me hecho pensar erradamente que Malena puede gustar de mí, sino que son la misma cosa: el aroma en la calle es lo que me confirma que Malena va a gustar de mí.]

\*

(en referencia a lo anterior] [Tengo ganas de contarles de lo que vengo pensando, acerca de las ilusiones y los perfumes, pero sería muy difícil de explicar.]

\*

**[ver donde]**

(Quizá intro a como la amdre le cuenta)

Esta mañana mi mamá contó algo terrible.

Anoche, mientras intentaban dormir en el auto estacionado al hospital, a eso de las dos de la mañana mi papá abrió la puerta y se bajó. Mi mamá creyó que quería ir al baño del hospital, pero al rato se dio cuenta de que mi papá seguía en la vereda. Justo al frente del hospital hay una escuela y él se había apoyado sobre el muro con la frente sobre el antebrazo, como un niño. Lloraba como Quico, me dijo mi mamá. Mi mamá se quedó en el auto y no le dijo que lo había escuchado.

\*\*

**[DONDE]**

(tiempo)Ayer, después de la clase, la profesora de Comunicación se había quedado en el curso corrigiendo unos trabajos. En un momento, haciéndose la distraída y sin levantar la vista de las pruebas, me dijo que por qué no salía al recreo, que me iba a hacer bien despejarme. Nadie me habla directamente del tema. En parte lo agradezco, y en parte me parece un poco extraño. ¿Es que no quieren ponerme incómodo?, ¿o son ellos los que no se quieren poner incómodos? Tampoco Bombi ni Malena me hablan casi nada del tema. En el recreo me quedo en el curso sólo porque me siento más cómodo. No estoy solo, siempre hay alguien y siempre pasa algo o alguien cuenta algo raro o que el resto no sabe. En el recreo también se quedan Guido y Ramiro, pero ellos casi nunca hablan, en general están cada uno en su banco dibujando, Guido hace personajes de dibujitos y Ramiro logos de bandas. A veces José también dibuja; en general hace diablos crucificados y hombres lobos comiéndose sus propias manos y pies y después cuelga las hojas en el panel cuadrado de tela arpillera y telgopor del curso, quedan ahí uno o dos días hasta que la preceptora los vé y los tira a la basura. Pero en general José no se queda en el curso, en general está en el patio mirando fijamente como psicópata a alguna chica de segundo. Ahora le gusta la misma que me gustaba a mí el año pasado, una que ahora a mí ya no me interesa.

**LLANTO INODORO**

Creo que tiene q ser después del beso. O caap zuqe no , capaz que Bombi organiza eso en su casa como una forma de disculparse… si es antes del beso sacar lo de Malena quizás (subrayado y en gris). OTRO DÍA. LO ANTERIOR LO CONTABA EN PASADO)  MARCO, DÓNDE ESTÁN.

Hoy cuando hablé por teléfono con Bombi le dije que había llorado. Es verdad que lloré, pero como ya se me había pasado todo cuando hablé con ella, decírselo fue como mentir. En realidad se lo dije para que le cuente a Malena. Como al decírselo yo sentía que era mentira y verdad al mismo tiempo quedó todo muy raro, porque era yo contándole que había llorado, pero separado de que realmente había llorado. En definitiva: lo conté como mintiendo tratando de que me creyera. Pero era verdad. Al final pensé en decirle que era mentira, que no había llorado, y tratar de que se enterara por otro lado; pero eso es imposible, porque lloré solo y nadie me escuchó. Fue ayer en el bañito del desván, donde siempre hay un olor desagradable a querosén, a tierra y a algo más que no sé qué es. Cuando era más chico creía que ese olor era de la empleada doméstica. Tiempo después, no hace mucho, me di cuenta de que, aunque cambiábamos de empleada, ese olor siempre era el mismo, y en consecuencia no podía ser de una persona. Nunca uso ese bañito, pero ayer me pareció que estaba bien empezar a usar ese inodoro, aunque sea solo para hacer la pis. Si todo cambió sin razón y no hay a dónde ir a reclamar, ¿por qué no cambio yo algo con mi voluntad, por ejemplo el inodoro donde hago la pis? Mientras orinaba me acordé de una de las pocas veces que sí lo usé. Fue durante un carnaval, me había escondido ahí de mis hermanos que me buscaban para mojarme. Esperando que pasara el peligro me habían dado ganas de hacer la pis. Descalzo y vestido sólo con mi malla de lycra ajustada, usé el inodoro que nunca había usado. Pero lo que me hizo llorar ayer no fue ese recuerdo sino lo que pasó un minuto después, cuando tiré de la cadena de esa mochila vieja de metal. Creo que fue la sensación de haber activado un mecanismo antiguo y pesado, con vida propia, y después sentir el agua cayendo con tanta fuerza… El llanto me subió como un vómito imparable. Todos estos detalles no se los conté a Bombi, y quizás sí le tendría que haber contado así ella le contaba a Malena.

Cuando le dije Bombi que había llorado me dijo que [cuando?] ella también había llorado. Resulta que se enteró que un amigo de ella, el Chino, que es compañero del novio de Malena, se va a vivir a Buenos Aires cuando termine el año. No le pregunté por qué se iba; me quedé callado. Y ella empezó a hablarme de lo triste que estaba, que no sabía qué hacer, que además de ella también Lucia y Graciela están super bajoneadas. Siguió hablando de lo mucho que lo iba a extrañar, que ya nada iba a ser lo mismo. Al final, antes de cortar, yo le dije que me parecía que no era tan importante lo del Chino, que en realidad era una boludez gigante, una boludez atómica. ¿Además el Chino no es medio gil? Después ella se quedó en silencio, un rato. Creo que se sintió mal. Después no sé quién dijo “bueno chau” y cortamos.

\*\*

~~[esto ya está pero lo puse en pasado. lo dejo acá por las dudas]~~

~~Álvaro estaciona el Duna en doble fila. Por la cantidad de gente y autos en doble fila puedo darme cuenta de que hemos llegado al hospital. Bajo del auto y miro a mi izquierda antes de cruzar. Cuando vuelvo a mirar al frente, la veo a mi hermana mayor. Está parada del otro lado de la calle, sobre el pavimento. Está esperando que yo cruce. Cruzo. Me abraza.~~

~~-Hernán -dice, solo por decir mi nombre.~~

~~-¿Que pasó? -pregunto.~~

~~-¡No sé! ¡No entendemos qué pasó!~~

~~Entramos. Mi mamá está sentada en un banco largo de madera sin respaldo, apoyada sobre los azulejos de la pared. Me agacho y la abrazo. Habla pero no le entiendo. Dice algo de un delantal, algo de “sangre”. Algo sobre Héctor, nuestro vecino gastroenterólogo.~~

~~Nada más que hacer, nada más que decir. Me siento en el suelo con la cabeza apoyada en sus piernas. En ese momento siento un olor que reconozco al instante. Levanto la cabeza un rato. Miro hacia la puerta de donde entran y salen camillas y médicos y enfermeros con delantales. Siento olor a semen.~~

~~Apoyo de nuevo la cabeza en las piernas de mi mamá y miro el suelo de baldosas de marmolina. El olor persiste. Sí, olor a semen. ¿De dónde viene? Frente a nosotros hay una puerta rebatible doble de la que entran y salen médicos y personal del hospital. De pronto, por la misma puerta, sale mi tío vestido con delantal celeste, es un tío segundo que hace mucho que no veo. En ese instante me acuerdo de que él trabaja en el hospital, que una vez me curó una uña encarnada; yo era chico. Mi tío camina hacia nosotros. Está muy serio. Me levanto y me acerco.~~

~~-¿Se va a salvar? -le pregunto.~~

~~-No sabemos -dice y me pone una mano en el hombro.~~

~~Mi mamá también se ha parado, y mi tío la abraza. Mi mamá llora. Por momentos grita. Mi tío, su primo, la agarra de los hombros:~~

~~-Fuerza Miriam -le dice mirándola a los ojos-. Fuerza.~~

~~Después, quizá dos horas después, nos sentamos en el bar del hospital. Empiezan a llegar algunas personas conocidas, un par de amigas de mi mamá, algunos colegas de mi pa~~~~pá.~~

~~Mi hermana de 12 años se ha pegado un tiro en la cabeza.~~